



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcon, Arce, Sra. Avellaneda, Sres. Asquerino, Añón (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, Albuérne, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrozo, Bueno, Bremon, Bretón de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camus, Canalejas, Cabete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Cazorro, Cervino, Cheste (conde de), Collado, Cortina, Coradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio, (D. Gonzalo), Dacarrete, Diaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Feligarray, Eguilaz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Río, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Ríos, Fermín Toro, Flores, Figueroa, Figueroa (Angusto Suarez de), García Gutierrez, Gavangos, Galvete de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y René, Güelvenzu, Guerrero, Incenga, Hartzbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Larrañaga, Laxala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lluente, Macanaz, Marías, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Ortiz, Ortiz de Pinelo, Oteaga, Palacio, Passaron y Latorre, Pascual (D. Agustín), Perez Galbós, Perez Licio, Pi y Margall, Poy, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos y Rosas, Rivera, Romero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Ross y Gonzalez, Ros de Olano, Russell, Ruiz Aguilera, Sagarmínaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcázar, Sellés, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS.

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 8 de Julio de 1880.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Redaccion y Administracion, Carrera de San Jerónimo, 31.

SUMARIO.

Revista Europea, por D. Emilio Castelar.—España y sus colonias, por D. Manuel Becerra.—Notas y apuntes de un viaje por el Pirineo y la Turana, por D. Antonio María Fabié.—Creación de colonias militares en la isla de Cuba, por D. José María Velasco.—Estudios sobre biología social, por D. Tomás Rodríguez Pinilla.—La oposición en Roma Papal, por D. Federico Moya y Bolívar.—Nuestra misión en América, por D. Pedro Arnó.—La cuestión de Grecia, por D. Eusebio Asquerino.—Discurso leído ante la Academia Española, por D. Emilio Castelar.—Dolores, novela (conclusión), por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—Crónica, por D. Miguel Moya.—Las Pirámides de Egipto, por D. José Alcalá Galiano.—La jov en de los ojos negros, por D. Manuel Reina.—Sonetos por D. Félix María Hidalgo.—La vejez, por don Eusebio Blasco.—Anuncios.

REVISTA EUROPEA.

En Francia, la Cámara vota la amnistía plena y entera, por virtud del resultado de las elecciones de Lyon y del apaciguamiento y tranquilidad de los ánimos. Muchas medidas han tomado los radicales, merecedoras de crítica; pero esta, que restaña heridas antiguas y combate inveterados males, merece el aplauso universal y sincero con que la acaba de recibir Europa. Nadie ha olvidado los crímenes de la Comunidad revolucionaria. El desconocimiento de un gobierno emanado de la voluntad nacional, la oposición á un pacto convenido con el extranjero, el desate de la guerra civil empeñada tras la guerra nacional, el bárbaro reinado de la anarquía erigido bajo la ocupacion de los invasores, las desmembraciones decretadas con la separacion de París y Francia despues del sacrificio de Alsacia y Lorena demandado por la derrota, la dictadura de la incertidumbre impuesta á la docilidad del desengaño, la violacion de los más sacros derechos consumada en nombre de los más avanzados principios, el fusilamiento de los rehenes concebido en rapto de locura y perpetrado entre los vapores de la embriaguez revolucionaria, el incendio innecesario de la capital, que estuvo á punto de borrar timbres necesarios al género humano y á su cultura, horrores son que merecen anatema eterno de la historia, mientras sienta el hombre en su pecho un latido del corazón y en su alma un rescoldo de la conciencia. Pero hay que dar en todo esto su parte principalísima á las circunstancias; al dolor inspirado por el vencimiento, á la vergüenza nacida de las condiciones humillantes del armisticio, á la exaltación traída por el sitio, al aglomeramiento de milicianos nacionales sin disciplina en una ciudad tomada por el invasor y rendida sin resignacion, á miles de accidentes; y no parece justo castigar con penas eternas, crímenes, grandes sí, pero circunstancias y contingentes.

El movimiento comunero cierra el período de las revoluciones violentas en las calles y abre el período de los progresos pacíficos en los comicios; y puesto que cierra un período tan triste y abre otro período tan glorioso, considerémoslo en justicia como un resultado de otra edad ya apartada y echemos sobre sus extravíos nuestro perdon y nuestro olvido.

El Gobierno ha vacilado mucho y el ministro de Instrucción pública ha tenido grandes y á veces invencibles incertidumbres. El centro izquierdo ha estado á punto de romper sus inteligencias con la union republicana levantando protesta firme contra tamaño proyecto. La mayoría de la Cámara alta, aún no bien resuelta, ha amenazado con rotunda negativa y ha creído que su deber de moderadora le aconsejaba lanzar veto inapelable á leyes tejidas por complacencias serviles con el radicalismo intransigente. La misma presidencia de la República, encerrada en la neutralidad á que la condenaron los autores de la Constitución, á pesar de su inercia irremediable, ha hecho algunas observaciones más ó ménos altivas. Los periódicos de la derecha, entre ellos el *Diario de los Debates*, han publicado toda suerte de artículos encaminados más bien á negar que á conceder la amnistía. Pero todo lo ha vencido y arrollado la intervencion directa de Gambetta.

Por fin ha descendido de su peana y entrado resueltamente en las realidades políticas, tomando una verdadera iniciativa, y con la iniciativa la responsabilidad. Ciertamente es que los electores de Bellville le impulsaban á ello con nombrar á un comunero regidor municipal; pero tambien es cierto que otras veces le dirigieron intimaciones más imperiosas y encontraron en él resistencias más resueltas. Con su criterio tan ajustado al curso de los hechos, y con su tacto para averiguar el momento oportuno de las decisiones supremas, Gambetta ha escogido esta hora, y desde que la escogió ha trabajado con todo el ímpetu de su voluntad y toda la firmeza de su constancia para que no fuera en vano, y no quedara sin su correspondiente éxito la más viva de sus aspiraciones políticas. Así ha reunido varias veces á la mayoría indecisa, y ha concordado las voluntades discordes y ha puesto paz en el Gobierno dividido, y ha bajado de su asiento presidencial para sentarse en el banco de los representantes, y ha dicho un discurso de empuje en lenguaje soberbio, y ha movido, primero con sus influencias y despues con sus acentos, á la Cámara, decidiéndola en pró de un acuerdo, que cierra las últimas heridas abiertas por las guerras civiles y que abre una era más próspera y más segura de reconciliacion y de armonía.

Lástima grande que oscurezca tan hermoso cuadro el cumplimiento de un plazo pavoroso, el cumplimiento de los decretos relativos á las órdenes monásticas, que inspirados en el espíritu de los antiguos tiempos é incompatibles con el conjunto de las leyes y de las instituciones modernas, exigen medidas contra las cuales protestan gran parte de los fiscales de las Audiencias y de los prefectos de los Departamentos, presentando sus dimisiones y trayendo con ellas nuevas dificultades en lo presente y recelos cada vez más graves respecto á lo porvenir. Yo no me he engañado, y he dicho que toda República capaz de olvidar el primero de sus principios, el principio de la libertad religiosa, en vez de herir á sus enemigos, se hiere tristemente á sí misma, y muestra como le falta el más rudimentario de todos los instintos, el instinto de su propia conservacion.

Grave incidente en Londres, que ha tomado las proporciones de un suceso europeo. Hablo de la prision de Brandlaugh. La tradicional y formularia Cámara británica se encontraba frente á frente de uno de sus ritos seculares, el juramento, y de uno de sus miembros recién nombrados que se negaba resueltamente á cumplirlo, Mr. Brandlaugh.

En este conflicto, cualquiera otra nacion hubiera acordado inmediata reforma que allanara el obstáculo y admitiera al diputado. Pero Inglaterra, antes de tomar acuerdos semejantes, medita y reflexiona mucho, por no comprender en su secular experiencia progresos espuestos á malograrse y á perderse en una realidad mal preparada por cualquier motivo á recibirlos y arraigarlos. Donde aún se conserva el ritual de hace tres siglos, y aún se visten las túnicas de la Edad Media, y aún quedan en los actos públicos las pelucas á lo Luis XIV, y aún se ven pajes ataviados con preseas de torneo, y aún se dicen las oraciones de la Iglesia anglicana para pedir el descenso de la divina gracia sobre los diputados, y aún va la dinastía de las revoluciones á la Cámara de los Lores y los Comunes á la barra, no puede abrogarse fórmula tan tradicional como el juramento, sin graves agitaciones, naturales en el aprecio de los ingleses por todo lo antiguo, y en su empeño de no perderlo hasta convencerse de la absoluta imposibilidad de conciliarlo en el espíritu moderno. Un diputado de la derecha presentó hábil proposición, encaminada con tino á desautorizar al Gobierno, y reducirlo á quedarse con una minoría, pues juzgaba imposible que la mayoría, siquier tenga carácter radical, votase la abolicion del juramento. En efecto; Gladstone se opuso á la maniobra del diputado de la derecha, y pronunció

con este motivo uno de sus más admirables y más admirados discursos en defensa de la abolición del juramento.

Tenia razón completa el ilustre jefe de la administración británica. No deben cerrarse las Cámaras á ninguna creencia, ni á ninguna idea, porque sobre las creencias y sobre las ideas no pueden tener jurisdicción de ningún género los poderes públicos. En Inglaterra se excluyó primero á los protestantes disidentes; luego que se admitió á los católicos romanos; luego que se admitió á los católicos romanos; se continuó excluyendo á los judíos ingleses; y ahora que se admite á los judíos ingleses, ahora se excluye á los ingleses ateos. Pues no puede ser eso. En la Cámara, donde no tiene derecho á sentarse Brandlaugh, se sienta Brighth, á quien su doctrina de cuáquero le impide prestar juramento de ningún género, y se asentarán en otros días filósofos como Stuart Mil que perteneció á la escuela positivista, y Hume que proclamó un escepticismo racional. Triste cosa es no ver á Dios ni en la conciencia ni en el espacio, no sentir la sombra de su luz en los astros, ni la ley de sus providencias en los hechos; confundirse con la materia, cuando se tienen alas para volar por lo infinito; entregar las almas, de suyo etéreas y libres, á la gravitación universal, como si fueran piedras; creer capaces á los gusanos del sepulcro de extirpar hasta el laboratorio de las ideas, royendo la esencia inmortal de nuestro ser; pero semejantes extravagancias se han reproducido en todos tiempos, sin que las haya contrastado ni el hierro ni el fuego; y nuestro entendimiento tiene tal complejidad, que para impulsarlo á la verdad, precisa reconocer en él derechos sagrados á pensar y á difundir el error. Con expulsar de la Cámara inglesa á un ateo, no expulsáis el ateísmo.

Pero id á persuadir con estos argumentos forjados en el puro raciocinio, á seres adscritos, como los tradicionalistas, á la historia. La Cámara decidió mantener el juramento por una coalición natural entre los wighs de la extrema derecha y los torys ó conservadores. Al día siguiente de esta decisión, Brandlaugh se presentó resuelto á sentarse en su sitio. Imaginaos el embarazo de la presidencia en escena tan grave. Si le dejaba sentarse, desconocía un derecho de la Cámara; y si no le dejaba sentarse, desconocía un derecho del diputado. Todo incidente dramático nace de un conflicto, y todo conflicto pide un desenlace en que por fuerza ha de haber vencedores y vencidos. El diputado entró y el presidente le intimó que se retirara. El diputado se adelantó, y el presidente le volvió á intimar que retrocediera. Naturalmente á cada paso del diputado hacia adelante, un clamor inmenso, tormentoso, horrible salía de todos los lados de la Cámara con visos y apariencias de tempestad. Por fin se encontraron cara á cara, frente á frente, el diputado y el speaker, representando uno la autoridad y otro el derecho en conflicto. Un diputado pidió que Brandlaugh fuera preso. El presidente dió la orden de prenderlo. Dada la orden, el sargento de armas de la Cámara, le puso la mano sobre el hombro y le obligó á seguirle. Brandlaugh dudó; pero al fin tuvo que ceder á la fuerza. Y luego, desde la barra, pronunció enérgico discurso en propia defensa. No extrañen ahora mis lectores todo el interés que doy en mis Revistas á las cuestiones religiosas tan graves en nuestro siglo como en cualquiera de los siglos precedentes. Una cuestión religiosa tiene todavía poder para alarmar á una Cámara como la Cámara británica y herir un principio como la inviolabilidad parlamentaria. Por eso hay que sostener sin desmayo la idea que todo lo resuelve, la idea de la libertad, la cual en asuntos religiosos, sobre todo, es la suprema justicia.

Volvamos de nuevo los ojos á la nación, cuyos hechos despiertan en nosotros mayor interés á causa de ese ensayo de democracia liberal, en que ponemos todas nuestras esperanzas y á que fiamos la suerte del progreso pacífico en toda Europa. Indudablemente la proposición de amnistía y universal amnistía nos satisface por completo y satisface el ánimo y la conciencia de todos los liberales europeos. Ciegos los comuneros de París, arrastrados por el despecho de la derrota y por el temor á la desaparición de la República, ébrios con la fuerte bebida de las ideas comunistas que á grandes tragos apuraron allá en los calabozos del Imperio, exaltados por las trágicas emociones de un asedio como el asedio de París, en aquella demencia extraordinaria que sólo se explica por lo extraordinario de las circunstancias también, incendiaron, destruyeron, mataron, dejando tras sí en el suelo huellas horribles y en la memoria recuerdos indelebles de destrucción y de ruina, que aún ponen miedo en los ánimos más fuertes y despiertan y avivan las pasiones que parecían más acalladas y dormidas. Pero alguna vez han de prescribir los crímenes políticos, alguna vez han de pasar los restos de las guerras civiles, alguna vez han de ir al seno del hogar y de la patria aquellos que olvidaron el deber y cometieron la injusticia, arrastrados más bien por la fatalidad de una pavorosa crisis social, que por los consejos de la propia conciencia y los impulsos del propio albedrío.

La amnistía, pues, plena, completa, sin restricciones, sin ninguna escepcion tiene en su favor no sólo aquellos sentimientos generosos que pocas veces engañan, sino aquellas ideas de justicia que determinan las mejores acciones en los pueblos y

en los Gobiernos. Así no me extraña la emoción profundísima que la enérgica palabra de Gambetta causó en la Cámara popular de Francia impulsándola con un soberano impulso á esta medida de reconciliación y de paz.

Pero ciertos errores, nunca bastante deplorados, han venido como á perturbar la amnistía plena y á oponerle gravísimas dificultades.

Las disposiciones relativas á la enseñanza pública trajeron las disposiciones relativas á la expulsión de los órdenes monásticos, y esta expulsión no bien meditada, y de todas suertes muy poco prudente, ha coincidido con el momento en que la ley se presentaba á la Asamblea de la resistencia, es decir, al Senado francés. No le ocultemos, por mucho que nos cueste criticar á una República como la francesa á la cual hemos consagrado los votos más sinceros de nuestra alma.

La expulsión de los jesuitas, con las circunstancias que la han agravado, parece una escena del antiguo régimen. Los esbirros que escalan los conventos y derriban las puertas con violencia, y sacan de sus celdas á los solitarios para deportarlos y conducirlos á extranjeras tierras, parecenme, no los delegados de una democracia liberal, respetuosa con todos los derechos, sino los delegados de un imperio cesarista, comprometido á sostener un Estado absoluto y tiránico que pone sobre las personas las leyes de su capricho. Así han resultado manifestaciones contrarias á la República, evitables por el más rudimentario sentido político. Ninguna necesidad había, ninguna, desellar esos monasterios olvidados, de poner la marca del martirio sobre esos sacerdotes desconocidos, de provocar manifestaciones en las cuales se mezclan con el humo del incienso, con la plegaria de las almas místicas, con el pan eucarístico, con cosas sacratísimas, las ideas contrarias á la libertad y á la República.

Los comisarios de policía han ido á las cuatro de la mañana, han descerrajado las puertas de los conventos, han puesto sitio á las celdas, han arrancado los jesuitas á su retiro, provocando alaridos religiosos, desusados hace tiempo y hoy renacidos al empuje de esa persecución innecesaria, y por innecesaria, insensata. Nosotros admiramos á Francia y la queremos como quizás no la admiran y quieren la mayor parte de sus hijos. Plácenos su ingenio soberano, su gracia ateniense, su amor al trabajo, su aptitud para el ahorro, su palabra reveladora, su carácter cosmopolita, su idea efusiva; pero cuando vemos que las formas de Gobierno pasan y sus inclinaciones á un Estado fuerte y á una desconfianza grande de la libertad quedan, tentación tenemos de creerla condenada por una fatalidad histórica de su carácter á tener un poder presa del cesarismo socialista y un pueblo presa del terror revolucionario.

En el fondo de cuanto hoy sucede, se encuentra la expulsión de los valdenses, la guerra de los maniqueos, la matanza de San Bartolomé, la revocación del Edicto de Nantes, las dragonadas de Luis XIV, el terror del 93, todo lo que ha manchado el claro nombre de Francia y ha comprometido su influencia moral sobre el mundo. Se necesita desconocer el respeto que merecen los símbolos religiosos, para sellar hasta el sacramento é inventariar hasta la hostia. El Zancarrón de Mahoma caído en nuestras manos, merecería sin duda alguna un respeto mayor; porque no puede, ni debe ningún hombre de Estado desconocer, como todas estas representaciones de lo infinito consuelan y alientan y elevan y subliman en su triste condición á los mortales. Así es, que cuantos aman la libertad, no pueden, no, en manera alguna, asociarse, ni por el silencio, á las violencias cometidas últimamente en Francia.

Ya sabemos que los jesuitas representan la mayor reacción del mundo; ya sabemos que nacieron y se organizaron para contrastar todos los progresos y para servir como de sombra á todos los esplendores del espíritu moderno; ya sabemos que el poder civil en los siglos pasados tuvo necesidad de combatirlos con fuerza para extender la tutela de las leyes sobre quienes querían sobreponer y anteponer á todo la estrecha organización de su instituto; ya sabemos que la restauración de su influjo en estos últimos tiempos ha perturbado mucho las conciencias y atraído grandes dificultades á los Estados modernos; ya sabemos que ellos dictaron aquel *Syllabus* contrario á todas nuestras ideas y atentatorio á todas nuestras instituciones; ya sabemos que ellos hicieron del Papa, con la infalibilidad, una especie de Dios materialista á guisa del Mesías de los judíos carnales; ya sabemos que combaten el liberalismo en Bélgica, la democracia en Francia, la unidad en Italia, el progreso en Alemania, la emancipación de la opresión Española; y como sabemos todo esto, deseamos que se les combata á ellos con las únicas armas, eficaces para contrastarlos y para destruirlos, con las armas de la libertad, la cual, como los rayos del sol, anima y calienta á los vivos, descompone y aniquila á los muertos.

Tomen los franceses enseñanza y ejemplo de esa libre Inglaterra, cuya autoridad moral se levanta cada día más en los ánimos y cuyo renombre brilla cada día con más esplendor en la historia, por que no desconfía de la libertad, comprendiendo como su raíz se encuentra en el respeto á la fé de cada conciencia, el cual la lleva hoy mismo á cambiar la fórmula del juramento que repugna á un ateo por la fórmula de la palabra hon-

rada y á dar el Gobierno de la India á un protestante converso al catolicismo, allanando por esta maravillosa manera todas las dificultades, y haciendo comprender á todos sus ciudadanos que, en el seno de las antiguas instituciones británicas, tienen un hogar seguro para sus personas y un templo sacratísimo para sus derechos.

La cuestión de la amnistía, como dije antes, se ha complicado con las disposiciones tomadas contra las órdenes monásticas, y esta complicación ha traído un voto del Senado, que so pretexto de restringir la amnistía puramente á los delitos políticos, inutiliza esta saludable medida. En nuestro humilde sentir el Senado hubiera procedido mejor dejando para otras disposiciones menos generosas y humanas el empleo de su rigoroso veto: que no puede con autoridad oponerse al olvido, al perdón, á la misericordia. Pero si el Senado hace mal negando la amnistía, los radicales hacen mucho peor proponiendo una revisión del código constitucional para abrogar el Senado. Nada hay tan favorable al progreso como la estabilidad y la duración de los códigos fundamentales. A esa duración deben su grandeza moral y material los Estados-Unidos y la gran Bretaña, y á esa duración deben el afianzamiento de sus libertades constitucionales Bélgica é Italia. Librémonos de impacencias funestas si queremos establecer y consolidar la libertad.

EMILIO CASTELAR.

ESPAÑA Y SUS COLONIAS.

Hace tiempo que es creencia general entre diplomáticos y hombres de Estado, que los grandes conflictos para Europa surgirán de las soluciones que hayan de darse del Oriente; de suerte que, todos los que de alta política se ocupan, tienen constantemente vueltos los ojos de la inteligencia hacia aquellos países que alcanzaban altos grados de civilización cuando Europa no solo estaba sumida en completa barbarie, sino que apenas se tenía conocimiento de su existencia. Entre todas las naciones que hoy figuran en el continente europeo, es, fuera de toda duda, la Península Ibérica el país donde primero ha sido implantada aquella civilización, y si no ha sido el primero, es de toda evidencia que ha compartido esta fortuna con los países más orientales de Europa. Y en efecto, desde los tiempos anteriores á lo que podemos llamar historia clásica, la tierra Ibérica ha sido como el mar á donde afluyen inmigraciones, una del Norte atravesando los Pirineos, y otra del Oriente y del Sur, salvando el Estrecho de Gibraltar; y por eso la creencia general entre los hombres de estudio, de que, entre todas las naciones modernas, es España, ó mejor dicho, es el pueblo español, de todos los europeos, el que tiene más sangre semítica, ó dicho de otra manera, que es el producto del mayor cruzamiento de razas humanas, y esto puede explicar las circunstancias que le distinguen, sus grandes cualidades y grandes defectos. En efecto, nadie duda hoy de la existencia de colonias egipcias en las costas orientales de España, y es vulgar el conocimiento de las conquistas coloniales de griegos y fenicios anteriores á la invasión cartaginesa, que trajo más tarde las guerras púnicas, y en último término la conquista de la Península por el pueblo romano; pero al mismo tiempo que se verificaban estas invasiones, los celtas, en guerra con los iberos, pasaban los Pirineos, rechazaban á sus incómodos vecinos, y andando los tiempos, se fundían con ellos para formar aquel pueblo de celtiberos cuyo valor ha hecho pagar tan cara á Roma la conquista de este suelo; pero que, si valerosos en el combate, enérgicos en la adversidad, y amantes de su independencia hasta el punto de preferir la muerte á la esclavitud, incapaces para unirse ni ejercer una acción común, siempre dispuestos á guerrear entre sí y perfectamente ineptos de mitigar sus odios para luchar contra el enemigo exterior, dando esto por resultado que su arrojo, su astucia, sus condiciones militares, en fin, los empleaban, no precisamente para defender su patria, sino para luchar al lado de un amo que, cualquiera que fuera éste, había de ser, en definitiva, el que remachara sus cadenas. Hemos hablado de los celtiberos, pueblo que era el resultado de la fusión entre celtas é iberos, y también encontramos los mismos vestigios en la antigua familia galaica, resultado del cruzamiento entre la raza aborigen y los galos ó keltas.

Más tarde, y en tiempos relativamente próximos, los hombres del Norte sacaron la provincia Ibérica de manos del poder romano para ser ellos á su vez vencidos por aquella invasión la más notable de la historia que, partiendo de la Península arábiga, conquistando la mayor parte del Asia y atravesando el Africa como un torrente, vino á pasar el estrecho y dar la batalla de Guadalete donde acabó por completo con el poder de aquellos godos degenerados, de aquellos descendientes de los hombres de guerra que habían salido de las orillas del Vístula, de la Escandinavia y de la Germania, y que parecían llamados á regenerar una civilización gastada y carcomida por los vicios, la crápula, y las predicaciones insensatas, y que lejos de ser así habían sufrido á su vez las influencias deletéreas del medio ambiente que le rodeaba y se habían hecho indignos é incapaces para formar un gran pueblo, y siendo ya impotentes para empuñar con brazo viril la lanza y la espada, sólo sabían tener la resignación del esclavo, cuando no acudir á la traición y á la baja para implorar del vencedor el respeto á sus propiedades y

riquezas que les servían para sostener los vicios que hasta tal punto los había rebajado.—Decíamos antes que la invasión de los árabes era la más notable que conocía la historia, y así es la verdad, no solo por la rapidez con que formaron un imperio mayor que el romano, sino por la pasmosa celeridad con que se civilizaron, llegando á ser el elemento de cultura más poderoso que ha tenido la Europa, y bien puede asegurarse que, sin esta invasión, las que se llaman hoy razas superiores hubieran salido con gran dificultad de las estrechas mallas en que las tenían encerradas un feudalismo bárbaro y feroz, una escolástica degenerada y mal entendida y una teocracia preocupada, ignorante y soñadora.—A los árabes se debe en primer término, no solo haber desenterrado todo lo mejor de la antigua civilización griega y la escuela de Alejandría, sino haberlo llevado más adelante: ellos son los inventores, ó, cuando ménos, los que trajeron de la India las primeras nociones sobre Análisis algebraica; ellos los que trajeron á Europa el sistema de numeración actual que no habían conocido griegos y romanos; ellos, en fin, los que echaron el fundamento de todas las ciencias positivas; y en orden á la política y por lo que á la Península se refiere, después de ellos es cuando empezó á haber un pueblo ibérico y el germen de una ó varias naciones con condiciones de existencia, por que á su vez fueron, andando el tiempo, víctimas de sus divisiones, y más que todo del fanatismo de aquellas masas africanas é ignorantes que de más allá del estrecho vinieron en su apoyo y que concluyeron por arrojarlos del poder; de manera que al ser á su vez vencidos por el antiguo pueblo hispano-romano y resto de los godos, pudiera afirmarse que la reconquista se ha verificado, más que contra los árabes, contra estos españoles.

De suerte que parece unido á esta tierra el espíritu de división y de independencia personal hasta el fraccionamiento microscópico; pero hay que decir, para ser justos con su memoria, que ha sido la suya la dominación más suave de aquellos tiempos, que respetaron la propiedad de los vencidos y sus creencias religiosas hasta el punto que no impusieron á la primera más que un tributo, el del diezmo, y que, cuando siete siglos después se les arrojaba definitivamente de España, se encontraron por todas partes iglesias abiertas al culto cristiano donde el pueblo vencido tributaba sus preces á Dios según lo tenía por conveniente. Por desgracia, los hombres de la reconquista estuvieron muy lejos de imitar esta tolerancia.

Antes de ir más adelante y dejar estas ligeras reflexiones, y entrar en el asunto principal que ha de ocuparnos, conviene á nuestro propósito hacer como de pasada una observación, de la cual, más tarde hemos de sacar sus consecuencias, á saber: que cualquiera que haya sido el grado de civilización que hayan importado aquí los pueblos conquistadores, no sólo se ha conservado ese grado de cultura, sino que se ha desenvuelto en este suelo, con tal fuerza y rapidez, que ha influido de una manera decisiva sobre los dominadores. Aparte de lo que pudiera decirse de las colonias fenicias y cartaginesas, en la misma Roma dominó durante un siglo el gusto y la literatura ibérica, que, si arrancaba de la misma romana, había tomado aquí en cambio, un sello especial y característico propio de la virtualidad de este pueblo; y nada hay que decir por lo que se refiere á los godos, vándalos y suevos, porque es de todos bien conocido. Resulta de esto una demostración palmaria de que este país tiene condiciones propias para el desarrollo de una gran civilización, y que, si hoy se encuentra muy atrasado en el camino del progreso con relación á otras naciones europeas, hay que buscar la razón de eso en otras causas extrañas á las condiciones naturales del suelo, del ambiente y de las cualidades fisiológicas de los hombres que han ocupado y ocupan la Península más occidental de Europa.

Está tocando á sus límites el tiempo en que se da el nombre de historia á una especie de biografía de colectividades, de héroes, de caudillos y de personajes, y hoy exige el método científico ó positivo que invade el terreno de la inteligencia en todas sus manifestaciones, exige, repetimos, más que hacer crónicas, hallar la etimología de la historia, ó sea buscar la razón, el motivo fundamental de los hechos sociales é históricos que se han verificado y se verifican; y obediendo á este principio, viene la siguiente pregunta: ¿Por qué, siendo la Península ibérica la más occidental de Europa, se han dirigido á ella, con preferencia, todas las invasiones del Oriente? Para contestarla hay que acudir á las ciencias positivas, y la Geografía es, en este caso, la que va á darnos la respuesta.

Cualquiera que se tome el trabajo de echar una mirada sobre el mapa, inmediatamente se percibe, fijándose en el estrecho de Gibraltar, de la corta distancia, relativamente hablando, que separa dicho estrecho del Egipto, pues solo hay que atravesar una parte muy corta del Imperio marroquí, la Argelia y Trípoli. Si España hubiera cumplido con lo que parecía ser su misión en el mundo y adonde la llevaba su historia, es seguro que los territorios que acabamos de indicar serían atravesados hoy por un ferrocarril que hubiera dado el camino más corto del Oriente para el Occidente de Europa; y no es ménos cierto que en lugar de hablarse hoy del túnel de la Mancha se hablaría del túnel del Estrecho, si, como decíamos antes, España hubiera civilizado el Africa y, por consiguiente, los territorios á que nos hemos referi-

do. Examinar las razones de lo sucedido, nos llevaría muy lejos y fuera de nuestro propósito, y, en todo caso, no es este el lugar de entrar en este exámen, siquiera sea muy someramente.

Se ha hecho moda, aunque ya va decayendo un poco, entre oradores y políticos, hablar mucho de razas, faltando por completo al sentido que la ciencia da á esta palabra y confundiendo con la que debe llamarse pueblos ó colectividades, resultado del cruzamiento de aquellas; y de aquí, frecuentemente, proviene el error de los calificativos de raza latina ó germánica, queriendo significar por la primera todos los pueblos que han formado parte del imperio romano, y por la segunda, de una manera bastante vaga, todos los que han salido de los bosques de lo que hoy se llama la tierra alemana, confundiendo ordinariamente estos pueblos con otros provenientes de la Escandinavia y de la alta meseta del Asia. Pero dejando aparte todo esto, tomando sólo lo que hace á nuestro objeto y concretándonos por consiguiente á lo que hace referencia con la península ibérica, resulta en nuestro entender demostrado que este es un pueblo bastante distinto de todos los demás de Europa, con su virtualidad propia y sus peculiares cualidades y defectos; y así se ve comprobado en todas las manifestaciones de nuestra historia, y se observa por ejemplo constantemente la superioridad individual y la enérgica personalidad, pudiendo decir que no hay otro pueblo que pueda compararse en este sentido más que la antigua Grecia; pero en cambio, la colectividad que supone la unidad y la armonía ha estado y está bien lejos de rayar á la misma altura, y de aquí otra cualidad que no ha sido ménos saliente en nosotros, á saber: el carácter aventurero y el deseo constante de expansión y de viajes á países ignotos. Como comprobación de ello ahí están las exploraciones de nuestros vascos que en tiempos lejanos fueron los primeros balleneros de Europa, y está fuera de duda que pisaron la isla del Labrador, y como consecuencia las costas de América mucho antes de su descubrimiento.

Los árabes españoles no sólo descubrieron las Canarias y registraron el Africa como no se había hecho hasta entonces, descubrieron el archipiélago de la Sonda, y conocieron las costas de la Oceanía, sino lo que parecerá extraño, describieron la Escandinavia y la Groelandia. Este mismo carácter de aventura y deseo de descubrimiento se manifestó enérgicamente en los españoles y portugueses de los siglos xiv y xv, y la geografía recordará siempre los nombres de Quiros, Lorenzo Ferrer, Pedro Dhorta y tantos otros, sin hablar de los Vasco de Gama, Fernando de Magallanes y otros hombres ilustres á quien tanto debe el conocimiento del globo que habitamos. Y así se explica que el ilustre Colón haya venido á buscar, con preferencia, las Cortes de España y Portugal, que no ha sido como vulgarmente se cree, solamente por el poderío que estas naciones tenían en aquel tiempo, sino porque eran los países de aquellos espertos marineros é intrépidos navegantes de los cuales dice Alejandro Humboldt que jamás los hombres de ningún pueblo ni de ninguna época sobrepusieron, si es que igualaron, á los navegantes españoles y portugueses del siglo xv.

Necesario es, antes de pasar más adelante, rectificar un error, un olvido poco benévolo de los extranjeros y aun una ligereza punible de algunos españoles, que consiste en afirmar que las campañas y descubrimientos en lejanas tierras llevadas á cabo con admirable heroísmo por nuestros antecesores, no obedecían á otro móvil que al deseo de encontrar oro, plata y piedras preciosas. Importa bien distinguir dos cosas, por un lado lo que era esa fuerza de expansión de que antes hemos hablado, y esa sed de descubrimientos que hacia correr tales peligros á hombres que una buena parte de las veces gastaban además su fortuna y sin ningún auxilio del Estado; y por otro que, después de hecho el descubrimiento, se encontraban países poblados, pueblos organizados en esta ó en aquella forma y con un grado dado de civilización.

Entonces, como era lógico y natural, teniendo en cuenta la época y demás circunstancias, venía el deseo de la conquista, y para satisfacerlo la guerra, y para esta los aventureros que solo buscaban una fortuna con la punta de su espada, con la exposición de su vida y no eran seguramente escrupulosos en el logro de sus fines que principalmente consistían, antes que todo, en apoderarse de las riquezas que habían de proporcionales sosiego y placeres. Cierta es que la humanidad tuvo que reprobar actos de crueldad salvajes ejercidos contra los vencidos para arrancarles el secreto del sitio donde guardaban los tesoros; pero pasados estos primeros momentos del furor del combate, de la desenfrenada avaricia y concupiscencia, no puede negarse, y así pensamos probarlo en este y sucesivos artículos, que tanto portugueses como españoles han sido los primeros colonizadores de la edad moderna por lo que se refiere á su trato con los vencidos; y las leyes que determinaban las relaciones entre unos y otros eran tan humanas que con frecuencia llegaban hasta la mimosera.

Ningún otro pueblo, desde aquella hasta la fecha, ha tratado con igual consideración á los indígenas, así como tampoco en ningún otro se han cruzado tanto las dos razas vencedora y vencida, y esto prueba á la vez dos cosas, la aptitud del pueblo ibérico para vivir en todos los climas y cruzarse con razas distintas, así como indica también la poca tirantez ó separación que había entre unos y otros.

Desgraciadamente, si es cierto de toda evidencia lo que dejamos indicado, no lo es ménos que nuestro sistema de colonización llevaba en sí uno ó varios defectos radicales que, si habían de permitir pronto la inteligencia entre las dos razas, en cambio, habían de ser más tarde un obstáculo poco ménos que invencible para el progreso ordenado y la civilización de las colonias; así como en germen y antipatía y profundos resentimientos entre aquellas y la Metrópoli, que más tarde ó más temprano, á no corregir aquellos defectos con prudencia, pero con firmeza, habían de producir la separación y el desmoronamiento de uno de los imperios más colosales que ha habido sobre el globo terráqueo.

El exámen y análisis detenido de todos estos vicios fundamentales, nos llevaría muy lejos y darían á este artículo dimensiones demasiado extensas, corriendo la contingencia, no sólo de fatigar la atención del lector, si que también, robar un espacio de que esta clase de publicaciones necesita; así que, hemos de contentarnos por de pronto con las someras indicaciones indispensables al objeto que nos hemos propuesto.

Los fenómenos que á la ciencia sociológica se refieren son tan complicados, de tal manera complejos, hay que tener en cuenta tal número de datos al intentar tratarlos, aunque sean muy á la ligera que, se encuentra uno como el marino que navega entre dos escollos, expuesto por un lado á que las conclusiones que se saquen no tengan el grado de exactitud que siempre es de desear, y por otro á entrar en una porción de análisis y detalles que conduzcan con una pesada aridez insostenible al lector ó al oyente; pero, hay más aún, sucede con frecuencia que las cualidades más sobresalientes de un individuo ó de un pueblo lleven consigo, y unidos como la sombra al cuerpo, defectos de resultado funestísimo. Así, por ejemplo, la cualidad del pueblo ibérico del que antes hemos hablado, relativa á su facilidad para cruzarse con otras razas muy distintas, nos lleva, como con la mano, al problema técnico y científico, tanto como poco adelantado aún su resolución, á considerar las ventajas é inconvenientes de los cruzamientos humanos; pero, por más que falte mucho que descubrir sobre el particular, es lo cierto que hoy la ciencia cree haber llegado á las dos conclusiones siguientes: 1.ª la reproducción dentro de la misma familia, ó dicho de otra manera, el contacto de los sexos por cuyas venas corre la misma sangre conduce irremisiblemente, más tarde ó más temprano, á generaciones, si no híbridas, por lo ménos de cualidades físicas, morales é intelectuales muy inferiores, y no ha faltado quien haya aplicado esta ley al descenso que se nota en los descendientes de esas familias que, por ser cortas en número, por razón de estado, preocupación ú otras, se enlazan siempre entre sí, y sólo por este principio encontraban la explicación de la grandísima diferencia entre los fundadores de las dinastías merovingia, carlovingia y otras, y sus desdichados sucesores.

Es la otra conclusión la que afirma que las generaciones sucesivas ganan tanto más cuanto mayor diferencia hay entre los individuos que las producen, á condición que éstas pertenezcan á la misma raza ú origen, que cuando las razas son completamente distintas, las generaciones que resultan del cruzamiento, descienden con tanta mayor rapidez, cuanto más notable es la diferencia entre aquellas; y dicho se está, que todo esto se entiende subordinado, no sólo á las condiciones individuales y personales, sino sujeto siempre á las dos grandes leyes de la selección natural y de la herencia.

Aplicando al asunto que nos ocupa lo que acabamos de exponer, resulta; que donde quiera que los españoles han dominado y se encontraron con un pueblo indígena ó trasportado, de origen muy distinto del nuestro, se ha producido una familia mestiza con más ó menos condiciones positivas ó deficientes, que no solo por estas razones, puramente fisiológicas, sino por complicaciones de otro orden, como son las preocupaciones sociales y otras, el hecho de que el cruzamiento se verifica de ordinario por el contacto del varón, que pertenece al pueblo dominador, con la hembra del pueblo dominado, sin que ésta haya sido elevada hasta el hombre por medio del matrimonio. Resulta, pues, una especie de poligamia abundante en fatales y desmoralizadoras consecuencias: el producto de la unión no conoce en términos generales, á su padre, y caso de conocerlo no puede darle este agradable nombre: su madre, caso de ser conocida para él, ocupa un lugar muy rebajado en la escala social, y en último término, lesirve sólo para marcar en su color y figura que no pertenece á la raza superior; de suerte que se encuentra despreciado y deprimido por el pueblo del cual su padre forma parte, y tal vez por este mismo; y creyéndose él á su vez superior á la raza de la madre que le ha llevado en sus entrañas y á quien debe el tesoro de cariño que le hiciera falta en su corazón, vierte sobre aquella todo el cúmulo de desprecios é injusticias con que la abruma la dominadora.

Y puesto que de colonias españolas se trata, no puede pasarse desapercibido que tiene no pequeña parte en el cruzamiento de razas el contacto de los que perteneciendo al pueblo dominador, se creen ligados, en nuestro concepto, por absurdas ó cuando ménos, poco meditadas promesas sobre abstenciones que la fisiología y la ley de conservación de la especie de consuno reprobaban. En nuestro derecho estaríamos discutiendo estos votos ó pro-

mesas que un autor ortodoxo califica de sacrificio humano, estaríamos, sí, porque ciertos celibatos hoy no constituyen una parte del dogma de la que es en nuestro país religión del Estado; pero no es nuestro objeto entrar en el exámen detenido que el asunto requiere, y solo añadiremos que es altamente peligroso y de una desdichada política el inventar leyes sociales que están en pugna abierta con las inflexibles de la naturaleza. Sea de esto lo que quiera, cuando el hombre que tiene comercio con una mujer del pueblo dominado, está imposibilitado por las leyes del país ó por la disciplina de las corporaciones á que pertenece, de reconocer ó confesar que algunos seres humanos le deben su venida al mundo, entonces la inmoralidad crece de todo punto porque la mujer queda tanto más rebajada cuanto más tiene que ocultarse del hombre que con ella tuvo contacto, y donde quiera que aquella se rebaja la sociedad lleva en sus entrañas un elemento de disolución; y en este caso concreto viene á recaer todo sobre el sér inocente al cual se le ha dado sin él pretenderlo, y por consecuencia á hacer más difícil la situación del mestizo.

Como manifestación de todo lo que dejamos apuntado, se ha observado y se observa constantemente en todas nuestras posesiones ultramarinas el siguiente fenómeno: el español es altamente injusto con el mestizo, cualquiera que sea su nombre; éste, á su vez, odia al español, y aprovecha todas las ocasiones de tiranizar cruelmente á la raza dominada; y de aquí el fenómeno, no ménos constante, de que esta última raza tenga mucho mayor cariño al español que al mestizo, y por eso ha sido frecuente en todos los movimientos cuya bandera ó tendencia sea la separación de España, que éste haya tomado una parte activa mientras que aquél es un elemento de conservación para la Metrópoli. A estas causas tan íntimamente ligadas con las condiciones fisiológicas de nuestro pueblo, hay que añadir otras varias que proceden de nuestro modo de ser, políticamente hablando, de nuestra historia, de nuestras grandezas y de nuestras decadencias.

Pesado sería en demasía enumerarlas todas, y por otra parte inútil por hacerlo innecesario la ilustración de los lectores habituales de esta publicación; así que solo nos contentaremos con indicar muy á la ligera algunas de las principales, y esto porque lo creemos de urgente necesidad á causa de que los vicios y defectos que nuestra Administración colonial ha tenido en tiempos los conserva hoy en algunas partes poco ménos que en tiempo de la conquista, y si hemos de refener los pocos pero valiosos restos de nuestro antiguo imperio ultramarino, es indispensable hablar el lenguaje viril de la verdad, que los cobardes no evitan el peligro por cerrar los ojos.

Gran porvenir tenemos aún por delante; gran óbolo podemos llevar aún al acervo de la civilización y del progreso. Si no sabemos realizarlo, si no cumplimos con nuestra misión, si no procedemos con tanta prudencia, como constancia y energía para corregir los vicios y defectos que tantos males y desdichas nos han acarreado, la culpa será nuestra, y á nadie tendremos que echarse; pero no olvidemos que los pueblos, como los individuos, cuando se declaran impotentes para cumplir con las funciones que su organismo requiere, entonces, una ley inflexible de la naturaleza, les dice que su misión ha concluido, que están demás sobre la tierra, que están ocupando un puesto que otro debe ocupar más digno y ventajosamente, y en este caso podrán prolongar por más ó ménos tiempo una vida achacosa y valetudinaria, y al fin y al cabo como las leyes naturales no pueden dejar de cumplirse, pueblos ó individuos pasan al panteón de la historia; dichosos ellos si en esta han dejado escrita una página tal, que los que han de sucederles, les tributen un recuerdo agradable por lo que han hecho en favor de la cultura y del progreso, ó sea, en favor de la libertad, manifestación de todo lo que vive y se mueve, ley tan divina como todas las que han salido de las manos de esa potencia, que hace que todo se mueva con concierto y armonía desde los infinitamente pequeños, desde esas moléculas, de las cuales existen millones de millones en un centímetro cúbico de una materia, un millón de veces ménos densa que ese hidrógeno tan necesario á la vida, pero invisible á nuestros ojos; desde estas moléculas, decimos, hasta esos cuerpos que se mueven en el espacio, y de los cuales nuestro sistema solar, y especialmente el globo que habitamos, no merece ni el nombre de polvo entre el polvo; pero no, que pequeño y todo como es, lleva en su superficie estos admirables reinos, vegetal y animal, y sobre todo, el representante más alto de este último, este sér que se llama hombre, que lleva en su cabeza un mundo de ideas más grande que todos los mundos que descubre con el telescopio, y en su corazón la energía y virilidad bastante para vencer los instintos naturales, y sacrificar cuando el caso lo requiere, su propia vida, su propia existencia, por la defensa de los seres, á quien ama por su propio honor ó dignidad, por los fueros de la verdad y de la justicia, por los intereses comunes de aquellos que con él forman una patria querida, por la santa y divina libertad, cuyo gérmen lleva dentro de sí y le indica en los momentos supremos que es preferible morir á vivir esclavo ó deshonrado.

MANUEL BECERRA.

(Continuará.)

NOTAS Y APUNTES

de un viaje por el Pirineo y por la Turena, hecho en el verano de 1878.

PLESSIS LES TOURS.

Al día siguiente el tiempo había mejorado bastante, y á eso de las siete de la mañana, despues de nuestro habitual desayuno, emprendimos, en un buen carruaje, una expedición que sirvió de complemento á la que hicimos la tarde de nuestra llegada á Tours, y por tanto, pasamos el puente y nos dirigimos por la orilla derecha del Loire hácia Luynes; el camino, que empieza estrecho y encajado entre las colinas y el río, se ensancha luego, ofreciendo vastos horizontes; la mañana estaba apacible, una fresca brisa nos traía los aromas del campo, cuya verdura había vivificado la lluvia del día anterior, de que aún pendían de las hojas de los árboles y yerbas gotas que descomponían los rayos del sol como si fueran diamantes orientales; á un cuarto de legua del puente el Loire se ensancha como un lago sembrado de islotes que parecen ramilletes de flores que flotan sobre el agua; algo más arriba las colinas de la margen del río se abren, formando un valle por donde corre uno de los afluentes del Loire llamado la Choisille, que se pasa por su desembocadura; también atraviesa por allí el río principal, sobre un elegante viaducto, el camino de hierro del Mans que sigue el valle de la Choisille; á la derecha se ven unas ruinas que son las del priorato de San Cosme, y á poco se llega á Martigny, así llamado porque San Martín poseía allí una heredad en la encrucijada de los dos caminos romanos que iban de Tours el uno á Angers, y el otro á Mans; este sitio fué luego un lugar de esparcimiento de los obispos de Tours, y allí dió Gregorio de Tours una magnífica fiesta á los embajadores godos, que el poeta Fortunato refiere en una de sus composiciones. Siguiendo este camino se llega al pueblo llamado Fondette, donde hay una iglesia que merece visitarse: consta de tres naves terminadas por tres ábsides; la obra es, en su mayor parte, del siglo XII y del gusto de transición que reinaba entonces; pero no se acabó hasta el XV, especialmente la parte superior de la nave principal.

El valle de Loire se extiende anchísimo por aquel sitio, y sobre uno de los collados que lo determinan se vé el castillo llamado ahora de Luynes, y antes de Maillé, derivación del nombre de Malliacum, que tenía el campamento ó castrum romano que estuvo allí establecido; el sitio es de lo más bello y pintoresco, y al propio tiempo una de las claves estratégicas del valle de Loire; su historia es tan interesante, como que va unida á todas las vicisitudes que ha sufrido aquella región desde que las Galias figuran en la historia hasta la última guerra con los prusianos. El castillo lo forma un recinto de murallas con torres redondas coronadas por techos cónicos, y tiene una vivienda del siglo XV, agrandada y reedificada en el XVI. Aun se conservan en las inmediaciones vestigios de las construcciones romanas, siendo los más notables algunas arcadas de un acueducto que llaman en el país Arenas con gran impropiedad, y sin duda por extensión, á todas las ruinas romanas, del nombre peculiar de los circos.

Como la tarde anterior habíamos visitado la abadía de Marmoutier y la Iglesia de Roche Corbon, fuimos directamente de Luynes al antiguo Castellum de Larçay, situado sobre un cerro en la margen izquierda del río Cher; el paisaje tiene allí un aspecto distinto del que presenta la margen derecha del Loire, pues en lugar de las viñas y de las tierras de labor, forman aquí el panorama bosques y praderas. El castillo de Larçay que las domina, y desde donde se descubre la ciudad de Tours con sus monumentos y demás edificios, fué un lugar de refugio donde los habitantes de aquellos contornos se acogían para ponerse á cubierto de las depredaciones y matanzas de los bárbaros en el siglo V; forma un cuadrilongo cerrado por murallas flanqueadas de torres, aunque solo por tres de sus lados, no necesitándolas el otro por estar bastante defendido por lo empinado de la cuesta; el muro y las torres ofrecen caracteres análogos á los del recinto galo-romano de Tours, y se ven en él fustes de columnas, entablamentos y otros restos de antiguos y suntuosos edificios que se aprovecharon en medio de los peligros de las invasiones de los bárbaros para defensa de los habitantes, víctimas de los estragos que narra Sidonio Apolinar, y que sufrimos también nosotros, según cuenta en su crónica el Obispo Idacio, dando ambos idea de los terribles males que padecieron por entonces todos los pueblos que componían el mundo romano. Durante la dominación inglesa estuvo en aquella región el famoso arzobispo de Cantorbery Tomás Beck, que hoy se cuenta en el número de los Santos por haber resistido, hasta sufrir el martirio, las invasiones y atropellos de los derechos de la Iglesia cometidos por Enrique II Plantagenet, que le desterró á Tours. Allí había asistido antes al concilio celebrado por Alejandro III, donde fué depuesto en 1163 el anti-papa Víctor. En este concilio había acompañado al arzobispo su arcediaco llamado Avertin, quien despues del asesinato de su prelado resolvió vivir en la soledad, y para ello volvió á Turena, donde los naturales le obligaron, por la fama de sus virtudes, á que ejerciese con ellos su ministerio, y habiendo muerto en olor de santidad fué su sepulcro objeto de piadosas peregrinaciones, la aldea casi desconocida en que estaba adquirió desde entonces gran importancia, y tomó el nombre que hoy conserva de San Avertin, desde la cual empieza el valle del Cher á estrecharse.

Aunque su historia no es tan antigua como la de otros monumentos de la Turena ni tuvo nunca el mérito artístico de algunos de ellos, goza de mayor fama que todos el castillo de Plessis les Tours, porque su nombre va unido al de Luis XI, cuya siniestra figura ha dado á conocer á la moderna Europa el drama que lleva este nombre, y en el que alcanzó grandes triunfos nuestro actor D. José Valero. La obra del poeta es, sin duda, exagerada; pero el famoso rey daba materia abundante para la creación del artista; fué, sin duda, un grande hombre de Estado, y su lucha con el duque de Borgoña, si no acredita su generosidad, demuestra su gran instinto político; pues la destrucción de aquel Estado independiente y su incorporación á la Corona de Francia, fué un paso gigantesco para llegar á la constitución de la unidad de Francia, consumada al cabo con la unión del ducado de Bre-

taña y con la del reino de Navarra. Así de los principales sucesos de la época de Luis XI, como de los posteriores á que me he referido, fué mudo testigo y sirvió á ellos de teatro el castillo de Plessis les Tours. La heredad en que estuvo construido fué comprada por Luis XI á su chambelán Harduino de Maillé por el precio de cinco mil quinientos escudos de oro, en 1463, cambiando entonces el nombre de Montils, que tenía, por el que aún conserva; allí construyó Luis XI el modesto palacio que fué su habitual residencia en el estilo de la época, y principalmente de ladrillos, á pesar de la abundancia de la piedra en Turena, siendo, por tanto más propia aquella residencia de un acomodado mercader que de un príncipe.

Aunque haya exageraciones en la leyenda que se ha formado, y de que son principales personajes Luis XI y el prevoste de los mariscales Tristan L'hermite, no se puede negar que desde luego, y á pesar de haber elegido el Rey aquel lugar para su vivienda por la hermosura del sitio, que es un estenso llano regado por el Loire y el Cher, tomó la régia morada un aspecto lúgubre, pues hablando de ella Cláudio Seyssel, dice «no se veía más que gente ahorcada de los árboles, porque el prevoste de los mariscales hacia ahorcar ó aprisionar á la gente sin grandes indicios ni pruebas.» El carácter suspicaz del Rey se revela, además, en que, para evitar que se acercasen á su residencia, la rodeaba de cejos de hierro, precaución que tomaba en los demás castillos donde solía residir, aunque fuese por breve tiempo, según lo demuestra la siguiente anotación de las cuentas de Tesorería de 1478 á 81. «A Jehan Forgier, cerrajero, la suma de noventa sueldos torneses por doscientos cejos que ha hecho por mandado de dicho señor para ponerlos en el castillo de Forges, cerca de Chinon;» pero todavía más célebres que estos cejos se han hecho las jaulas de hierro en que encerraba á los presos de Estado; en una de ellas estuvo algunos años el cardenal la Balue, que dicen que fué el inventor de este diabólico tormento; la jaula estaba formada de gruesas barras de hierro, y sus dimensiones eran tales, que no se podía estar en ellas ni de pié ni tendido; en las ruinas que aún restan de Plessis se conserva el calabozo donde estuvo la jaula del prelado, que no recobró su libertad hasta 1480, despues de una larga y penosísima prisión, no habiendo sido ménos dura la que sufrió en otra jaula análoga Simon de Quingey, fiel consejero del rival de Luis XI, Carlos el Temerario, duque de Borgoña; pero el Rey no tuvo en su palacio de Plessis á este prisionero, sino que encomendó su custodia á su fiel ciudad de Tours, y lo tuvo en su casa el alcalde Juan de Coutance, para lo cual fué necesario que rompiera las paredes de ellas, á fin de que pudiera pasar la jaula hasta el calabozo en que estuvo colocada en los sótanos, obra que se hizo dos veces, pues el rey hizo llevar á Quingey en su jaula á Plessis, donde estuvo tres días, devolviéndose despues á Coutance, hasta que recobró su libertad, probablemente despues de la muerte del rey, ocurrida en el mismo castillo de Plessis el 30 de Agosto de 1480, despues de larga y penosa enfermedad, que aumentó su suspicacia y su superstición, habiendo hecho en esta última época de su vida muchas fundaciones religiosas, y mandado venir desde Calabria á San Francisco de Paula, á quien hizo magnífico recibimiento; pero la humildad del Santo no consintió ni aún en aceptar alojamiento en el palacio, tomándolo en una cuadra del corral inmediato, donde permaneció hasta prestar á Luis XI los últimos auxilios espirituales.

La historia de Luis XI trae á la memoria la entrevista que celebró con el rey de Castilla Enrique IV, la cual refiere en estos términos Felipe de Comines (1).

«Pocos años despues que nuestro rey se coronó, y antes de la guerra del bien público, se hicieron unas vistas de este rey con el de Castilla, que son los príncipes de mayores confederaciones de la cristiandad, por ser confederados de rey á rey y de reino á reino, y obligados á bien guardarlas debajo de grandes juramentos y maldiciones. A éstas vino el rey Enrique de Castilla bien acompañado hasta Fuentes de Ebro y nuestro rey á San Juan de Luz, cuatro leguas distantes, y ambos venían á estar en los confines de sus reinos. Yo me hallé presente, más contóme esto el rey y nuestro señor de Lau; despues tambien me dijeron en Castilla lo que en estas vistas pasó. Halláronse con su rey Enrique el gran maestro de Santiago y el arzobispo de Toledo, que por entonces eran los mayores de Castilla (2); hallóse tambien el conde de Ledesma, su más agradable carillo (ó miñón á lo francés) (3), con grande aparato y pompa. Todos sus guardias de á caballo venían con el rey de Castilla, en que había trescientos caballos moros de Granada, á donde aquel rey tenía grande correspondencia. Y á la verdad él era tal, que daba su hacienda y patrimonio prodigamente á muchos, y lo dejaba llevar á todos los que lo querían ó podían arrebatar. Nuestro rey vino acompañado á estas vistas tambien, como vos sabeis tenía de costumbre: su guarda señaladamente era bella y lucida. A estas vistas se halló tambien la reina de Aragón Doña Juana Enriquez (4), por su marido el rey Don Juan, sobre las diferencias que tenía con el rey de Castilla (de la ciudad y merindad de Estella y otras plazas de Navarra), de las cuales estaba nombrado juez árbitro el rey Luis. Y viniendo al propósito de que las vistas de los príncipes no convienen. Estos dos reyes no habían tenido jamás cosa de diferencia ni pretension entre sí, y se vieron una ó dos veces solamente en la ribera del río Gostoval ó Vidasona que parte los términos de ambos reinos de España y Francia, por un castillo llamado Orstuvia, porque el rey de Castilla pasó el río á la parte de Francia, y no estuvieron mucho rato hablando más que lo que pareció al maestro de Santiago y al arzobispo de Toledo.

ANTONIO MARIA FABÍ.

(Continuará.)

(1) Las Memorias de Felipe de Comines con escolias propias de D. Juan Vitoriano.—Ambres en la imprenta de Juan Menosio, año MDCLXIII.

(2) El maestro de Santiago era el famoso D. Juan Pacheco, que llegó á hacerse duque de la valaduna de Enrique IV, dando lugar á los sucesos que produjeron la deposición del rey en Avila, la proclamación de su hermano Don Alfonso y la guerra civil que ensangrentó á Castilla, y que no terminó sino despues de la muerte del príncipe.

(3) Se trata del famoso D. Beltrán de la Cueva, despues duque de Alburquerque.

(4) Madre del rey Católico Don Fernando.

CREACION DE COLONIAS MILITARES

EN LA ISLA DE CUBA.

La isla de Cuba, por su larga y desoladora guerra, por el cambio frecuente de su personal y de sistema administrativo, y por el descrédito que han llegado á tener los billetes del Banco, se halla en una marcada decadencia que nadie puede desconocer.

La situación desventajosa de su Tesoro no le permite atender á sus muchas obligaciones.

El ejército, aún siendo escaso, no podrá ser pagado, y la experiencia nos está demostrando que para mantener nuestra bandera necesitamos allí fuerzas muy superiores á las que pueden sostener sus rentas, aún en estado próspero.

De aquí la necesidad de pensar en un medio de mantener tropas numerosas y bien dispuestas, con material abundante, especialmente en ganado caballar y vacuno, siendo poco gravosas al Tesoro y productoras en vez de consumidoras. Este problema solo pueden resolverlo las colonias militares agrícolas.

La estrategia, la política y hasta la economía puede decirse que están de acuerdo en las zonas preferentes para establecer esas colonias al Oeste de la Trocha del Júcaro á Morón, y desde Cauto Embarcadero hasta la bahía de Manatí ó la de Puerto del Padre.

Estas dos líneas de Norte á Sur dividen la isla en tres trozos, que permitirían aislar todo movimiento insurreccional que ocurriese en uno de ellos.

La primera tendría además la ventaja de poder unirse con facilidad al camino de hierro central, y disponiendo de éste y del telégrafo, poner fuerzas en algunas horas sobre las Villas y los grandes centros de producción, si los libertos que en ellos residen hicieran necesaria su presencia.

La ventaja económica de estas dos líneas es fácilmente demostrable por no haber en ellas población que dé valor á las tierras, y porque tenemos entendido que hay muchas que son propiedad del Estado, como deberían pasar á serlo las demás, expropiándolas con arreglo á derecho para objeto de utilidad pública, tan reconocida como el de asegurar la paz, la prosperidad y la nacionalidad en Cuba.

A la expropiación forzosa, que debería ser el último medio que se emplease, no habría probablemente que recurrir, porque el patriotismo de los dueños de los terrenos, de acuerdo en esta parte con su propio interés en la explotación de los que se hallan incultos y sin otro porvenir que el de esta colonización, haría que aceptasen con gusto la proposición de ser copropietarios de las colonias por el valor que representasen sus créditos hasta la total amortización del capital é intereses como parte integrante del empréstito que se haga para las demás atenciones de la fundación colonial.

Además de la garantía de paz y de seguridad que se procura con estas colonias para la isla, se pretende conseguir en ella un gran fomento de riqueza por el aumento de brazos trabajadores y de pequeños propietarios, llevándole con preferencia esa corriente de emigración española que se pierde para la nacionalidad en la Argelia y otros países; una facilidad mayor para amortizar su inmensa deuda, pudiéndose después de algunos años dedicar á este objeto la mayor parte del presupuesto de guerra; una unión más íntima de intereses recíprocos é iguales en todo entre las provincias antillanas y las peninsulares, y una disminución considerable en la pérdida de hombres que ha tenido siempre aquel ejército en las guarniciones, donde el ocio, los vicios y las enfermedades endémicas destruyen las tropas en las grandes poblaciones de las costas, mientras en el interior y con el trabajo al aire libre acredita la experiencia que se mantiene en buena salud y robustez y en mejor aptitud para las operaciones, si hubiese necesidad de ellas, por la mejor instrucción y la abundancia de medios que las colonias le proporcionarían.

Las colonias militares deberán ser de tres clases, formando todas una vasta asociación por acciones.

1.ª Cuerpos activos con propiedad usufructuaria y colectiva, permitiéndose las permutas.

2.ª Reserva activa de reenganchados voluntarios con 2 pesos mensuales de haber y propiedad de tierras, casas, etc., á los seis años, que habrán bastado para su pago.

3.ª Reserva pasiva de voluntarios con los mismos derechos menos el haber mensual, que devolverían al Estado como los demás adelantos antes de adquirir la propiedad.

La primera disposición que exige el establecimiento de las colonias es la adquisición de los terrenos no cultivados comprendidos desde la costa del Norte á la del Sur entre la trocha actual y una línea paralela al Oeste distante de seis á ocho leguas.

Los cuerpos activos convendría se estableciesen cerca del camino de hierro actual, dejando la línea de una jornada al Oeste para la reserva.

El establecimiento de las tropas debería ser progresivo.

Una brigada provisional de cinco batallones, uno de ellos de ingenieros, con 1.000 presidarios para los trabajos más penosos ó malsanos, debería establecerse al Oeste de la trocha con intervalos de dos ó tres leguas cada batallón.

Estos batallones deberán preparar habitaciones y los demás medios necesarios para establecer á la inmediación de cada uno, otro del mismo

regimiento al año ó antes si fuera posible, y además dos regimientos de caballería y dos de artillería de montaña.

Al año de hallarse estas fuerzas en las colonias, solo les abonará el Estado una mitad del importe de las raciones de pienso, tres cuartas partes del haber de los soldados y siete octavos próximamente del de todas las clases.

A los tres años, la tercera parte de las raciones, la mitad del haber de los soldados y las tres cuartas del de las clases.

Los soldados que trabajen en los caminos de hierro, canales u otras obras de utilidad general de las colonias recibirán una peseta y media de plus por la asociación: pero solo podrá exigirseles tres días de estos trabajos en cada mes y los demás á precios convencionales.

Pasados los tres primeros años podría juzgarse por los datos de todas las clases que tendrá el Gobierno hasta qué punto habrían de rebajarse todos los haberes y aumentarse las cantidades destinadas á la amortización. Los cuerpos montados necesitarán quedar con mayor haber por su mayor trabajo.

En los puntos más importantes, que serían regularmente aquellos en que las líneas férreas de Norte á Sur para servicio de las colonias cortasen la del camino central de la isla, deberían establecerse las verdaderas colonias centrales, constituyendo cada una un regimiento con dos batallones y después con tres y cuatro. Estos regimientos deberían ser fi os y de voluntarios.

En la primera de estas colonias deberían establecerse el hospital general, los ingenieros, médicos, veterinarios y demás empleados superiores de las colonias.

El regimiento de infantería que se establezca en la capital de las colonias deberá tener un batallón de escuela de aspirantes á cabos y normal de instrucción primaria, agricultura y ganadería, tiro, esgrima y gimnasia, cornetas y músicos.

También habría un cuerpo de caballería que tuviese un escuadrón de sementales y escuela de equitación y esgrima, de herradores, de trompetas y de cabos.

Esta colonia central ó capital debería prepararse para constituir un campo atrincherado con habitaciones unidas de mampostería ó tierra tapial, para que fuese susceptible de defensa, si tenía que hacer la de la trocha, por necesitar ausentarse los demás cuerpos activos.

Cada batallón que esté en colonias activas ó pasivas procurará tener una compañía de dragones ó sea de infantería montada en yeguas. Estos soldados tendrán dos acciones y dos yeguas. El cuadro sería de caballería.

RESERVA ACTIVA.

Todos los pueblos que se formasen para la primera ó segunda reserva deberían trazarse con la mira de satisfacer esta necesidad preferente de la reserva por medio de la regularidad de sus calles, la escasez de sus salidas, la fortaleza y unión de sus casas y las pequeñas obras salientes en los ángulos que flanquearan las cortinas. La primera reserva tendrá ejercicio medio día á la semana en los meses de Enero, Febrero y Marzo, y podrá ser puesta sobre las armas con el haber de los demás soldados de infantería, para la defensa de la trocha y fuera de su zona hasta tres jornadas durante un mes la mitad de cada compañía, pudiéndose llevar también en casos extremos á los grandes centros de producción del Oeste durante el mismo plazo.

Los soldados de esta reserva tendrán haber los primeros seis meses y ración de etapa como los cuerpos activos.

Después tendrán 2 pesos mensuales de haber y 2 de adelanto para los dividendos pasivos de cada acción á fin de que puedan tener dos acciones los individuos de esta reserva que lo deseen.

Esta recluta deberá hacerse de licenciados de buenas notas y con preferencia los de aquella isla que han hecho la guerra contra los insurrectos, bien se hallen en ella ó en la Península, facilitándose, á cuenta de sus alcances anteriores ó posteriores, su pasaje y el de sus familias.

Pasados los primeros seis meses, el soldado de esta reserva vivirá del producto de su trabajo y el de sus animales; pero tendrá una ó dos acciones en la Sociedad Colonial, y al terminar su reenganche recibirá su capital acumulado y todos los muebles, bienes é inmuebles que hubiese adquirido.

Será obligación preferente de la primera reserva, como de la colonia central, el tener dispuestos aperos de labor, ganados, tierras y casas para establecer á los individuos que pasen á la segunda en localidad separada de la primera. Estos adelantos ganarán un premio fijo que se determinará.

RESERVA PASIVA.

Tendrá los primeros seis meses de haber y ración de etapa; después 2 pesos mensuales, de todo lo cual se reintegrarán al Estado después de los seis años.

Esta reserva deberá considerarse como de voluntarios y no podrá movilizarse sino en una cuarta parte, y solo para la defensa de su zona. Tendrá los mismos ejercicios que la activa, después de instruidos sus individuos.

En esta reserva convendrá se admitan todos los españoles de buena conducta que no hayan cumplido 40 años, que los que ingresen queden indultados si son prófugos y que puedan llevar sus

familias pagando después el pasaje como los demás adelantos que se les hagan.

Estos individuos, al terminar su reenganche de seis años, en los cuales habrán pagado desahogadamente cuanto les hubiese adelantado la asociación, serán dueños absolutos de sus tierras, casas, ganados y demás objetos sin obligación alguna militar.

Para contribuir á las obras de los caminos de hierro, canales de navegación ó de riego y cualquiera otra de utilidad general será lo mismo la segunda que la primera reserva y los cuerpos activos en proporción á la fuerza de cada uno para participar del trabajo y de las utilidades.

Los soldados de la segunda reserva no tendrán haber si no fueran puestos sobre las armas para defender la trocha.

Los oficiales y clases de tropa de las dos reservas disfrutarán solo de una mitad de su haber, pudiendo adquirir propiedad en la forma marcada para los soldados y con el producto de las acciones que tendrían en proporción al descuento de sus pagas.

Los detalles de estos descuentos ó dividendos pasivos y activos están consignados en el proyecto de reglamento que se acompaña.

Los soldados de la reserva activa, como los de la pasiva, solo estarán sujetos á la ordenanza militar para la penalidad en los casos en que es aplicable á los voluntarios en tiempo de guerra; en la movilización y en las formaciones desde que se toque llamada para ellas. Las reservas pasarán completamente al estado civil á los seis años.

Los individuos de ambas reservas que hayan cumplido los seis años sin haber cometido falta y tengan hijos legítimos quedarán exentos del pago de los adelantos en haberes hechos por el Estado.

Las reservas se establecerán siempre en terrenos ya desmontados de árboles que no den fruto, para que no ofrezca dificultad el cultivo ni la insalubridad.

EMPRÉSTITO.

Para realizar el establecimiento de las colonias militares, careciendo hoy los cuerpos de grandes fondos, como los tenían en la época en que se formuló el proyecto de reglamento, no queda otro arbitrio que el de un empréstito, cuyo capital é intereses paguen en primer término las mismas colonias con el tercio de los productos desde el segundo año, garantizándose como mínimum el 10 por 100 del capital. En segundo y tercer término garantizarán el empréstito las rentas de la isla y las de la Nación.

Con este empréstito habrá de subvenirse á la dotación de ganado de toda clase, que no deberá ser escaso; á la adquisición de madera para barracones y casas provisionales; para las primeras fuerzas que se hayan de establecer; á la de una sierra de vapor y aperos de labranza.

También podría el empréstito subdividirse para mayor facilidad, contratando directa y separadamente la Junta superior administrativa de las colonias, con la intervención de las oficinas de Hacienda y la aprobación del gobernador general de la isla, los ganados, aperos, maderas, etc., para los distintos plazos en que conviniera recibirlos á medida que se aumentase el personal y la necesidad de los auxilios.

De este modo podrían haber ya pagado las primeras partidas de ganado recibido cuando llegaran las últimas en el tercer año de la instalación.

Las tierras se necesitaría tomarlas todas de una vez, y bien pronto, para evitar que sus valores aumentasen considerablemente é hiciesen imposible el establecimiento de las colonias en los sitios más convenientes, á menos de recurrir á la expropiación forzosa. En el caso de hacerse ésta indispensable, debería tenerse muy en cuenta para la tasación de las tierras lo que vengan ellas pagando de contribución.

El interés que habría de pagar el capital adelantado debería ser como máximo el de un 10 por 100, prefiriéndose naturalmente la proposición de menor premio, puesto que las demás condiciones serían invariables.

Los propietarios de las tierras se considerarían si lo deseaban como accionistas del empréstito por el valor en tasación de sus tierras; y si el empréstito no tenía lugar por hacer los adelantos el Gobierno mismo, tendría un interés de 8 por 100.

Si el Tesoro público hiciera los adelantos del capital, tomándolo del empréstito realizado últimamente, ó incluyendo este gasto en el presupuesto de Cuba á la vez que se le descargase de atenciones que no parece le corresponden ya desde que es el de una provincia como las demás, y debían pasar al presupuesto general los de representación de España en América, las de Fernando Póo y otras de igual naturaleza, se utilizaría el Estado de esos adelantos con economías de mucha consideración, como las de suprimir antes ó en mayores proporciones los haberes de las tropas activas y anticipar el pago de contribuciones de las de reserva.

IDEAS GENERALES.

Uno de los objetos más preferentes de estas colonias debería ser el de reintegrar lo antes posible de sus créditos á los licenciados que ingresen en ellas, con aumento de ganado ó en otra forma que se acuerde, y lo mismo á los oficiales de las pagas que hayan dejado de percibir.

Es muy general la creencia de que no se quedarían los soldados cumplidos ni volverían los que han venido á la Península para trabajar en la isla,

porque lo que desean allí es dedicarse á ocupaciones más lucrativas y ménos penosas que el trabajo de la tierra; pero este hecho innegable se fundaba en dos circunstancias que no tienen lugar hoy. Era la primera, la existencia de la esclavitud, que rebajaba á los ojos de todos el trabajo de la tierra. Era la segunda, la resistencia natural en un país abundante en recursos, á trabajar por salario para enriquecer á otro, siendo bien conocido que para huertos, vegas de tabaco y otros cultivos como dueños ó arrendatarios, siempre hay licenciados de sobra que los soliciten. La esclavitud ha cesado de hecho, y los reenganchados no han de ir á trabajar para provecho de otros, sino de ellos mismos, para adquirirse una propiedad en que puedan vivir holgadamente con sus familias.

En la Habana mismo, si no podrían establecerse colonias por el mucho valor de las tierras, podrían muy bien tenerse dos campos atrincherados en las inmediaciones de los castillos de la Cabaña y del Príncipe, con algunas tierras, aunque pocas, que facilitasen campo de instrucción y cierta economía y bienestar á las fuerzas que esperasen en ellos el relevo de las de las trochas. Con estas fuerzas, que podrían formar una división maniobrera, y las de las dos trochas, que con especialidad la de Moron no debería bajar de 15 á 30 000 hombres, incluso las reservas, ninguna falta harían las guarniciones intermedias que no fueran de fuertes defendibles, y el ejército entero estaría siempre bien preparado é instruido, en verdadera disposición de hacer la guerra, cosa imposible en las guarniciones.

Cuando se haya poblado bien la trocha del Júcaro á Moron y la de Cauto á Manatí, podrá empezarse á colonizar otra línea también importantísima para la población y prosperidad de la isla, como la de Cauto Embarcadero hasta la bahía de Nipe, siguiendo por las márgenes del Cauto hasta que se aparta de esa dirección.

La importancia del elemento de color, y la conveniencia de atraerlo y fundirlo, por decirlo así, en las colonias militares, son axiomas para todo el que ha podido estudiar aquella guerra y aquel país, que pueblan tan diversas razas con tan opuestas aspiraciones.

La raza negra puede entrar de dos maneras á formar parte de la colonización: primera, como todo individuo voluntario ó sorteado que ha cumplido su empeño en el servicio de las armas y tiene derecho á ingresar con su familia; segunda, como libertos incorregibles en sus haciendas y que se destinen á los trabajos de la trocha con el haber del presidario por un tiempo dado.

A éstos, cuando hubiesen cumplido su tiempo con utilidad para la colonia y buena conducta, se les reservaría plaza de primer enganche, si lo deseaban al llegar á la plenitud de su libertad, pudiendo continuar despues en el primero y segundo reenganche para ser propietarios.

Su aspiración general es confundirse con los blancos y ser considerados como tales, sin hacer mención de colores, y no hay que temer entonces por la fidelidad de los que así se identifican con la raza á que ya se creen pertenecer por su buena acogida en ella; pero si se forma cuerpo ó tracción cualquiera separada, donde siempre hay motivo de rivalidad, si no lo hay de celos y odios, se forma con seguridad un núcleo de organización y de instrucción para el porvenir, para que nos puedan hacer mejor la guerra.

Es muy cuestionable, sin duda alguna, el sistema de colonización militar que podrá ser más conveniente en cada país y circunstancia, por más que siempre se haya pretendido con ellas el mismo resultado de tener dispuestas fuerzas numerosas sin los dispendios consiguientes para su entretenimiento.

Aun en un mismo sistema sería difícil determinar, atendido el influjo variable de las ideas, el límite en que se fijaría con más acierto la conciliación de los intereses de los colonos con los de la colectividad y con el Estado, ó con las empresas, si las hay, para proporcionar capitales, que son regularmente los intereses más difíciles de conciliar, pues todo lo que ganen éstos de más, han de perderlo necesariamente los colonos, y ha de disponerlos, por lo tanto, á las murmuraciones, que son de ordinario el principio de la desorganización en las tropas.

Las noticias que tenemos de las experiencias de colonias hechas hasta ahora, con excepción de las de la antigua Roma, no parecen aplicables á la isla de Cuba.

Las del Austria y la Rusia, que tanto han llenado sus respectivos objetos, no pueden servir de norma para lo que en Cuba se necesita. que es, un ejército organizado, cuyos soldados se sostengan y prosperen, concluyendo por hacerse propietarios con el trabajo de la tierra, que allí vale poco por la despoblación, y produce mucho.

Los ensayos que se han hecho en la Argelia que nos hubieran podido ser de utilidad, atendida la semejanza de situaciones, no han llegado á dar resultados, ya por lo mucho que se abusó del trabajo de los soldados en favor de los cultivadores no militares, ya porque el método que debía parecer más acertado, como lo juzgó el Gobierno del Rey Luis Felipe de Orleans, por ser el estudio de un espíritu recto, ilustrado y muy elevado como el del mariscal Bugeau, no pudo experimentarse, por el recelo que á las Cámaras francesas de aquella época inspirara el crecimiento que podría tener el poder militar, como si ese poder no hubiese

sido el de la Francia, y prefirieron á él la continuación de la ley de reemplazos, que rechazaba la conciencia pública; la ocupación costosísima de muchos millones de francos y miles de hombres, sin provecho nacional; los arreglos habilidosos que resfriaron el patriotismo, y las lógicas consecuencias de Sedan y de Metz.

Si por todas estas causas no tenemos modelos recientes que copiar, no será tal vez difícil hallar lo que se busca, una vez conocida la necesidad suprema de dar unidad y vigor á nuestra nacionalidad, tan amenazada desde hace algunos años en las Antillas, teniendo el mayor número de soldados y de voluntarios que sea dable, con las mejores condiciones de espíritu fraternal, disciplina, laboriosidad, bienestar é instrucción, y las menores erogaciones de las rentas.

Esta es la cuestión que cada día que tarda en resolverse es un nuevo peligro para la Patria.

JOSÉ MARÍA VELASCO

PRESUPUESTO PROBABLE

para el establecimiento de las colonias militares agrícolas en la trocha del Júcaro á Moron.

Por el valor de 100 leguas cuadradas de terrenos al Oeste de la trocha, que se compren ó expropien como objeto de utilidad pública, á 5 pesos una	500.000
Por 30.000 cabezas de ganado vacuno, á 10 ..	300.000
Por 1.000 yeguas y 50 caballos	50.000
Por tablon para las casas y barracones para los primeros 5.000 hombres	25.000
Por los aperos para 100.000	25.000
Por una sierra de vapor	100.000
	1.000.000

ESTUDIOS SOBRE BIOLOGIA SOCIAL.

VIII

Y aquel despertar fué notabilísimo, como ya lo hemos indicado, y como lo han ya hecho notar cuantos publicistas extranjeros y nacionales se han ocupado de hacer la historia ó de señalar la importancia, la influencia, los progresos, y las vicisitudes del elemento municipal. Pero ninguno de ellos se ha fijado en la exacta observación hecha por el historiador Luis Blanc, relativa á la significación del movimiento comunal de los siglos XI y siguientes. Y es indudable; aquel movimiento fué una protesta armada, una lucha á brazo partido del estado llano, del pueblo de aquellos tiempos, contra el feudalismo. Lo patentizan los fueros; lo dice el armamento de sus milicias, atención á que todos aquellos se consagran; lo atestiguan las fortalezas y los torreones dentro de los municipios y ciudades, cuyo modo de ser nos describe Guizot con colores tan vivos, y lo demuestran las Hermandades y Comunidades armadas.

Ese hecho prueba que en Aragón, y aún en Castilla, hubo más que *resabios feudales*, que dicen nuestros ilustrados escritores Marina, Escosura, Lasala y Gil Sanz. Confirmando las siguientes palabras de Jovellanos, que hace suyas nuestro particular amigo el Sr. Gil Sanz en su excelente libro *La Política Castellana*: «Los reyes se vieron forzados á partir su soberanía con los que les ayudaron á estenderla.» «Caudillos y poco más—añade Gil Sanz—los reyes tuvieron que consentir que al lado suyo se levantaran próceres y formasen estados poco ménos que independientes.»

Peró dejando aparte esa cuestión, que en último resultado, viene á ser cuestión de nombre, fijémonos en otro hecho de grandísima significación: observemos el carácter verdaderamente democrático, progresivo y emancipador que tuvo aquel movimiento, debido al impulso del ideal cristiano y contrariado por el individualismo feudal. «La historia del establecimiento y multiplicación de los concejos, dice Herculano, es la historia de la influencia de la democracia en la sociedad, de la acción ejercida por el pueblo, tomada esta palabra en su vulgar significación como elemento político.» Y con un gran acierto, añade que ese hecho «presupone por necesidad una situación anterior diversa, una situación opresora, y larga, y continuada.»

Y es así, en efecto. Ya hemos dicho que los germanos conocieron la esclavitud, que se daban ellos mismos en servidumbre, jugando hasta sus personas y su libertad. Al posesionarse de la Europa, conservaron la esclavitud. ¿Quién la fué modificando y la convirtió en servidumbre de la gleba? El influjo de la idea cristiana sin género de duda. Ciertamente que la Iglesia no abolió la esclavitud: cierto que conservó sus siervos; pero suavizó la condición. Y aparte de esto, la idea cristiana había destruido por su base la esclavitud al declarar á todos los hombres hermanos, hijos de un mismo Padre, que es Dios. «No hay judío ni griego, había dicho el apóstol; no hay siervo ni libre; no hay varón ni hembra; todos somos uno en Jesucristo.»

«Merced á la difusión de la luz evangélica y al completo triunfo del cristianismo,» dice Herculano, la misma ley romana suavizó el rigor del dominio señorial sobre el esclavo. Entre los godos y los demás pueblos germanos, los esclavos fueron ya personas y no cosas: pero á pesar de que se fueron gradualmente convirtiendo de man-

cipii en *servi glebae* y de siervos ministeriales y fiscalini, en *bucelarios*, en *lidos* ó *letos*, en *adscripticios*, familias ú hombres de *criacion* que dicen nuestras crónicas y nuestros fueros de Castilla, *collati tendelli*, que dicen los de Aragón y Valencia, todavía es cierto que en el siglo X subsistían, no tan sólo los siervos del terron, el vasallaje y los *solariegos*, sino la plebe, privada de todo derecho de ciudadanía.

Pues bien: desde aquella época se marca visiblemente una transformación, un gran progreso; una mejora notable en la condición de todas aquellas clases desheredadas, hasta el punto de que los habitantes ó moradores de los alfozes, aldeas ó caseríos entran á formar parte de los Concejos ó Municipios de las villas ó ciudades en cuya demarcación se encontraban. «Desde el siglo nono, dice nuestro coleccionador de fueros, Sr. Muñoz Romero, se empieza á modificar la suerte de estas familias (las de *criacion*, *adscriptivos*, *servi glebae*), se empieza á extinguir su servidumbre y se verifica una revolución lenta, pero saludable, que concluye en las provincias centrales de Castilla en el siglo X, y un poco más tarde en las de Asturias y Galicia. Este cambio se hizo por grados, convirtiéndose los individuos de las familias de *criacion* en tributarios ó vasallos solariegos; entrando en el goce de los derechos de familia; no pudiendo arrancar de su poder á sus hijos; y siéndoles permitido desde entonces abandonar el solar, podían considerarse como hombres libres.»

«Las causas, añade, que contribuyeron á mejorar la condición de los siervos en esos tiempos fueron varias, nacidas las unas de las circunstancias en que se encontraba la nación, otras del interés mismo de los Señores y algunas también tuvieron su origen en las ideas civilizadoras de la religión cristiana.»

Peró el movimiento emancipador fué más general y más amplio: la plebe entró á formar parte de la comuna, del concejo; y el derecho de ciudadanía en los municipios de los siglos X al XV, se comunicó á los artífices, á los mercaderes, á los artesanos, á los pelentrines mismos, á los que no cultivaban ni siquiera veinticinco huebras de tierra, á los que poco ántes eran todavía siervos ú hombres de *criacion*. Bien sabido es que hasta los solariegos adquirieron el carácter de vecinos, y como tales, el goce de los derechos ó privilegios del fuero. Se ve en estos tan acentuada la tendencia á la unidad y á la igualdad ante el derecho, que admira hoy mismo leer, por ejemplo, en el Fuero de Salamanca... «que todo el pueblo de Salamanca sea un concejo é uno... é esto con bona fé é sin enganno...» «Tenderos ó solariegos, dice otra ley, tal fuero haian como vecinos de Salamanca con casa.» No es ménos notable esta otra ley: «Todo ome qui fuer uesino de Salamanca ó de suo término é non ouier ualia de diez maravedis, non peche.» Pero aún es más notable esta otra: «Esto faz el concejo de Salamanca con los iodios... é métales el rey en mano del concejo de Salamanca, que non aian otro sennor se non el rey é el concejo de Salamanca que los ampare con derecho... É los iodios aian fuero como xtiano, que qui los ferier, ó matar, peche como se fuer xtiano, ó matar uicino de Salamanca...» Despues de esto, ¿qué de admirar es que la ley 1.ª, Título X de la Partida 1.ª diga: «Pueblo llaman el ayuntamiento de todos los omes comunamente, de los mayores, é de los medianos, é de los menores. Ca todos son menester é non se pueden escusar, por qué se han de ayudar unos á otros por que puedan bien uinir é ser guardados é mantenidos.»

IX

Aquel espíritu de mancomunidad, en contraposición al carácter individualista que el feudalismo imprimía á la sociedad, produjo efectos admirables, sobre todo en nuestra península, donde los municipios libres eran, como dice muy bien el distinguido publicista Gil Sanz, los que gozaban vitalidad propia, en medio de todos los otros elementos de que se componía la sociedad de aquel tiempo: «Señoríos realengos, abaciales, solariegos y behetrias;—y los únicos á quienes el porvenir confiaba la organización nacional. Ellos eran el elemento alveolar del estado; pero no podían completar su destino aislándose: preciso les fué buscar fuerza en la union; y á la vez que procuraban asimilar sus fueros, agrupábanse en asociaciones, hermandades ó confederaciones, que al paso de ser una expansión del espíritu y fuerza comunal, suplían en casos extremos la defensa que no podía prestar el poder central y ponían también el debido freno á los estravíos de aquel.»

«Los barones, los obispos y los abades, dice Muñoz Romero, veían con disgusto el establecimiento de concejos cerca de sus tierras y señoríos: considerábanlos de pernicioso ejemplo para los que estaban sujetos á servidumbre y vasallaje; y razonaban para temer, porque formando los municipios asociaciones políticas, fuertes por la union de sus individuos, venían á oponerse al poder y demasias de ellos; y colocándose de parte de los reyes hacían que se fuese estableciendo cierto equilibrio que ántes no existía entre los poderes que constituían las monarquías leonesa y castellana.»

Tarea larga sería, y bastante para hacer un libro, la de referir solamente que fuera los beneficios que produjo aquel espíritu de mancomunidad, aquel movimiento emancipador. Contener la anar-

quia feudal, reconquistar el invadido y profanado suelo de la patria, facilitar la repoblación del territorio recobrado, fortificar las ciudades y custodiar los campos para defender las unas y amparar los otros contra las acometidas de los Sarracenos, y contra las depredaciones y tiranías de los Señores de horca y cuchillo, proteger el pastoreo, desarrollar la agricultura y fomentar la industria y las artes, no es lo único, aunque sea lo de más bulto, que se debió al elemento municipal. «Propónanse además los Concejos, dice nuestro insigne Marina, guardar todos sus fueros, derechos, libertades y franquicias; proceder con energía contra los malhechores y perturbadores del orden social; cuidar de que los magistrados públicos no abusasen de su autoridad, ni pronunciasen sentencia contra fuero; que no se consintiesen inquisiciones políticas ó pesquisas generales; que ningún hombre poderoso, infanzon ó caballero, ni el rey mismo, ofendiese ó inquietase al ciudadano en su persona ó bienes, ni le despojara de su propiedad; que nadie fuese multado, preso ó encarcelado, ni sujeto á pena aflictiva, salvo judicialmente; y que no se permitiesen nuevas imposiciones, ni pagasen empréstitos ú otras cosas desafortunadas, si por toda la hermandad no era acordado.»

Una autoridad irrecusable en este punto, la del historiador Robertson, ha comprobado cuanto acabamos de decir, haciendo notar que la España á principios del siglo xv tenía un crecido número de ciudades mucho más pobladas y más florecientes en artes, comercio é industrias que todas las del resto de Europa, exceptuando si acaso Italia y los Países Bajos. «Los principios de libertad, añade, fueron perfectamente comprendidos en estos tiempos por los castellanos, los cuales abrigaban sentimientos más justos sobre los derechos del pueblo, y tenían nociones más elevadas sobre los privilegios de la nobleza que la generalidad de las otras naciones. Habían adquirido los españoles ideas más liberales y de mayor respeto á sus propios derechos é inmunidades, y sus ideas acerca de la forma del gobierno municipal y provincial, así como sus miras políticas tenían una extensión y alcance á que los mismos ingleses no llegaron sino un siglo más tarde.»

X

¿De qué provinieron la decadencia, desmedro y empobrecimiento ulteriores de las municipalidades? De funestos egoísmos hijos de la fatal influencia individualista. De una parte, los *resabios feudales*, que *tantos males, daños y agravamientos* causaron á los pueblos, como decía la Hermandad reunida en Burgos el año 1315: de otra parte, el orgullo y pretensiones exclusivistas de la burguesía, de la gente granada y fijo-dalga; y de todas, el estrecho espíritu de clase, y el no menos estrecho de los mismos fueros, que en vez de adunarse la hostilizaban y propendían al aislamiento, dieron ocasión y medios á los poderosos para contener el desarrollo de los municipios, para torcer su espíritu y fomentar sus discordias, y dieron asimismo ocasión y medios á los reyes para reconcentrar en sí todos los poderes é ir de paso matando todas las libertades públicas y todas sus garantías.

Había sido tan grande y tan certero, especialmente en España, el impulso dado á la reorganización social y el consiguiente desarrollo y progreso del elemento popular, que en todas partes, pero especialmente en Castilla, se dieron grandes pasos hacia la unidad, pasos encaminados á precaver las funestas consecuencias de los bandos, de las pretensiones linajadas, del orgullo de clase, del particularismo de los fueros, en una palabra, del espíritu individualista siempre estrecho y perjudicial.

El más significativo y más trascendental de aquellos pasos fué el de las *hermandades, juntas ó comunidades*, procedimiento que, con unos ú otros nombres, fué general, no solo en España, sino en toda Europa... «Por ende, decía la Hermandad de Burgos en 1315 (donde se hallaban representados noventa y nueve municipios, es decir, todo el reino de León y Castilla), por ende *todos ayuntadamente* ponemos é facemos tal pleito é tal postura é hermandad que nos amemos é nos queramos bien los unos á los otros, é que seamos firmes todos en uno, de un corazón é de una voluntad... para guarda de nuestros cuerpos é de lo que tenemos, é de todos los nuestros fueros, franquicias é libertades é buenos usos é costumbres é privilegios é cartas é cuaderos que tenemos todos... é debemos haber con derecho: é para que se cumpla é se haga justicia en la tierra como debe, mejor que se nos hizo fasta aquí, é vivamos en paz é en sosiego...»

¡Ah! bien conocían nuestros antepasados que «no puede haber fuerza y energía donde no reina la más estrecha unión; y que no puede haber unión el cuerpo cuyos miembros se hallan en continuo choque y en estado de guerra y perpétua contradicción:» como dice Marina. Pero las agravaciones del mal hicieron su fuerza superior á la de los remedios. Creció en los magnates la soberbia y con ella la desatentada ambición; en el alto clero la codicia y la corrupción con el olvido de sus santos deberes; en el pueblo la desunión, en los reyes el maquiavelismo. A pretexto de contener discordias y luchas, los reyes negaron los derechos de unos, mermaron los de otros y por diversos y hábiles medios fueron debilitando y falseando la institución. Perdiendo el municipio el derecho de sufragio general, la elección anual de ofi-

cios, «principal garantía de todo,» y volviéndose á convertir aquellos en privilegio para venir á parar en monopolio, perdió las condiciones de vida y de robustez. Herido en su órgano más esencial y más influyente el cuerpo del Estado sobrevino la atrofia de los miembros con la plétora de la cabeza, y tras ello el despotismo monárquico clerical, que nos ha extenuado y maltratado duramente por espacio de largos siglos.

XI

Porque es en el municipio, en la comuna, como ha dicho Tocqueville, donde reside la fuerza de los pueblos libres. «Las instituciones comunales, añade, son á la libertad lo que las escuelas primarias son á la ciencia, la ponen al alcance del pueblo, le hacen gustar su uso pacífico y le habitúan á servirse de ella. Sin instituciones comunales puede una nación darse un gobierno libre, pero no tendrá el espíritu de libertad. Pasiones é intereses pasajeros y del momento, circunstancias casuales pueden dar á esa nación las formas exteriores de independencia; pero el despotismo encarnado en el cuerpo social tarde ó temprano sale á la superficie.» De ahí, que, como dice aquel escritor, los mismos Gobiernos experimenten con frecuencia sentimiento por la ausencia del espíritu comunal; por que todo el mundo conviene en que ese espíritu es un gran elemento de orden y de tranquilidad; pero no saben cómo producirle: temen que al dar independencia y fuerza, vida propia al municipio, van á fraccionar el poder social y á exponer el Estado á la anarquía. Pero despojad al municipio de su independencia, quitadle su fuerza, privadle del libre ejercicio de sus funciones y tendreis súbditos, administrados, pero no ciudadanos.»

En efecto, el municipio bien constituido no es sólo elemento de progreso y garantía de libertad, es elemento de orden. Foco de vivas afecciones y centro de limitados y apacibles intereses y de necesidades mutuas, el desarrollo de los unos y la satisfacción de las otras exigen adunamiento de fuerzas y concordia de voluntades. Y dice bien Tocqueville: «es allí, es en aquel centro de apacibles y habituales relaciones de la vida donde van á encontrar gozosa y dulce satisfacción el deseo de la pública estima, la necesidad de movimiento y hasta la afición al poder y al ruido: sólo que estas mismas pasiones, que en los grandes centros turban con frecuencia la sociedad, son allí inofensivas, porque varían de carácter cuando actúan cerca del hogar doméstico, y por decirlo así, en el seno de la familia.»

La comunidad de intereses, la alternativa de funciones, la multitud de cargos, lo periódico de aquellas y lo honorífico de estas, sirven para estimular al bien, sin que puedan despertar temibles ambiciones: y cuando no hay distinción de rangos ni de clases, cuando los cargos y las funciones á ellos anejas pueden ser desempeñados por todo vecino, cuando no hay privilegios ni acepción de personas, cuando hay verdadera igualdad ante el deber y ante el derecho, no hay que temer los monopolios y los abusos. «El ciudadano se aficiona á su pueblo, á su municipio, por lo mismo que este es independiente y fuerte: se interesa en su prosperidad, porque concurre á ella: le ama, porque allí están sus más preciados bienes: cifra en él su ambición y su porvenir, porque toma parte en todos y cada uno de los actos é incidentes de la vida municipal: y en la limitada esfera del municipio, y en la medida de sus peculiares fuerzas se ensaya en el arte de gobernar, obedeciendo y mandando alternativamente: adquiere formas y hábitos, sin los cuales la misma libertad se hace intolerable; se penetra de su espíritu, toma amor al orden, comprende la armonía de los poderes públicos; en una palabra, adquiere ideas claras y prácticas sobre la naturaleza de sus deberes y la extensión de sus derechos.»

Si el lector amplia y comenta con recitid de juicio las ideas y los hechos que dejamos someramente expuestos, convendrá con nosotros en que el municipio, la comuna, que dicen en otras partes, es un miembro importantísimo, una víscera esencial y necesaria del cuerpo social: comprenderá lo que ha sido, lo que es y lo que debe ser.

T. RODRIGUEZ PINILLA.

LA OPOSICION EN ROMA PAPAL.

Un dato, en apariencia vulgar, ilumina con vivísima luz la historia eclesiástica, patentizando la profana evolución de un pensamiento divino, la metamorfosis mundana de una asociación que recibió directamente sus inspiraciones de lo alto. Es la lista cronológica de los Papas, llena de crítica elocuente. Pasando la vista por esa larga serie de nombres propios, véanse, desde San Pedro hasta San Félix IV. sin interrupción alguna, más de cincuenta pontífices canonizados, como si en los cinco primeros siglos del catolicismo la idea cristiana y las virtudes evangélicas encarnaran en la cabeza visible de la Iglesia, para alcanzar la conversión de los bárbaros invasores. Hasta tres siglos despues, casi igual número de Pontífices sólo arrojan una tercera parte de bienaventurados oficiales, quizá porque su participación en los asuntos civiles; y el comenzar su rudimentario poder temporal, les mezcló en demasía con las impurezas terrestres. A partir de la segunda mitad de la no-

vena centuria, ningún santo refleja celestial aureola sobre el pontificado, hasta que á fines del siglo xiii es elevado Celestino V á los altares, y Pío V lo es á mediados del xvi, acabándose el contingente que de la Santa Sede partía en lo antiguo á reforzar las gloriosas legiones de la eterna Jerusalem.

En la última época de la Edad Media, que fué la edad de oro del Papado, tanto las osadías de los soberanos, cuanto los cismas é insubordinaciones religiosas contribuyeron al desprestigio de la tierra y á la tibieza de los creyentes; así como en el principio de la Era moderna, puede decirse que el Renacimiento desencadenó un violento huracán de paganismo, á cuyos embates se bamboleó el sólido edificio de la piedad católica. Preocupados los obispos de Roma, siervos de los siervos de Dios, al par que magníficos reyes en la tierra, del mayor dominio y mayores satisfacciones temporales; ocupados en anular por medio de las armas, cuando los anatemas eran ineficaces, á los grandes señores italianos que oponían obstáculos á su poder, comenzó la tiranía político-religiosa á envenenar los espíritus, y con la tiranía nació la sátira, realizando un paralelismo que la historia de todos los tiempos confirma. Mientras que las letras decaen por falta de la libertad, la sátira, única manifestación literaria que se aparta de la ley general, crece y prospera con la opresión.

I

Roma fué y es terreno adecuado para que la sátira prendiera y se desarrolle. Al natural ingenio de sus habitantes, á la continua relación establecida con la cultura extranjera que, admirada ó maliciosa, rinde tributo á su grandeza visitándola, hay que agregar la frecuencia con que el romano asiste al espectáculo corruptor del despotismo.

Lujo fastuoso, inmoralidad administrativa, depravación en las costumbres, suspicacia en las autoridades, persecución, violencias, intolerancia arriba, servidumbre y odio abajo, van elaborando la protesta que se cria silenciosamente en el cerebro hasta que halla el medio impune de manifestarse con secreto regocijo del vejado é impotente rabia del que abusa.

Las celeberrimas estatuas de *Pasquin* y *Marforio* personifican desde hace quinientos años la oposición romana, á la vez que la sátira aguda en Europa. En concepto de Mary Lafon, uno de los varios autores que tengo presentes al coordinar estos apuntes, no fué la casualidad sino profunda y amarga ironía la que guió á los romanos en la elección de sus dos tipos satíricos. Hacer hablar las piedras cuando los hombres murmuraban apenas; lapidar moralmente el abuso del poder, el vicio, el crimen y la injusticia, fueron el objetivo propuesto y logrado al convertir á Pasquin y Marforio en órganos de la opinión.

Acercas del origen de Pasquin se ha escrito bastante, girando las versiones sobre un texto del célebre crítico Castelvetro, rival de Anibal Caro, quien se expresa de este modo en su obra *Ragione d'alcune cose*: «No estará de más escribir una breve relación del origen y naturaleza del maestro Pasquin, que Antonio Tibaldeo, ferrarés, hombre de gran autoridad por el saber y la virtud, solía contar en los días de su vejez. Decía, pues, el respetable Tibaldeo, que hallándose de muy joven en Roma, vivía allí un sastre de nombrada llamado Pasquin, el cual tenía un establecimiento en el barrio Parione, y en unión de sus muchos oficiales vestía á gran número de artesanos, á la vez que todos los del taller cortaban muy buenos vestidos al Papa, á los cardenales y otros prelados y señores de la corte apostólica, quienes despreciaban semejantes habillitas por venir de gente ruin. A tal punto llegó el caso, que muchas personas de distinción creyeron oportuno atribuir las propias censuras á Pasquin y sus dependientes como editores responsables del ataque ajeno, de modo que andando el tiempo no hubo diatriba cuya paternidad no se les achacara.»

Muerto ya el famoso sastre, sucedió que al empedrarse la calle de Pavione, pusieron derecha y arriada á la sastrería una estatua antigua de mármol, truncada y rota, representando un gladiador, que hasta entonces había estado tendida y medio enterrada, sobresaliendo del nivel del empedrado. El pueblo, al verla, le dió el nombre del maestro Pasquin, y á ella se atribuyeron en adelante las sátiras y habillitas de autor desconocido, quedando Pasquin, por tal impunidad, como histórico censor de los Papas.»

Andrés Fulvio quita con sus asertos exactitud al pasaje precedente. Según él, la estatua había sido levantada en tiempo de Tibaldeo, no delante de la tienda del sastre, sino sobre un pedestal inmediato al próximo palacio de Orsini. Este palacio, reconstruido hacia el 1512 por Antonio Sangallo, existía desde doscientos años antes. Así es que se cree, con mayor fundamento, que la estatua fué descubierta al cavarse los cimientos del palacio indicado, y que si el pueblo la bautizó con el nombre de Pasquin, fué dos siglos despues del descubrimiento.

Respecto de su identidad andan igualmente discordes las opiniones. La general es que el tronco mármoleo representa un gladiador; algunos anticuarios han pretendido que figuraba á Menelao, alzando de la tierra el cadáver de Patroclo; otros que era imagen de Márte, y otros de un soldado de Alejandro Magno. La aptitud de este torso, que indica un combatiente rematando al enemigo vencido, y

supone otro tronco humano puesto á sus plantas en el grupo, parece demostrar claramente que la estatua fué de un soldado ó de un gladiador. En cuanto á su valor artístico, y al decir del célebre Bernini, iguala por la perfección de formas, aunque sin piés, ni brazos, y sin narices, al renombrado Laoconte, grupo griego que se conserva en el Museo Vaticano, y que Miguel Angel llamó maravilla del arte. Actualmente, Pasquin da nombre á una plazoleta, y está colocado, resguardándole un aro de hierro, en el ángulo del palacio que hoy se llama Braschi, construido por Morelli, de órden de Pío VI, y destinado ahora á ministerio del Interior.

II

Marforio, compadre de Pasquin, es una estatua colosal, de más fácil interpretación, que yacía entre ruinas cerca de la antigua cárcel Tuliana. Según algunos sábios, representa á Júpiter *Pistor*, dios de los panaderos, por ciertos emblemas parecidos á panes que adornan su zócalo. Según Andrés Fulvio, y considerando que la figura tiene barba larga y está recostada, simboliza el río Nera, próximo á Roma, *Nar Fluvius*, cuyos vocablos, alterados por el uso, equivalen al nombre de *Marforius*. Marliano asegura que es la estatua del Rhin, perteneciente á un grupo en que Domiciano, de bronce, hollaba con los piés de su caballo aqueiro, en memoria de la conquista germánica. Lo que aparece seguro es, que la estatua representa un río, y que al ser trasladada con el gran pilon de granito que junto á ella servía de abrevadero en el Foro Romano, *Martis Forum*, el pueblo la llamó por corrupción *Marforio*. Después de haber sido desenterrada, estuvo largo tiempo detrás del Capitolio, al principio de la calle á que dió nombre, conforme declara una inscripción latina puesta en aquel lugar; y luego fué llevada definitivamente al Museo Capitolino, ó de Augusto, en 1787, donde continúa adornando la fuente del patio.

Ambos personajes son desconocidos el uno para el otro, estando separados lo ménos una milla, y siendo probabilísimo que jamás se hayan encontrado juntos. La tradición supone que Marforio hacia el papel de interrogante en los diálogos que entablaba, contestando Pasquin; pero el hecho de haber comenzado éste su carrera satírica con mucha anterioridad, demuestra que si en varias ocasiones preguntó Marforio, no fué porque le correspondiera exclusivamente la iniciativa, sino porque el pueblo le nombró auxiliar de Pasquin, agobiado de trabajo. En efecto, desde que le colocaron en el ángulo del palacio Orsini-Braschi, sitio céntrico y muy frecuentado, los jefes de barrio pegaban sobre él manifestos municipales, anuncios sacros, bulas, indulgencias y otros documentos emanados de la autoridad local, por lo que parece lógico que también el vecindario fijase allí sus protestas contra el municipio y el clero. De tan ruda pelea conserva el torso de Pasquin indelebles estragos, mientras que Marforio se conserva tan famoso y entero.

Andando el tiempo, como al que era cogido en flagrante delito de pegar un pasquin, se le cortaba la mano, trataron los críticos de evitarse cualquier sorpresa, inventando diferentes medios, á cual más ingeniosos, de verificarlo sin peligro. El Gobierno de Roma llegó á castigar duramente á los autores ó colocadores de pasquines. En 1502, un veneciano que había traducido del griego un epigrama contra Alejandro VI y su hijo, fué extrangulado. Cuantos resultaban reos de crimen parecido, eran arrojados al Tiber, con una piedra al cuello. Por un dístico que *Nicolo Franco* escribió sobre ciertos lugares del Vaticano, mandados construir para servicio público por Pío V, se le ahorcó. El año mismo en que fué elegido éste Papa, se ahorcó también á un poeta latino, quemándose su cadáver, llamado *Aonius Palearius*, acusado de irreverencia hacia el Tribunal de la Santa Inquisición. Sixto V mandó cortar la mano al autor de un pequeño diálogo entre Marforio y Pasquin, en el cual se aludía á la hermana del Pontífice, que había sido lavandera, y hecha princesa por este. Pasquin amanece cubierto con una camisa sucia. *Marforio* le dice:—¿Cómo te vas abandonando, Pasquin! Con esa camisa pareces un carbonero.—*Pasquin* replica:—Desde que mi lavandera se ha vuelto princesa tengo que andar así.—Encolerizado Sixto, mandó pregonar un bando, en el que prometía perdonar la vida y regalar diez mil escudos al autor del diálogo, el cual se presentó lleno de confianza en la buena fé del soberano.

«Lo que he prometido, dijo el Vicario de Cristo, lo he de cumplir; te perdonó la vida, y haré que te den diez mil escudos; pero igualmente cumpliré lo que no he prometido, y es, que te corten la mano que tan mal escribió para que no caigas en la tentación de escribir otras palabras escandalosas.»

Como lo dijo lo mandó hacer el bueno de Sixto V, quien por este rasgo mereció grandes elogios del historiador Brantome.

En 1502, gobernando la Iglesia Clemente VIII, se pretendió que el castigo alcanzara al mismo Pasquin; una comisión de cardenales le condenó á ser despedazado, en espacion de sus culpas, y arrojado al Tiber. Antes de ejecutarse la sentencia, los sobrinos del Papa tuvieron consulta con el Taso, y el gran poeta les respondió que «convenía dejar á Pasquin sobre su pedestal, no fuera que después de arrojado al agua, nacieran del polvo de la estatua millares de ranas que les aturdirían día y noche con su canto.»

No contento el Papa de la resolución del Taso, le llamó para que se explicara, y así lo hizo el inmortal vate en estas nobles palabras: «Es cierto, Padre Santo, que me parece más oportuno lo propuesto, y si Su Santidad quiere que las estatuas no hablen mal, haga que los gobernantes obren bien.» Gracias á esto salió Pasquin bien librado del trance, y á los pocos días él mismo lo declaró en un papel, diciendo que *la Poesía había salvado la Sátira*. Del mismo Taso se dice haber inspirado algunas veces las frases del satírico marmóreo, colaborando con notables ingenios romanos.

Bautista el Mantuano, Le Bigi, Juan de Hungría, Sannazaro, Ariosto, Marula, Angel Policiano y el terrible Hutten, alemán reformista, poeta ardiente y rudo soldado, fueron también ilustres auxiliares en aquel siglo décimo sexto que fulgura en la historia con sorprendente brillo.

III

Si la agudeza romana se vió secundada por italianos y aún por extranjeros, las estatuas de Pasquin y Marforio tuvieron sus correspondientes agregadas que se mezclaron en el diálogo, contribuyendo á complicar y sostener el interés de la oposición.

La primera, entre las secundarias, que ocupa el puesto de honor inmediato á Marforio, es la de *Faquin*, nombre derivado de *facchino*, que significa mozo de cordel. Spenger supone que Pasquin era órgano de la nobleza, Marforio de la clase media y Faquin del populacho. Aunque los arqueólogos no mencionan esta última, se sabe que es una media estatua, en traje del siglo XVI, que sosteniendo un tonel entre los brazos, arroja agua sobre una pila. Estaba colocada en el Corso, cerca de la Iglesia de San Marcelo, y aunque mediana, como obra de arte, debe su celebridad al talento de los libelistas.

El *Abate Luis* es una estatua grosera, mutilada, que apareció al cavarse los cimientos del palacio Stoppani ó Vidone, y fué colocada en un nicho practicado en la callejuela inmediata, situada entre la calle Papal y el palacio Valle. Posteriormente, el pueblo dió á la estatua y á la callejuela el nombre de abate Luis, por llamarse de este modo el sacristan de la pequeña iglesia de los Saboyanos, ó del Sudario, allí próximo, el cual era un hombrecillo ridículo de quien la gente se burlaba.

Madama Lucrecia es un enorme busto, resto de una colosal estatua de mujer, puesta á la entrada de San Marcos, templo adosado á la parte posterior del palacio de Venecia, en la plaza del mismo nombre. El busto en mármol de *Scanderberg*, enemigo mortal de los turcos, colocado en la fachada de la casa de este héroe, y otras figuras como el *Babuino*, han representado oportuno papel en los inolvidables desahogos de Roma contra sus tiranos.

La mayor parte de los que desde el último tercio del siglo décimo quinto hasta el período de la infalibilidad dogmática ocuparon el sόlo pontificio, fueron blanco de agudos ataques ó terribles cargos, fulminados en agradable estilo literario. Dísticos, epigramas, madrigales, epitafios, diálogos en prosa, cortos y largos, apoteogmas, etimologías, retruécanos, paralelos, metamorfosis paganas, paráfrasis de salmos, parodias de evangelios, mensajes, procesos y otras formas de expresion, en latín clásico, vulgar y lengua italiana, sirvieron para anatematizar el crimen, la ineptitud, el nepotismo, la intolerancia, la crueldad, la lascivia, la gula, la sed de oro, todos los abusos, todos los escándalos, todas las concupiscencias. Jamás se levantó ninguna protesta justificada contra aquel cúmulo de sátiras, porque la verdad las informaba y el talento las producía.

Desde fines del siglo XVI hasta bien entrado el XIX, á la oposición intelectual se unió otra que puede calificarse de material, ménos noble y justa que aquella, porque patrocinaba el delito. Me refiero al bandolerismo que imperó en los bosques de los Estados Pontificios, alimentado por hombres de enérgica rudeza, á quienes el gobierno clerical ofendía ó tiranizaba. A cuantos la indignación ó el deseo de venganza impelieron á tomar tan extraño partido, fueron agregándose hijos de familia acrobáticos á deudas, hidalgos arruinados, aventureros desconocidos, y bien pronto la punible carrera de bandolero, embellecida por la ardiente imaginación del pueblo italiano, se hizo simpática al vulgo de las ciudades y de los campos. Los robos y asesinatos cometidos por los criminales, quedaron en su mayor parte impunes, circunstancia que contribuyó á que se despoblara la campiña de Roma, como se había despoblado cuando las correrías de los bárbaros y las guerras civiles de los señores; dándose el caso de no saber gobernar un pequeño territorio el presuntuoso papado que aspiraba al dominio del universo.

IV

Durante la Revolución francesa, el Imperio, la Restauración, y las reacciones y contrarrevoluciones que de Italia y el resto de Europa repercutieron en Roma, la oposición allí ni tomó incremento, ni dejó de existir, ni cesó de manifestarse. En el Corso se daba aún el tormento de la cuerda, á principios del siglo, como durante la Edad Media. Segua la bárbara costumbre de castrar niños para que, ya adultos, cantaran de tiple en la capilla Sixtina, y eso que Clemente IV había fulminado

en 1266 sus anatemas contra los autores de tan sórdida y antinatural especulación. El único periódico romano, que aparecía con dos títulos: *Diario de Roma* y *Noticias del día*, (también era llamado *Cracas*, del nombre de su propietario), se publicaba cinco veces á la semana, tratando sólo de asuntos artísticos. Roma vivía en su tradicional letargo.

Pasquin, Marforio y compañía eran los únicos encargados de zaherir á los mangoneadores de la cosa pública. En 1829, próximo á morir Leon XII, se puso un centinela á la estatua de Pasquin, como si la censura y el Santo Oficio no bastaran á contener la vena de los libre-pensadores. En 1849, durante la efímera República romana, la libertad se convirtió en licencia, yendo la licencia á ampararse del cuerpo de un papagayo. Este animalito, desde la puerta de un farmacéutico, decía toda clase de denuestos á los curas cuando los veía pasar, y no se supo más de él cuando fué restaurado el Gobierno pontificio.

Desde el año 30 en adelante, los sonetos del poeta Belli, escritos en dialecto romanesco, con gracia y expresion que ningun satírico sobrepaja, fueron aprendidos y recitados por cuantos en Roma veían con disgusto la corrupción clerical. Su festiva Musa criticó las costumbres del pueblo lo mismo que las demasías de la curia; y á no claudicar en el último período de su vida, más bien por miseria que por convicción, Belli hubiera representado el pensamiento de Roma libre.

Iniciada ya la independencia de Italia, y en lucha el Pontificado contra tan noble aspiración, arreciaron las persecuciones de una manera tormentosa. El romano, que busca en las dotes de su ingenio armas con que combatir al enemigo, cuando sus protestas nada valen contra la fuerza armada, imaginó diversos expedientes para significar su amor á la unidad italiana, puesto que de palabra y por escrito le estaba vedado el intentarlo. El pugilato entre la autoridad y las masas es de naturaleza curiosísima. Como la bandera tricolor, formada de verde, encarnado y blanco, representaba la Italia una, los vecinos de Roma, que se distinguían por sus tendencias unitarias, dieron en tomar sorbetes, combinando el *pistacchio* (especie de fruto verdoso), la fresa y el mantecado, para que resultaran los tres colores. El gobierno pontificio prohibió estos sorbetes, en vista del gran consumo que se hacía.

A los refrescos sustituyeron las ensaladas. Los patriotas de la Ciudad Eterna pedían en los establecimientos de comidas ensalada verde con remolacha, y ambos colores unidos al blanco del plato eran imagen de la bandera nacional. Al mismo tiempo que se hacían estas manifestaciones, un grupo de cien libres se dejaba acuchillar por seis carabineros del Papa.

En el teatro se prohibió á las bailarinas vestir de verde, encarnado y blanco á la vez, dándose lugar con esta determinación á que se les arrojara ramos tricolores, y á que después se prohibiera arrojar á las bailarinas ramos de más de un color. A tal arbitrariedad contestaron los romanos echando ramos verdes desde un palco, encarnados desde otro y blancos desde un tercero. Las bailarinas tomaban de sobre las tablas un ramo de cada color y al tiempo de dar las gracias los juntaban en una mano, perpetrando así el delito de independencia nacional. Comprendida la alusión, el público aplaudía frenéticamente. Por último, las autoridades prohibieron las flores del espectador, los adornos tricolores de las bailarinas, toda combinación de trajes que aludiera al asunto, y por si esto no era bastante se suprimió en las óperas la palabra *libertad*. Sin embargo, un cantante animoso tuvo la osadía de mirar fijamente hacia la presidencia del teatro, al decir en el *Barbero* la frase: *via di qua canaglia*, con excesivo contentamiento del público. Era una oposición decidida.

Los esfuerzos gigantes de los liberales llevaron á feliz término la emancipación de Italia. Aquella gran nación es una. El poder temporal ha muerto. Los clericales disponen de cuantos medios tiene la oposición para hacer la guerra á la dinastía de Saboya, y al órden de cosas que su presencia en el trono simboliza. Tienen las elecciones, la prensa, las artes y cuando no alcanzan estos recursos, mueven peregrinaciones que van á dejar en Roma el dinero de San Pedro, contribuyendo indirectamente al esplendor de la capital de Italia. Su oposición es ineficaz, porque no se ve reprimida como lo estaba en la Roma de los Papas. La libertad siempre es engendrada por la tiranía, y la mejor corona es la del martirio.

F. MOJA Y BOLÍVAR.

NUESTRA MISION EN AMÉRICA.

La historia nos revela que la civilización marcha como el Sol, de Oriente á Occidente. Las colosales cumbres del Himalaya la vieron nacer en sus vecinos valles; desde las márgenes del Indo á las playas del Maremagnun, dejó espléndidas huellas de su paso en las imponentes ruinas de Persépolis, las erguidas torres de Babilonia y los fastuosos templos de Tiro y Jerusalem; penetró en Egipto, se derramó después por la Grecia, y se transportó más tarde á Roma, para extenderse desde esta célebre ciudad por toda la hoya occidental del Mediterráneo, hasta encontrar por valla las columnas de Hércules.

Ante estos dos enormes mojoneros, puestos por

la mano del Eterno para separar dos mares y servir de atalayas á dos continentes, la antigüedad se detiene; y un fatalismo, más propio de los pueblos asiáticos que del genio libre del europeo, escribe aquel *non plus ultra*, que como Dante en la puerta de los antros infernales, pretendía hacernos renunciar para siempre á la esperanza.

De este modo, por espacio de muchos siglos, la civilización queda estancada, teniendo por límites las costas europeas, desde las cuales los más atrevidos navegantes, llena la imaginación de superstitiosas consejas, contemplaban con espanto las inmensurables soledades de un mar desconocido y proceloso.

Nuestros titánicos mayores arrancan de las puertas del Océano el fatal lema conservado por las viejas tradiciones, y renovando las hazañas de Hércules, abren de nuevo el paso entre las ciclópeas Columnas que se llevan en sus escudos, y se lanzan á través del temido piélago para sorprender el portentoso secreto que guardaba en su seno desde los primeros días de la creación.

El velo del futuro se había corrido. Un mundo más grande que el que conocían los antiguos, había sido encontrado. Después de terribles angustias, después de haber pasado por una ansiedad suprema, precursora crisis de todos los grandes hechos, nuestros intrépidos marinos cayeron de rodillas para elevar á Dios la más tierna de las plegarias, la plegaria de la gratitud, al contemplar una mañana salir magistuosamente del seno de las aguas, entre las brumas de lejanos horizontes, aquella tierra nueva, aquella sirena, ataviada con todas sus galas para realizar su desposorio con el Mundo Antiguo.

A favor de este extraordinario acontecimiento, los horizontes de la humanidad se dilatan, el comercio toma vuelos desconocidos, y se opera en el mundo una revolución económica, porque el siervo encontrará tierras vírgenes donde poner su planta, emancipándose del pesado yugo del señor feudal. La civilización, estancada en Europa, y amenazada de morir con el tiempo de vejez, encuentra su cauce, é inunda, cual río caudaloso, el Nuevo Continente, destinado á heredar la cultura del género humano, y á perpetuarla á través de los siglos venideros.

La América es, pues, el continente del porvenir; pero requería una preparación para recibir la levadura destinada á fermentar en su seno, para recibir el bautismo de la civilización europea.

Una raza fuerte y guerrera, tenaz y perseverante en sus propósitos, que había unido las ciencias y las letras del renacimiento á los restos de la cultura de los árabes, que llevaba en sus estandartes la expresión de la más sabia política de su tiempo, y el símbolo de una fe acrislada por ocho siglos de persecuciones y de luchas, fué señalada por el dedo de la Providencia para llevar á cabo tan importante obra.

Esa raza cumple tan admirablemente sus destinos, que en ménos de cinco lustros explora y somete á su poder un territorio más de sesenta veces mayor que su patria, funda por todos sus ámbitos ciudades opulentas, y convierte sus moradores á la religión del Crucificado: lazo el más eficaz para unir sus sentimientos y su inteligencia á la inteligencia y sentimientos de la raza europea, cuyas ideas estaban destinados á recibir. En ménos de tres siglos más, les da costumbres, lengua é instituciones, preparándoles para su emancipación política, mediante la cual se ven aparecer en aquellas vastas regiones, regadas con la sangre de nuestros padres, y fecundizadas con las hazañas de nuestros héroes, diez y seis naciones libres é independientes.

Esta es nuestra portentosa obra; este es el papel verdaderamente extraordinario que en la historia ha desempeñado nuestra patria, convertida en la Roma de las modernas edades.

Pero triste es confesarlo. La mayor parte de los hombres políticos de España creen hoy que nuestra misión en América ha terminado. Re negando de nuestra historia, de nuestras tradiciones y de nuestros destinos, desde la época de la emancipación de aquellos pueblos, han unido una completa ignorancia á una censurable indiferencia acerca de su presente y su porvenir.

¿Para qué gastarían nuestros antepasados tantas fuerzas y tanto heroísmo? ¿Para qué transmitirían á aquellos pueblos nuestras costumbres y nuestras creencias? ¿Para qué emprenderían la impropia tarea de dictarles una sabia y completa legislación? ¿Para qué los dotarían, en fin, de nuestra pomposa y sonora lengua castellana, órgano el más genuino de nuestra civilización y expresión la más acabada de nuestras glorias?

El hecho de que diez y seis naciones civilizadas del Nuevo Mundo hablen nuestro idioma, reviste un carácter de importancia que no es posible desconocer. Diez y seis pueblos libres é independientes entienden nuestros pensamientos y son capaces de comunicarnos los suyos; diez y seis Estados soberanos á quienes sonreía la esperanza, pueden asociarse íntimamente á nuestra vida intelectual, que es la esencia de la vida humana.

La lengua es la institución culminante de las sociedades políticas. Merced á ella, las demás instituciones alcanzan su objeto y su completo desarrollo; merced á ella, se establece una estrecha solidaridad entre todos los asociados; y merced á ella, son comunes todas las ideas, todos los pensamientos y todas las concepciones del genio. De este modo, cada individuo piensa para toda la co-

munidad, que vé aumentar su riqueza intelectual en proporción del número de sus miembros; y cada uno de éstos se enriquece con las ideas de todos los demás. Los tesoros de la inteligencia son los únicos que se multiplican cuanto más se reparten.

Por otra parte, el pensamiento está sometido, como las demás producciones, á las leyes de la economía social. Del mismo modo que la industria no puede producir para pocos, porque el gran consumo es el que abarata la producción y aumenta los productos, tampoco puede pensarse para pocos con utilidad.

Las grandes empresas industriales apenas fueron posibles en los tiempos antiguos. Las comodidades que hoy puede ostentar una familia modesta, estaban vedadas hasta á los mismos monarcas. La industria tenía estrechos horizontes, porque los medios de comunicación eran difíciles, los trasportes dispendiosos, y las naciones habían adoptado por sistema político y económico el aislamiento. Por lo general, el consumo estaba limitado á la localidad productora. Ciertas industrias no podían aparecer, porque sólo pueden tener existencia con un gran número de consumidores.

Así sucede también con el pensamiento. El mayor número de lectores estimula la producción de las obras del ingenio, excita la división del trabajo intelectual, y favorece por consecuencia el adelanto de las ciencias y las artes.

Una nación que ha alcanzado como ninguna la unidad etnográfica, y ha asociado á su pensamiento por medio de la propagación del idioma á otras diez y seis naciones diferentes, tiene abiertas de par en par las puertas del más glorioso porvenir.

España se encuentra en este caso. Cincuenta millones de habitantes componen las naciones del habla castellana. Tenemos el más extenso teatro del mundo, y el auditorio más numeroso y mejor preparado á quien dirigirnos. Todavía el Sol, en su nunca interrumpida carrera, puede ser eternamente saludado con palabras de nuestra hermosa lengua.

Ninguna nación puede ser en este sentido nuestra rival. Vasta es la Rusia, que se pierde entre los hielos del polo y los inexplorados desiertos del Asia; colosal es una nación que abarca la séptima parte de las tierras de nuestro Globo; pero en ninguna otra es tan nulo el movimiento intelectual, ni tan ignorantes sus masas populares, porque la diversidad de razas y de idiomas convierten al monstruo del Norte en una verdadera Babel. No ménos grande es el imperio británico; mas sus estensas posesiones orientales hablan multitud de lenguas pertenecientes á las familias india y malaya, y la Escocia, la Irlanda y el país de Gales usan todavía varias lenguas de la familia celta. También el alemán se divide en dos ramas principales y una porción de dialectos. En Italia, cada una de las secciones en que se dividía antiguamente posee distinto lenguaje. La aglomeración de pueblos llamada Imperio Austro-Húngaro, habla tan variadas lenguas, que sus partes no se entienden entre sí. Tal vez sea el chino el que se entiende por mayor número de personas; pero las dificultades de su lectura y escritura, cuyo uso está limitado á un corto número de sabios, lo inhabilitan para ser una lengua de propaganda y de gran movimiento intelectual.

La Francia se halla en mejores condiciones lingüísticas. Nación unitaria y homogénea en el más alto grado, posee la mayor intensidad intelectual que se ha conocido. Por esto ha llegado á ser el foco moderno de la civilización, y la nación asimiladora y propagandista por excelencia.

Nosotros podemos ser más que la Francia, si aprovechamos nuestras circunstancias y nuestra magnífica posición.

Al fin, esta nación contiene treinta y ocho ó cuarenta millones de habitantes; y si es verdad que la lengua francesa se ha hecho de moda en los tiempos modernos, esto no es más que la consecuencia forzosa de su poder intelectual.

Somos nosotros cincuenta millones, formamos diez y siete Estados soberanos y tenemos sobrado territorio donde poblar y estendernos. Todavía la lengua castellana se estudia por los sabios de todos los países; todavía conserva las galas de su siglo de oro; aun tiene los primeros oradores y los primeros poetas de los tiempos presentes; aun posee un teatro propio y original, en que hemos conseguido aliar un realismo admirable con un idealismo seductor. Los africanos, no han olvidado del todo los acentos del habla de aquel suelo, donde sus antecesores colocaron el eden de sus huríes, y en las sinagogas de casi todas las naciones, los judíos modulan aun los salmos en las sonoras palabras que pronunció el inmortal Cervantes. Las prensas de todos los países de Europa y América arrojan á la luz pública millones de libros impresos en lengua castellana, y periódicos publicados en Francia, Inglaterra, Bélgica, Alemania, Turquía, Estados Unidos, Argel y hasta en la China, se encargan de difundirla.

Depende, pues, de nuestros esfuerzos y de nuestra voluntad, y de la voluntad y esfuerzos de nuestros hermanos de América, el formar la primera asociación pensadora del orbe, puesto que poseemos el más eficaz de los medios y el más precioso de los instrumentos. Nuestra lengua debe convertirse en el órgano más genuino, el vehículo más universal de la humana civilización.

Para ello es necesario estrechar las distancias que nos separan, borrar del todo los recuerdos ya

lejanos de las cruentas luchas de la emancipación, establecer íntimas relaciones entre todas las nacionalidades de nuestro origen, facilitar y promover entre todas ellas las comunicaciones, y abrir finalmente los mercados americanos á la inteligencia española, y los de nuestra nación á las obras americanas, por medio de buenos tratados sobre propiedad literaria.

Actualmente los autores de nuestra patria tienen que limitar sus obras al consumo de la Península, lo que las hace más dispendiosas, ménos productivas y poco eficaces para los progresos de toda la comunidad de los pueblos del habla castellana; al paso que la América, divorciada de la madre patria y desligada en sus diversas secciones, se halla imposibilitada de producir. Tan estrechos son los límites de sus mercados consumidores, que por mucho que se recarguen los precios, las obras no costean las ediciones ni estimulan las inteligencias al estudio y al trabajo por su falta de rendimientos.

Esta situación es perjudicial para nosotros, pero lo es todavía más para los americanos.

La España está en el caso de tomar la iniciativa en asunto de tan vital interés. Nosotros, como más viejos, debemos consultar siempre los intereses de toda la gran familia; y como más poderosos, debemos siempre tender con benevolencia la mano á nuestros hermanos menores y más débiles.

Aquellos pueblos, ávidos de progresar y transformarse, secundarian con la emulación y el entusiasmo que les inspira su juventud, un pensamiento que podría darles en el mundo una importante representación intelectual.

Para dar principio á la realización de estos planes, nuestro Gobierno debería elegir dos puntos principales, que serían otros tantos focos de acción y propaganda: uno en la América del Norte y otro en la América del Sur; pues, por más que parezca extraño, estas dos porciones del Nuevo Mundo viven todavía incomunicadas.

En la América del Norte, tenemos ya por base de operaciones á nuestras grandes y prósperas Antillas.

La mano generosa de la Providencia arrojó á los mares esos puñados de islas, para que fuesen los eslabones de la cadena que une los continentes, el puente por donde las ideas se transmiten de unos á otros mundos.

Cuba y Puerto-Rico, pedazos preciosos de la patria separados por el mar, pero unidos á ella por el pensamiento, por las instituciones y por la sangre, son el lazo de nuestro presente con nuestra pasada grandeza, el vínculo del mundo de hoy con el mundo de mañana, el reflejo de nuestra España en la América, cuyas costas besan cariñosamente, al paso que constituyen la representación de las tendencias de los pueblos americanos en el seno de la gran nación que les dió la existencia, manteniendo así la unión entre toda una raza destinada á realizar en la historia una de las más grandes evoluciones.

Las Antillas fueron el punto de partida de nuestra memorable acción en América. Aquellas islas han sido mudos testigos de las increíbles proezas de nuestros mayores en aquel vasto continente. De Cuba salieron los más famosos conquistadores y las más celebradas expediciones. Aquellos mojoneros de tierra, lamidos por las olas del Atlántico, ceñidos por nuestras naves, cubiertos con nuestro pabellón, enlazados con la madre patria por medio del hilo eléctrico, que hace circular nuestro pensamiento con la velocidad del rayo á través de los mares, sin que baste su enorme masa líquida á apagar sus fulgores, son el monumento erigido á nuestros más grandes y caros recuerdos, son el alma de la patria transfigurada, son el templo donde se celebró la solemne unión de dos mundos, unión que será eterna, protegida por la sombra del primer navegante de las modernas edades, del hombre que arrancó del caos la existencia del Nuevo Mundo, que llegó á sus playas antes con su audaz pensamiento que con sus frágiles carabelas, del inmortal Colón, cuyas cenizas descansan bajo las bóvedas augustas de la Catedral de la Habana.

Allí, nuestra bandera de grana y oro ondea á la vista de todos los países bañados por el Seno Mejicano y el mar Caribe. Desde el Istmo de Panamá á la Península de la Florida, nuestra civilización se irradia con vivos resplandores, y nuestra influencia es una valla contra las agresiones de extrañas y codiciosas gentes. Allí está nuestro puesto de honor, aquella es nuestra tribuna, aquel es el santuario donde se guarda el arca santa de nuestro porvenir, del porvenir de toda la familia hispana; y de allí no podemos desertar sin merecer la execración de las futuras generaciones, y sin que hasta los manes de Colón se levanten airados del seno de la tumba donde reposan, para maldecir nuestro abandono.

Mas si en la América del Norte ocupamos dignamente nuestro puesto, no sucede lo mismo en la región meridional, donde tienen asiento la mayor parte de los pueblos nuevos de nuestra raza.

Ni relaciones, ni intereses, ni representación diplomática, ni medios de comunicación, responden al papel que allí nos toca desempeñar.

El vapor no ostenta nuestro glorioso pabellón por los mares del Sur. Pena dá el decirlo: para viajar desde España á aquellos países, que como nosotros usan la hermosa lengua de Castilla, es necesario aprender un idioma extranjero.

Hasta la Italia, nación más lejana que nosotros

y cuya organizacion data de ayer, tiene líneas directas de vapores que hacen viajes regulares á los puertos de la América del Sur, mientras nosotros, hasta nuestra correspondencia tenemos que confiar á extranjeras manos.

Ni el vapor, ni el telégrafo, los dos grandes medios modernos de estrechar las distancias entre pueblos extraños, nos unen todavía con nuestros hermanos del otro hemisferio.

Allí abundan las noticias y datos sobre todos los países, y faltan completamente los de nuestra tierra.

Si alguna vez se llega á saber algo de nosotros, es por intermedio de extranjeros. En tal caso, las relaciones, noticias, correspondencias ó datos, son dos veces traducidos; una de nuestro idioma al extraño, y otra de este al primero. La famosa tela de Penélope, tenia siquiera la ventaja de recobrar de nuevo su primitiva forma, cuando volvía á ser tejida; al menos nada afirman en contrario las historias antiguas; pero nuestra tela pierde su estilo en la primera traduccion y su fondo en la segunda. La lengua francesa, que ordinariamente es la intermediaria, transforma y desnaturaliza de tal manera nuestras cosas, que llena la mente de aquellos pueblos de todas las novelorías que los franceses suelen atribuirnos.

Allí no somos citados más que por nuestras extravagancias y por nuestros defectos, ciertos ó supuestos.

Las relaciones oficiales han sido hasta hace poco escasas ó nulas. Ni aquí se reciben las publicaciones de allá, ni allá se reciben las nuestras.

Debemos confesarlo. Somos culpables de un completo descuido, de una negligencia inexplicable en cultivar las relaciones con nuestra propia familia. Hemos dado márgen á que se nos desconozca, y á que se nos crea la España de los albores de este siglo, época en que nuestras colonias empezaron su emancipacion.

Es necesario reparar nuestros errores, salvar nuestro descuido.

Debemos empezar por elegir en aquellas remotas comarcas un punto á propósito por su importancia y situacion, desde donde, contrarestando las preocupaciones que contra nosotros existen, preparemos el terreno para desempeñar allí nuestra elevada mision.

Varios temas deberian merecer desde luego la preferente atencion de nuestro gobierno: representacion diplomática, comunicaciones, prensa y cambio de publicaciones oficiales, y si fuese posible, particulares.

Con estos medios habríamos echado ya los cimientos de nuestra grande obra.

Los pueblos de nuestra raza, al tratarse se conocerian; y al conocerse, llegarían á amarse sinceramente.

Su contacto íntimo seria de fecundos resultados para el porvenir. Sobrevendría inmediatamente la sociacion más grande que habrá registrado la historia; y como la asociacion es la única base del progreso y de la libertad humana, llegarían para nosotros nuevos dias de gloria y de preponderancia, que nos habian de hacer, no los señores del mundo como en los rancios tiempos de las conquistas y del predominio de la fuerza, sino los maestros y guías de las demás naciones del orbe.

PEDRO ARNÓ.

LA CUESTION DE GRECIA.

II Y ÚLTIMO.

Atica fué el asilo de todos los fugitivos del Peloponeso. Los dorios quisieron perseguirlos. El oráculo anunció que aquel de los dos pueblos, cuyo rey mereciera ser vencedor, obtendría el triunfo más glorioso. Codro, rey de Atenas, voló disfrazado al campo Dorio, hirió á un soldado y se dejó matar. Los Dorios, asombrados de tan heroica abnegacion, volvieron á sus hogares. La monarquía fué abolida en Atenas, despues del sacrificio grandioso de Codro, y siguieron su digno ejemplo Argos, Elide, Corinto, Arcadia y Messenia, en los siglos duodécimo y octavo, (antes de la venida de J. C.)

Esparta solamente conservó el gobierno monárquico; una columna se levantó sobre el ítmo que separa Atica de la Grecia Central; en la faz, mirando al Peloponeso, se leían estas palabras grabadas: «Aquí están los Dorios.» Sobre la otra, mirando al Atica: «Aquí está la Jonia.»

Las tradiciones del pueblo griego son maravillosas: la expedicion de los argonautas, las guerras de Tebas; en una de ellas, Menecio, hijo de Créonte salvó á Tebas, entregándose á la muerte, para ofrecer á Marte la sangre real que el adivino Teresias pedía en su nombre; Capaneo, uno de los siete jefes contra Tebas, desafió á Júpiter, que le hirió con el rayo, y Evadne, la mujer de aquél, se arrojó en la misma hoguera para no sobrevivirle; Hele, que para huir la cólera de su padre Athamas pasó el estrecho que separa Europa de Asia, en un carnero que le habia dado Júpiter, y al caer del carnero en el mar Hele, dió su nombre al Helesponto: Atalanta, la atrevida cazadora que avanzaba á los más rápidos griegos en la carrera, y los mataba despues de haberlos vencido, vencida á su vez por Hipómeno, que para detenerla en su carrera arrojó tres manzanas de oro del jardin de las Hespérides que le habia dado Vénus; Hipólito, que pereció por arte de su madrastra, des-

pedazado por sus caballos, tornó segunda vez á la tierra, resucitado con yerbas de Peon que le dió la enamorada Diana, y le encomendó á la ninfa Egeria en la espesura de los bosques, para librarle de los rayos de Júpiter. Esta misma Diana no fué tan generosa con Acteon, su rival en la caza, que se atrevió á mirar á la diosa bañándose en una fuente, é irritada le cambió en ciervo, devorado por sus propios perros.

Semele, amada por Júpiter, quiso ver al dios en el brillo de su majestad, rodeado de relámpagos y truenos, y fué consumida por el fuego celeste. El niño que llevaba en su seno le colocó Júpiter en su muslo hasta su nacimiento, y fué Baco.

Tántalo, padre de Pelope, inmoló á su hijo, y sirvió sus miembros á los dioses en un banquete, para experimentar su poder. Júpiter vió su crimen, y sepultó a Tántalo en el infierno, en un rio, cuyas ondas huyen de sus labios ardientes, sin satisfacer su sed inextinguible y su hambre devoradora, sin poder coger los frutos suspendidos sobre su cabeza. Júpiter reanimó á Pelope, y le dió un hombro de márfil, que curaba todas las enfermedades. Pero abandonemos la fábula, para trazar un rápido bosquejo de la Edad Media y de la Edad Moderna de la Grecia.

Los heráclidas sometieron el Peloponeso, pero los helenos divididos en las tres grandes ramas de eolios, jonios y dorios, dueños de la Tesalia, expulsaron del Peloponeso á los heráclidas, descendientes de Hércules; el hijo de Pelope comandaba á los helenos, pero nueva invasion de los heráclidas, favorecidos por los dorios, lanzó á su vez del Peloponeso á los pelópidas, jonios y eolios. Este fué el período de la Edad Media, que hizo retrogradar la civilizacion; mas pronto se levantó la Grecia, y fundó sus innumerables colonias. Los eolios, abordando á las costas del Asia menor, se derramaron en la Misia, Lesbos, Tenedos, Hecatonneses desde el Helesponto hasta el rio Hermos, y tomó el nombre de Eolide la parte que ocupó del continente; Cyma fué su principal ciudad. Los jonios, refugiados en Atica, arrojados por el hambre, formaron establecimientos en las Cicladas, y ocuparon toda la costa, desde el Hermos hasta Meandro y más allá en sus doce ciudades del Sur al Norte, Lamoscguos, Mileto, Myonte, Priene, Epseso, Colopon, Lebedos, Teos, Eryteres, Glazomene, Focea y Smirna.

Los dorios fundaron Melos, Creta, Cos, Rodas, y toda la costa Sudeste del Asia menor se llamó Doride.

Corinto fundó Polydea, Megara ó Bizancio. Se extendió Corinto por el mar Jonio y el Adriático en Corcira, Leucade, Anactonia y Ambracia más al Norte Apolonia y Epidarme. Los calciclios, á las órdenes del ateniense Teocles, constituyeron la primera colonia griega de Sicilia, Naxos, que fué metrópoli de Leoncion y de Catania.

El corinto Arguías fundó á Siracusa, nombre tomado de un lago vecino llamado Siraco. Rodios y Cretenses fundaron Agrigento, rival de Siracusa.

Despues se estendieron los griegos por la Italia meridional, llamada gran Grecia: Los aqueos fundaron á Sibaris, metrópoli de Polidonia, Crotonia, Metaponte, Caulonia. Los locrios, Locres, los dorios, Tarento; los focios, Marsella, que á su vez fundó á Sagunto en España. Rodas envió colonos á Rosas en Cataluña. Partenope (Nápoles), contaba rodios entre sus fundadores. Africa no escapó á su genio colonizador; ocupó la isla de Tera, y sobre la fé de un oráculo, fundó en una de las regiones más fértiles de la Lidia á Cirene, Apolonia su puerto, Hesperia y otras. Los jonios en Egipto á Chios, Teos, Focea, Halicarnaso: los dorios á Taselis, los etolios á Mitilene. Algunas colonias eclipsaban á su metrópoli. Sibaris puso en pié de guerra 300.000 combatientes.

Los griegos se establecieron en España, Italia, Asia, Africa, Tracia, y en la Scitia de Europa multiplicaron sus relaciones comerciales y políticas. Atenas, Esparta, Corinto, tuvieron lejos pueblos de su sangre, que invocaron su proteccion, y los mezclaron á sus guerras. Siracusa imploró el auxilio de Corinto en tiempo de Timoleon. Por haber protegido á los jonios del Asia menor, se atrajo Atenas el odio del gran Rey.

Atenas sufrió las leyes de Dracon; despues Solon constituyó cuatro clases de ciudadanos, segun su fortuna respectiva: los de la primera clase ejercian funciones públicas, y eximió del impuesto á la última clase. Un Senado, compuesto de 400 miembros, proponia las leyes, que aceptaba la Asamblea del pueblo. Los arcontes las hacian ejecutar: los que salian de su cargo, formaban el Areópago, tribunal supremo. Abolió las prisiones por deudas, respetó los lazos de la familia, los sentimientos naturales. El trabajo, proscrito en Lacedemonia, era honrado en Atica. Cada ciudadano debía practicar un oficio. El consejo amficiónico decernia recompensas nacionales, una estatua ó una tumba á los que habian merecido bien de la patria comun, ó maldecia y ponía fuera de la ley á los que la habian vendido, como Epiactés, que guió á los persas á las Termópilas, ó los Focidios, que habian ofendido la religion nacional.

Clisténe, arconte epónimo, abolió las cuatro tribus, donde influían las grandes familias, y las reemplazó por diez nuevas. El Senado fué elevado á quinientos miembros, y nueve arcontes fueron elegidos. Cada seccion del Senado era permanente en una décima parte del año. El Estado alimentaba á estos senadores, durante este tiempo, y se denominaban *Pritáneos*. Cada una de las seccio-

nes, subdividida en comisiones, presidia el Senado, bajo la direccion de un miembro llamado *Epi-taste*, elegido por la suerte, encargado en el dia que ejercia sus funciones, de guardar las llaves del *Acropolis*, del Tesoro y el sello del Estado. El Senado se reunía todos los dias, excepto los festivos, y la Asamblea del pueblo cuatro veces por *Pritanio*, espacio de treinta y cinco ó treinta y seis dias, ó más, si era necesario, convocada por el Senado ó por los generales, presidida por los *Pritanios*, cuyo jefe ó *Epi-taste* indicaba las cuestiones sobre las que votaba la Asamblea.

Clisténe estableció el *ostracismo*. Cada ciudadano inscribia sobre una concha bañada de cera el nombre del que el interés público condenaba. El voto era secreto y debía elevarse á seis mil sufragios, que verificaban los *arcontes*.

Esparta quiso oponerse á esta constitucion democrática; envió á Atenas á Cleomenes, uno de sus reyes, para destruir la obra popular; pero el pueblo se sublevó y le obligó á huir, así como expulsó al tirano Pisistrato, que pretendia restablecer la monarquía.

Lacedemonia, Esparta, fué la rival de Atenas. Los Dorios establecidos en la Mesenia y la Argolida, arrojaron á sus habitantes.

Los que se fijaron en la Laconia, los dejaron vivir en su país; pero algunos de estos pueblos laconios quisieron sacudir el yugo, y vencidos, fueron colocados en situacion más dura, la de los ilotas, que trabajaban la tierra para sus dueños, y si los acompañaban á los combates, no debían mostrarse muy valientes por evitar sospechas. Dos mil ilotas, gratificados un dia del don de la libertad, en recompensa de su valor, á la noche siguiente fueron inmolados por Esparta llena de terror. Esparta despreció las artes, el comercio, la industria y la literatura: su supersticion era inmensa.

Los dorios, poco numerosos y rodeados de enemigos se concentraron en la capital Lacedemonia, y tuvieron necesidad de consolidar una fuerte organizacion militar, con las armas siempre en la mano, como un ejército acampado en país enemigo.

Apolo Delfio fué el dios nacional de los dorios. Los lacedemonios respetaban la vejez; la ley debía ser expresada por la palabra de los ancianos; todos sus magistrados eran viejos.

El espíritu de los atenienses era flexible, ingenioso, atrevido, rico de recursos. Los lacedemonios cuando no peleaban, vivían en la molice y en la oscuridad.

En las guerras médicas se elevó Atenas á la cumbre más espléndida de la gloria, y en las heroicas jornadas de Maraton, de Salamina, de Platea y de Micala que inmortalizaron á Milciades, Temístocles, Aristides y Leonidas. En la misma época brillaron las ciencias y las artes; resplandecieron con el más vivo fulgor Esquilo, Sófocles, Eurípides, en la tragedia; Aristófanes en la comedia; Heródoto y Tucídides en la historia; Tales, Demócrito, Parmenides, Pitágoras, Anaxágoras, en las diversas escuelas de filosofía que crearon; Sócrates, y más tarde Platon y Aristóteles reformaron las ciencias; Hipócrates creó la medicina; Fidiás adornó los templos con sus obras grandiosas, y el elocuente orador, el eminente hombre de Estado Pericles gobernó la Grecia durante treinta años.

La Grecia victoriosa, empezó á debilitarse por sus guerras intestinas. Cada ciudad queria ser independiente. Los griegos se dividieron á pesar de los lazos que los unían y la comunidad de lenguaje, de religion y de recuerdos históricos. Para conservar el lazo de parentesco constituyeron las asociaciones religiosas, *Amphictyonias*, formadas por los pueblos que enviaban diputados en la primavera á Delfos, en otoño á las Termópilas, y este sentimiento de un comun origen y de la fraternidad de todas las tribus griegas, dió nacimiento á los juegos ístmicos cerca de Corinto en honor de Neptuno; nemeos en la Argólida en honor de Hércules; píticos en Delphos, en honor de Apolo, y olímpicos en Elide en honor de Júpiter.

La rivalidad de Atenas y de Esparta hizo estallar la guerra del Peloponeso, que duró veintisiete años.

La Arcadia constituía el centro del Peloponeso detrás de un cinturón de montañas y ciudades independientes en sus valles; las más importantes eran, Tegéo, aliada de Esparta, y Mantinea, hostil á la primera. Elide al Nordeste, una de sus más fértiles regiones; su territorio era sagrado por sus juegos y por su templo de Olimpia. Sobre la costa se destacaba la isla de Jacinto. Al este de Elide, Arcadia, tenia poblaciones oscuras, alejadas de los negocios generales de la Grecia, Siciona rica, Corinto más rica, á la entrada del istmo á que dió su nombre, con dos puertos sobre los dos golfos, Sarónico y de Corinto.

Los celos contra la marina ateniense la lanzaron en la alianza con Esparta.

Más al Este la Argólida con sus viejas ciudades de Micenas, Tirinto, Epidauró, Argos, ésta enemiga obstinada de Esparta.

Plionte al sur de Sicionia formaba un pequeño Estado en el interior de sus tierras. El sur del Peloponeso pertenecía á Lacedemonia con la isla de Cítire, Gicion, puerto de la Laconia. Egino, sobre las costas de la Argólida se distinguía por su inmenso comercio y considerable marina.

Megara en la Grecia central al norte de Corinto; enemiga implacable de Atenas. Beocia constaba de

diez ó doce Estados, tantos como ciudades, las más notables eran Orcome, Plataa, Tespis, Cheronéa, y Tebas, cabeza de una confederación. Los crides, la Ozole sobre el golfo de Corinto, las otras al sur de las Termópilas. Eubéa con dos villas importantes, Eretria y Calcis. Atenas la ocupó en parte con sus triunfos sobre los Beocios y Calcidios.

Focide con veinte ó treinta repúblicas confederadas. Delfos vivía de su templo, (fuera de la confederación) su puerto sobre el golfo de Corinto era Cirrha. Por sus violencias contra los peregrinos en la primera guerra sagrada, ordenada por los *amphictiones* fué destruida por las legiones Tesalias y Atenenses. Con sus despojos instituyó los juegos síticos, la habilidad astuta de los sacerdotes de Delfos consagrando sus tierras á Apolo, debiendo quedar incultas y desiertas bajo pena de sacrilegio.

La Doride era un pequeño y triste país honrado por Lacedemonia como su metrópoli.

Al norte de la Focide, la Tesalia constaba de cuatro distritos. La caballería de su nobleza era famosa, así como la infantería. Los Focidos, para defenderse de los Tesalios, construyeron un muro en las Termópilas. Las discusiones dividían su nobleza turbulenta. Los cantones y distritos se ostentaban independientes; así el país de los oteos tenía catorce distritos, y los habitantes del uno podían rehusar de seguir en la guerra á los habitantes de los otros. El país se reunía bajo el dominio de un *Tago* dictador. Los etolios, medio salvajes, los acarnanes que no habían podido civilizar las colonias de Corinto, Epiro, que según la palabra griega, Epeiros quiere decir continente, estaba limitado al N. por la Iliria, al O. por el mar Jónico, al E. por la Tesalia, y el Aquelios. Los epirotas conservaron siempre su carácter pelágico. Neoptolomé ó Pirro, hijo de Aquiles, arrojado por los heráclidas de la Tesalia, fué á Epiro á fundar el reino de los Molosos en el año 1270 (antes de J. C.).

La rivalidad de Esparta y de Atenas hizo estallar la guerra del Peloponeso que duró veintisiete años, terminada por la toma de Atenas, que hizo pasar á Esparta el predominio de la Grecia. Librada á su vez del poder de Esparta, Trasíbulo arrojó de Atenas los treinta tiranos; Cenoa, Ificrates y Cabrias, levantaron el nombre ateniense, cuando toda la Grecia se ligó contra Lacedemonia; Pelopidas expulsó de Tebas la guarnición Lacedemonia; Epaminondas, vencedor de Esparta, elevó un instante al apogeo de la grandeza la Beocia, pero sucumbió el poder de su patria con el gran hombre en Mantinea.

Los Focios robaron el templo de Delfos, y la guerra sagrada encendida contra ellos, suministró la ocasión á Filipo, rey de Macedonia, de explotar hábilmente las disensiones de la Grecia, para someterla á su imperio, á pesar de las elocuentes arengas del patriota orador Demóstenes. La batalla de Queronea destruyó la independencia de la Grecia, que volvió á conquistar después de la muerte de Alejandro, dominador del Asia.

Pero continuó desgarrada por funestas discordias interiores y por la lucha encarnizada contra Esparta, á pesar de la Liga Aquea, ilustrada por Aratus y por Filopæmen, en unión de todos los pueblos de la Grecia, y agotó sus fuerzas en combatir la Liga hostil de los Etolios, habiendo aprovechado estas querrelas los Romanoff para dominar la Grecia, sometida más tarde en provincia romana; confundida al fin con el imperio romano, sufrió todas las vicisitudes de la división del mismo imperio, que invadido por los visigodos de Alarico, la Grecia fué saqueada, así como por los vándalos, ostrogodos, búlgaros y slavos que se establecieron en el Peloponeso al pié del monte Taigeto en el siglo VIII de nuestra era, y vencidos á su vez por los emperadores de Constantinopla, se fundieron en la población greco-romana.

Los árabes en el siglo IX, y los búlgaros en el X, penetraron en estas regiones, pero fueron rechazados victoriosamente. En el siglo XI Roberto Guiscard condujo á Grecia la primera expedición normanda, sometió el Epiro y parte de la Tesalia. En el siglo XII, Roger, rey de Sicilia, se apoderó de Corinto, de Tebas, y llevó multitud de beocios cautivos. Cuando fué creado el imperio latino de Constantinopla en 1204, la Grecia, conquistada por los cruzados, fué dividida en multitud de feudos, cuyos tres principales fueron el despotado de Epiro, el ducado de Atenas y el principado de Acadia ó de Moréa. Los venecianos que habían prestado sus galeras á los cruzados, se distribuyeron la mayor parte en las costas y en las islas del archipiélago. Los venecianos resistieron largo tiempo, así á los emperadores de Constantinopla restablecidos en 1260, como á la dominación otomana de Mahomet II que tomó á Constantinopla en 1453, que se apoderó de Atenas en 1456, y hasta 1573 no se vieron obligados los venecianos á abandonar sus pretensiones sobre la Grecia, que fué sepultada en la noche del más odioso y miserable despotismo.

En el siglo XVIII hicieron heroicos esfuerzos por reconquistar su libertad los montenegrinos en Epiro sostenidos por los rusos, los mainotas en Morea, los souliotas en Albania, pero comprimidos y exterminados por los feroces turcos. La Albania y el Epiro fueron la presa de Ali-Bajá de Janina.

Al fin estalló en 1821 una sublevación general, immortalizada por la gloriosa defensa de Missolonghi en 1826, y por la victoria naval alcanzada en Navarino por las fuerzas combinadas de Francia,

Inglaterra y Rusia en 1827. Guerra encarnizada que duró nueve años, en la que brillaron el gran poeta Byron, que murió gloriosamente, y los grandes héroes Capo de Istria, Marco Botzaris, Canaris, Maurocordato, Koloproconi y otros muchos.

Las potencias europeas intervinieron á favor de la independencia de Grecia, que fué proclamada el 3 de Febrero de 1830, así como la monarquía establecida, cuyas corona se ofreció á Leopoldo de Sajonia Coburgo, después rey de Bélgica, que no pudo aceptar, y después se eligió al príncipe Oton, hijo segundo del rey de Baviera el 3 de Marzo de 1832, y se fijó su mayoría al 1.º de Junio de 1835.

Esta elección produjo viva oposición y sublevaciones que obligaron al rey á expulsar á los bábaros en 1843, y á aceptar una constitución en 1844.

Después de las revoluciones y crisis terribles que ha atravesado Grecia hasta los tiempos modernos, en el tratado de Berlín se pensó en satisfacer sus aspiraciones en demanda de nuevas fronteras, y han trascurrido dos años sin que Turquía haya accedido á sus deseos, oponiendo obstáculos y dilaciones que no ha podido vencer ni allanar la diplomacia europea, que al fin volvió á reunirse en Berlín el 16 de Junio de este año, para marcar el nuevo trazado propuesto por el gobierno francés.

Todo el Epiro meridional debe ser restituido á la Grecia, porque la línea fronteriza seguiría la ribera derecha del Kalamas, hasta la fuente de este río, así Janina, Parga, Prevesa y el golfo de Arta son devueltos al reino helénico.

Janina está bellamente situada en un valle denominado Campos Eliseos, sobre un lago; tiene dos ciudadelas, una en la misma ciudad y otra sobre la península, que avanza en el lago. Fué fundada hácia 1330 por Juan Cantarezuno, pariente del emperador de este nombre, y tomada por los turcos en 1425. El sandjak de Janina, formado del E. del antiguo Epiro, y del N. O. de la Acarnia, está limitado al N. E. por el Sandjak de Monaisir, al S. E. por el de Tricala, al S. O. por el mar Jonio, y al O. por los Sandjaks de Delvino y Avion. Cubierto de montañas, le riegan muchos rios tributarios de la Voiouza (el Aois) por el Arta y el Maoro Potamo (el Aqueron).

Janina ha sido considerada como capital de la Albania, y la insurrección de los albaneses, que quieren constituirse autónomos é independientes, protesta contra la agregación de esta ciudad á Grecia. Ali-Bajá la dió gran celebridad. Nacido de una familia de Kleptas en Tebelén, en Albania, en 1741, era señor de Febelén, muy audaz y ambicioso, sin reparar en los medios de realizar sus dominadores proyectos, y se encargó de dar muerte á su suegro el bajá de Delvino, contra el que el Sultan había dado sentencia capital. Fué recompensado por esta maldad con el nombramiento de lugar teniente del bajá de Rumelia, después se le nombró bajá de Tricalia en Tesalia, se apoderó por la fuerza de Janina, de toda la Albania, ó antiguo Epiro, y con astucia, de casi toda la Grecia. Se declaró aliado de los franceses, cuando conquistaron la Iliria, y luego los vendió, alegando este mérito le hizo el sultan rey de toda la Rumelia en 1804. Entonces se proclamó independiente, estendió sus conquistas, acumuló inmensos tesoros, distribuyó entre sus hijos los gobiernos más importantes, y logró hacer temblar á la Puerta Otomana, que soportó muchos años sus usurpaciones, hasta que fué condenado á muerte por el Sultan, y resuelto á defenderse á todo trance, llamó á los griegos á las armas, prometiéndoles su independencia. Encerrado en la fortaleza de Janina hubiera prolongado largo tiempo su defensa, cuando en una conferencia que le había propuesto el sitiador de Janina, Kourschik Bajá, fué traídoramente asesinado el 5 de Febrero de 1822. Allí creó en Janina muchas escuelas elementales, un liceo y una biblioteca pública.

A partir de la frontera de Kalamas, el trazado de la frontera entre Turquía y Grecia, será idéntico á la línea de separación de los estanques del Arta y del Aspropotamos, y el de la Vioionisa en Epiro, y á la línea que sobre la vertiente de la mar Egea, divide el estanque de la Vitrina, (antiguo Halyacmon) de los estanques de los rios Tesalios. Llegado á la principal masa montuosa del Olimpo, el trazado vuelve bruscamente al Sur, y del monte Demetrios sigue la vertiente occidental de este macizo, reuniéndose al Norte por el monte Analipsis, después de haber contorneado todo el estanque septentrional de la Salamvria, y de sus afluentes que descienden del monte Amarbes, del monte Tchapha, y de los macizos del Olimpo. Al Este el mismo trazado se remonta á la ribera izquierda del Kalamas hasta Vela, para volver á descender en seguida á Teodila, etc.

La cumbre más alta del Olimpo, el monte San Elías queda á los turcos, pero desde Analipsis la frontera vuelve al Este, y va á terminar en el golfo de Salónica. Por esta delimitación la Tesalia casi entera volverá á la Grecia, á excepción de un cantón montuoso del Olimpo, y una provincia fértil y rica será restituida á la nación á quien debió ser incorporada, cuando reconquistó su independencia de la Turquía, hace cincuenta años.

El trazado es importantísimo bajo los puntos de vista político, económico y estratégico. Dos de los cuatro pasajes que conducen del interior de Macedonia á Tesalia y á Epiro, dos de las más excelentes, la de Metzovo y la de las puertas de Safista pertenecerán á la Grecia.

El tercer protocolo de Berlín no dice: esta rectificación fronteriza podía seguir el valle de la Salamvria sobre la vertiente de la mar Egea, y la de Kalamas del lado del mar Jónico? Este último sería el trazado más satisfactorio, dando el más legítimo y vital desarrollo al elemento helénico, que en estas regiones ofrece á la Europa las garantías más seguras de orden y de civilización.

En resumen, la frontera helénica, siguiendo la división de las aguas, termina al Oeste en el valle de Kalamas, atraviesa al Este los montes del Olimpo, pero sus crestas más altas quedan en poder de Turquía, y se adjudica á Grecia todo el territorio de la ribera de Salamvria y sus afluentes meridionales.

M. Freycinet, el Gobierno de la república francesa, ha conquistado un gran triunfo diplomático. Todas las potencias representadas en la conferencia de Berlín, han adoptado por unanimidad el pensamiento enérgicamente espresado por el ministro de Negocios extranjeros y presidente del ministerio M. Freycinet, sosteniendo las reivindicaciones de los helenos, cediendo á éstos Janina, que era la gran cuestión, por la resistencia de Turquía á incorporarla á Grecia así como á Mezovo.

La Europa impondrá á la Puerta Otomana su decisión colectiva; ya no caben subterfugios ni dilaciones; es preciso vencer la astucia de la política turca con firme resolución, para que se realice inmediatamente el unánime acuerdo europeo que engrandece á una nación de tan brillante historia, que inspira las más vivas simpatías, y admira con el entusiasmo más vehemente la constancia, la sabiduría, la firmeza, el patriotismo del gobierno, y de la Francia republicana, que ha logrado, después de tantos desastres, que su vigorosa iniciativa haya sido respetada por la monárquica Europa.

EUSEBIO ANQUERINO.

DISCURSO

leído ante la Academia Española en la recepción pública del Sr. D. Emilio Castelar, el 25 de Abril de 1880.

(CONTINUACION.)

El consistorio enfrente para que la Iglesia bendiga la libertad; el mercado al término de las colosales paredes de la izquierda para que á la sombra de la Iglesia se cobijen los contratos; la posada de las Hermandades tras el abside, á fin de que á la Iglesia miren los soldados en sus salidas y entradas; las viviendas de los nobles por las calles vecinas, con sus emblemas y escudos, pidiendo como de rodillas á la Iglesia que consagre sus tradiciones y salve sus privilegios; ante todo el monumento la torre, guiando con sus agujas, que hienden los espacios, al viajero, y conmoviendo con sus campanas, que se oyen de muchas leguas, á los fieles, como un faro espiritual que luciese y hablase al mismo tiempo; desde la puerta de la Féria á la puerta de los Leones, pasando por la portada mayor tres siglos que veis en las primeras esculturas apenas salidas de su pesado cendal bizantino y en las últimas vencedoras de la rigidez antigua entre las armonías del Renacimiento; por los suelos, bajo el pavimento de mármoles, el pavimento de huesos que han formado tantas generaciones; por las paredes y en las capillas, sobre los sepulcros; á la sombra de los doseletes, los reyes y los próceres, cuyas efigies recuerdan nuestras grandezas y nuestros dolores, desde el triunfo de las Navas hasta la desgracia de Aljubarrota, desde los campos de Calatañazor hasta los campos de Montiel, desde la nube de gloria en que va envuelto el cardenal Mendoza que se alzó entre el término de la guerra de siete siglos y el nacimiento y comienzo del Nuevo mundo, hasta la nube de ignominia en que va envuelto el triste favorito descabezado en el patíbulo de Valladolid; por las cinco naves todos los cambiantes de la luz apropiados á todos los deliquios de la religion, así las tinieblas donde oculta sus remordimientos la penitencia; como los iris en que tiene sus alas de mariposa la esperanza; en los arcos la ojiva con sus líneas curvas, que buscan un punto á la manera que buscan las tortuosidades de nuestra vida la unidad absoluta, y tras los arcos los rosetones góticos, de cuyos vidrios brotan, como de rosas místicas, ángeles batiendo sus alas de colores y caen reflejos de mil matices entonando el oro de los altares y la llama de los cirios; en el coro las dos legiones de estatuas cinceladas en competencia por Felipe Borgoñés y Alonso Barrugate, como escapadas de los templos paganos á rendir homenaje á la Universidad religiosa del templo católico; en la capilla mayor los arzobispos que duermen y los arcángeles que velan, los doctores que leen sus libros de piedra y los mártires que agitan sus palmas de combate, las vírgenes coronadas de estrellas que os miran sobre nubes etéreas y los bien-aventurados que repiten eternamente letanias, los pajes que custodian las sepulturas y los serafines que entonan un Te-Deum inextinguible con voces angélicas; en este lado el bautizo, en otro el matrimonio; mas lejos el entierro; por aquí los peregrinos religiosos de rodillas, por allí los peregrinos artistas extáticos; en los días de solemnidad el pueblo que ya reza ó ya canta, la salmodia de los sacerdotes mozarabes estrellándose en los alicatados de los alarifes mudéjares, las procesiones del cabildo en que lucen las capas pluviales con los relicarios de pedrería; y al eco del órgano, entre las nubes del incienso acompañadas por los salmos, sobre la gradería cubierta de brocados, al pié del retablo lleno de figuras místicas que parecen personificaciones varias de la oración, la misa, que así como transforma el pan ázimo en ser divino por las palabras sacramentales de la consagración, transforma en ideas las piedras por donde las almas suben, como por invisible escala, sacudiendo el polvo de la tierra y los dolores de un día, á saciar en la fuente de vida, en que beben su luz los mundos, la sed inextinguible de la eterna verdad y del infinito amor. ¡Feliz edad la nuestra, que nos consiente comprender en toda su exactitud y sentir en toda su hermosura las obras artísticas de todos

los siglos y de todas las generaciones! ¡Feliz edad que ha llegado á tan sublime poesía!

Al espíritu no le basta con el arte, y subiendo en la escala mística suspensa entre lo finito y lo infinito, llega necesariamente á la religión. Vivimos la vida material en la naturaleza y otra vida superior en la sociedad, que abraza la familia y el Estado. En el arte predomina la sensibilidad, en la religión la fe, en la ciencia el pensamiento. Y como al principio de esta serie de ascensiones se encuentra la mas grosera materia, se encuentra al término la mas pura idealidad. Yo declaro, pues, que así como creo superior el concepto de la naturaleza y del Estado y del arte en nuestro tiempo al concepto que tenían los siglos anteriores, creo superior también el concepto de la religión. Por temerarias tomarán muchos estas afirmaciones mías, tratándose de una edad, que ha visto surgir sistema, seguido de muchas gentes, en el cual se prescinde por completo de la religión como de cosa innecesaria y baladí. Mas, yo os pregunto: ¿creéis privativa del siglo nuestro esta enfermedad del ateísmo? ¿Creéis que no la han sentido y no la han pasado muchos hombres superiores en otros siglos también? No es la centuria corriente la única que haya tenido entendimientos extraviados hasta el extremo de querer arrancar al cerebro el espíritu y al cielo Dios. Desde los albores de la ciencia hasta nuestros días, el materialismo ha existido, como desde los albores de la primera mañana del mundo hasta nuestros días han existido las sombras. No está en nuestras manos la extirpación del error, ni la extirpación del mal; porque ambos á dos son congénitos á la naturaleza humana. Pero consolémonos pensando que también radican en nosotros en lo mas íntimo de nuestro ser las incontrastables aspiraciones religiosas. La idealidad, que no vemos sino con los ojos del alma, es tan verdadera como la realidad misma.

Mientras exista en el cielo y en la tierra un misterio impenetrable, que ningún entendimiento puede descifrar; mientras nuestro corazón sienta amor inextinguible que ninguna pasión puede satisfacer; mientras pugne el artista la idea con la expresión y lo inmesurable del pensamiento con la fragilidad y estrechez de la forma; mientras en pos de cada deseo cumplido surja otro deseo mayor; y tras cada grado de la vida se eleve un «más allá» inevitable, y tras cada revelación de la ciencia, en que creemos tocar las cimas de la idea, otra cima todavía más alta, perdida en lo inmenso; mientras nos aquejen aspiraciones sin realización posible aquí en la tierra, ensueños sin objeto conocido, esperanzas insaciables, alzándose sobre todos los misterios la muerte, pertinaz en llevarse las generaciones sin devolvérselas jamás y muda á las interrogaciones que entre lágrimas y sollozos le dirigimos al desaparecer los seres amados; mientras existan todas estas batallas en el mundo y todas estas contradicciones en el entendimiento, á través del dolor, columbraremos otra vida espiritual, á la que solamente llegará el alma despojada de sus vestiduras terrenales, ciñéndose las dos alas místicas de la oración y de la fe. El sentimiento religioso existe en nuestra generación como existe en todas las generaciones. Pero lo que puede llamarse característico á nuestro tiempo, y propio del espíritu moderno, es la ciencia y la filosofía de la religión.

La historia moderna encuentra el alma de los dos pueblos en sus creencias religiosas. Así no hubo edad tan escudriñadora de los misterios encerrados en el mundo teológico por excelencia, en el Oriente, como nuestra edad tachada de exéptica por oscuras supersticiones que quieren á toda costa demostrarla. Fatigarían la memoria los nombres de los sabios que han estudiado la religión mecánica del pueblo chino; que han escrito la trinidad india y la divinización del mundo en aquellos poemas de la luz; que han mostrado cómo Buda estendió su doctrina, puramente moral, por pueblos innumerales; que han visto el primer asomo de la libertad en el dualismo persa y el primer borrador de la persona inmortal en la momia egipcia; que han hallado en los mitos sirios de la consunción del Fénix en la propia vida y de la muerte de Adonis las primeras apoteosis del dolor; que han desenterrado las moles sumidas en las calcinadas arenas del desierto, arrancando á los geroglíficos el enigma de sus ideas y recogiendo el aroma de las primeras oraciones inspiradas por la religión de la naturaleza á las almas aleteando como avecillas en su nido, allá en las primeras edades de la historia y en las primeras auroras del espíritu.

Así como la filosofía de la historia es una de las ciencias propias de nuestro tiempo, lo es también la filosofía de la religión. ¡Qué enlace tan misterioso han hallado los filósofos entre las formas del lenguaje y las formas de las creencias! ¡Qué horizontes ha abierto á la historia moderna la entrada de nuestro espíritu investigador en las pagodas indias! ¡Qué enjambre de ideas han levantado la revelación científica del secreto encerrado en los geroglíficos egipcios! ¡Qué diferencia entre la sonrisa exéptica de los enciclopedistas delante de todos los dioses y nuestro recogimiento religioso en la contemplación de esos templos que guardan el primero y el último suspiro de tantas generaciones, y que flotan, como naves místicas llenas de esperanzas, en el eterno diluvio de nuestras lágrimas! Las nuevas ideas etnológicas sobre las razas arias y las razas semíticas; las nuevas ideas filológicas sobre las series de las lenguas; las nuevas ideas históricas sobre el crecimiento de la conciencia humana en los dogmas, se parecen hoy á larvas, prontas á tomar alas, en cuanto las anime el calor de una primavera poética; que la inspiración tiene sus estaciones como la naturaleza.

Nos bañamos en rios de ideas nuevas cuando Anquetil nos trajo el Zend-Avesta, y Sacy los mitos de Siria, y Champollion el enigma de las inscripciones egipcias que al comienzo de nuestra era contaban ya sesenta siglos de antigüedad, y Bournonf los primeros rudimentos de las gramáticas arias, y Grim la relación entre las lenguas modernas y las primitivas lenguas asiáticas, y Max Müller los Vedas y las últimas relaciones del sanscrito, en las cuales vimos vaciarse, como en su molde propio, desde el griego y el latín hasta nuestras modernas lenguas europeas. No conozco poema comparable al construido por la historia de las religiones, tal como la comprenden los modernos. En esos altares derruidos que pueblan las riberas del Mediterráneo; en esos templos de la muerte donde Isis se envuelve en su velo sembrado de estrellas de oro; en esos colosales que sacan sus frentes, como náu-

fragos, entre las ondas de arena; en esas esfinjes que las palmeras sombrean y las ruinas sustentan; en todos esos dioses dispersos por el planeta hemos leído las esperanzas, las aspiraciones, las plegarias, los delirios que ha exhalado el género humano para llenar la inmensa distancia existente entre lo finito y lo infinito con coros de aspiraciones resplandecientes, cuya luz destella místicas y consoladoras ideas. Sobre todo, la religión pagana, la religión heleno-latina, encontró en nuestro siglo intérpretes que casi la revelaron de nuevo á la humanidad. Las polémicas entre Kreuser y Müller tuvieron tal ardor, que se dirían empeñadas por dogmas adorados y vivientes. Ellos nos revelaron las edades del paganismo: la primitiva y sencilla en los dioses caribes; la sacerdotal en Orfeo; la teocrática en la aparición y difusión del mito de Apolo venido de Oriente; la primera tendencia antropomórfica en el mito de Baco, que se asemeja á nuestras primeras herejías en la Edad Media; el antropomorfismo puro en Homero, cuyo poema traza la protesta de la libertad heroica contra la antigua teogonía gerárquica y sacerdotal; la descomposición de todos los dogmas en el análisis de la ciencia filosófica, el cual se extiende desde el primer poema de Xenophanes hasta el último libro de Séneca; la filosofía positivista en Evehemero; la reacción en la escuela alejandrina y neo-pagana, que admite la Trinidad y el Verbo, pareciéndose así las doctrinas antiguas á las doctrinas cristianas, en esta última transformación, como los grandes rios al mar en su desembocadura y su desagüe. Tal conocimiento de la antigüedad ha conseguido que los dioses paganos aparezcan en la literatura contemporánea, no á la manera del pasado siglo en la escuela clásica, como símbolos é imágenes de ideas universalmente conocidas, sino vivos y regocijados, cual si todavía creyeran las gentes en su divinidad y la adoraran á una en los marmóreos templos.

Si los primeros poetas griegos, los más religiosos, aquellos que al són de sus cítaras elevaban, no tanto canciones como plegarias, volvieran á la tierra y conocieran al mayor poeta alemán después de Goethe, creerían que los dioses acababan de morir ahora mismo, al oírle quejarse de que el oráculo no habla ni en las encinas de Dodona, ni en los laureles de Delfos; dolerle de que el Zeus Olímpico no truenen en el Parthenon, ni la sabia Athene sonría bajo los olivos de la Atica; preguntar por qué los caramillos de los faunos ébrios no resuenan en las majadas y oteros y los cuerpos de las sirenas griegas no palpan turgentes en las ondas; y la voz de las Circes mágicas no se exhala seductora de los escollos sonoros y al verde Glauco ceñido de algas no nada juvenil en el mar tranquilo, y la bacante con su tirso de oro en la mano, su piel de tigre á la espalda, su corona de pámpanos en las sienes, no anima las vendimias; y en el Tirreno, y en el Adriático, y en el Egeo se oye una voz plañidera anunciando la muerte del dios Pan y con ella la extinción de la vida en el seno de la naturaleza y la extinción de la serenidad y la armonía en los cielos del arte. Esta armonía se ha roto, porque el espíritu humano se ha agrandado desmedidamente, porque ha bebido la inmortalidad en la copa donde bebió Sócrates la muerte y ha visto á Dios en la cruz en el patíbulo de los esclavos, donde murió el Redentor de los hombres. La obra principal del cristianismo fué separar la conciencia del Estado; sostener que la religión debe ser creída y observada por los mandatos espirituales de Dios y no por las fuerzas coercitivas del poder público.

Tal sentido tiene la palabra de Cristo: dad á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César. La teocracia y la autoeracia quedaron muertas de un golpe. Toda coacción ejercida sobre la conciencia fué desde entonces un crimen contra la humanidad y un desacato al Eterno. Los cirios se poblaron de mártires, que dejaban su vida entre las garras de las fieras, por no dejar su conciencia bajo la autoridad de los magistrados. Frente á frente de la religión del Estado se elevó la religión del espíritu. Y pasó á ser axiomático que la fe religiosa debe provenir de lo íntimo de la conciencia y no de la externa autoridad pública. Pero, como las ideas caminan tan lentamente en la vida real, así como el principio filosófico de la conciencia libre por Sócrates predicado no pasó al sentido general religioso sino merced á Cristo; el principio predicado por Cristo no pasa á las leyes generales de la sociedad y á las alturas del Estado, sino por medio de la moderna libertad religiosa. Si quisiéramos calificar con una sola fórmula nuestro tiempo, llamaríamosle el tiempo de la separación absoluta entre la conciencia y el Estado, ó mejor, mucho mejor, llamaríamosle el siglo de la libertad religiosa. Y esta libertad religiosa nuestra, ha acrecentado la persona humana, porque ha acrecentado la conciencia; y acrecentando la persona humana ha acrecentado también la poesía lírica. Es más bella, y más santa, y más cristiana la paz de nuestro siglo, que las antiguas guerras y las antiguas persecuciones religiosas.

Exhala de su seno más poesía la mártir, cuya cabeza cae tronchada como una flor sobre la arena donde se celebran los holocaustos á la conciencia libre, que el César, su juez, ó el esbirro; su verdugo, ó el populacho, su enemigo y desnotante. Exhala más poesía que el horno donde ardieron los niños hebreos de Babilonia, que el potro donde atormentaron por brujá á la infeliz Juana de Arco, que el brasero cuyas llamas devoraron á Servet, que el monton de cenizas á que redujeron los huesos de Savonarola, que el patíbulo de Juan Hus y Jerónimo de Praga, que la inquisición de Felipe II, que las persecuciones de Luis XIV, que las iras de María la Sanguinaria contra los protestantes ó las iras de Isabel Tudor contra los católicos que todos estos reflejos del odio, cualquier tranquilo y apartado espacio, en el cual á la sombra del humano derecho, se dilata la libre conciencia, como una ciudad á orillas de lagos celestes, al pie de montañas inaccesibles, en tierra preparada por larga historia á la forma definitiva del espíritu moderno, y donde se vé dibujarse aquí la Sinagoga resonante con los cantares que brotaron á las orillas del Éufrates ó en los arenales de Palestina; allá la iglesia puritana que ha educado á la América del Norte, acullá el templo griego que ha civilizado el Oriente; más lejos la capilla anglicana, que refleja el alma de la nación británica; sobre todo, la aguja de la catedral católica, á cuya sombra viven los pueblos mas ilustres del planeta; cimas del espíritu humano, el cual busca por la variedad ingé-

nita á su naturaleza los caminos de la gloria, y que allá en lo infinito, se encuentra con la unidad de Dios, á manera que las diversas atmósferas incoloras é invisibles forman en la inmensidad el claro azul de los cielos. Y no me digais que esta libertad ha concluido con la poesía religiosa en nuestro tiempo. ¿Creéis, de veras, que no existe la poesía religiosa en nuestro tiempo? Quien desee sentir en toda su grandeza el día de la Resurrección, lea el canto último de la Mesíada de Klopstock, y oiga el himno de los muertos revividos, acompañado por las cadencias de las arpas seráficas. Quien desee sentir como la sangre de Cristo ha lavado todas las culpas y el árbol de la cruz ha hundido sus raíces hasta el antro de todos los males, que lea la divina epopeya de Soumet. La plegaria tierna, efusiva, mística, hablará el lenguaje de la oración por todos, que Víctor Hugo enseña á su hijo inocente, parecido en su susurro al primer gorgojo del ave, al cáliz entreabierto de la violeta, á la estrella de la tarde en el desierto cielo, á la campanada del Ave-María en la alta torre de la iglesia. El cántico de Lamartine á Dios, reúne las sublimes ideas de Platon á la forma concisa de Isaias Pero, ¿qué que estenderme? Si los siglos tuvieran su valle de Josafat, como los individuos, bastarían estas obras sublimes para que muchas faltas le fueran perdonadas á nuestro siglo y pudiera recogerse y asentarse á la diestra del Eterno.

Señores: si abrazáramos de una ojeada los dos extremos de la historia, veríamos claramente cómo todos los esfuerzos del género humano se han reducido á pasar de la esclavitud, en que primeramente le avasallara la naturaleza, á la plena y entera libertad que le procuraba la ciencia. Esclavo en el mundo material de fuerzas fatales que no puede modificar, encuentra el primer grado de su emancipación progresiva en la sociedad, cuyas leyes, aunque existan necesariamente, si no pueden ser destruidas, pueden ser mortificadas por nuestra voluntad y nuestra inteligencia. Pero este grado de libertad no basta al hombre, y entra en el arte, donde la naturaleza sirve de símbolo á la idea, y llega á la religión y á la ciencia, donde alcanza hasta lo infinito, hasta lo absoluto, por medio; ora de la fe, ora de la razón. Si queréis, negadle otros atributos al siglo; pero no le neguéis que es el siglo de la ciencia. Conozco que los tesoros científicos allegados por otras edades sirven mucho á la edad presente, bien al revés del arte en que son eminentemente individuales, así la inspiración como el ingenio. Pero no dudeis que ciertos progresos bastan á engrandecer y sublimar á nuestra edad. Los telescopios que llegan á quince leguas de la luna, los reflectores que corrigen las impurezas del cristal, han abriantado y engrandecido las regiones sidéreas. La unidad de la materia se ha visto, descomponiendo hasta la última nebulosa, en las raya del espectro solar. La teoría de la unidad de las fuerzas ha mostrado cómo se enlazan la luz, el calor, la electricidad, el magnetismo y el movimiento. La química ha encontrado el alma del fuego como el alma del agua. Se ha revelado la identidad de los metales en el sol y en la tierra, parecida á la identidad de la nube lejana que flota en la atmósfera, con la lágrima de dolor que rueda por nuestra mejilla. Si á otro siglo le ha tocado mostrar la gravitación universal y la armonía entre los astros, hálle tocado al nuestro mostrar las afinidades entre las moléculas y su conexión misteriosa en los cuerpos. La historia de la tierra es la obra casi exclusivamente de nuestra edad. Las clasificaciones nuevas de las ciencias naturales también nos pertenecen por completo. Hemos encontrado las leyes á que obedecen desde el hisopo hasta el cedro, y por el estudio de las hojas hemos deducido la serie sistemática y armónica de todas las plantas. No digamos nada del conocimiento de la tierra y de sus especies animadas.

¡Cuán sublimes las historias de nuestros viajeros, movidos solamente por amor á la ciencia, sin auxilio de ningún Estado, exentos de toda codicia, como puros misioneros, recorriendo lo interior del Africa, y explorando las ignoradas fuentes del Nilo! ¡Cuán reveladoras las nociones de los tiempos prehistóricos y de las edades de piedra y de hierro! Así desde el trópico al polo nunca fué como hoy escudriñado el planeta. Y lo mismo sucede con el hombre. Desde la fisiología hasta la psicología; desde la relación que existe entre el arpa de nuestros nervios y la electricidad difusa por la atmósfera; desde la descomposición de la luz en sus colores fundamentales hasta la descomposición del pensamiento en sensaciones, nociones é ideas; desde la asimilación de las moléculas por el cuerpo hasta la asimilación de las creencias por el alma; desde el poder que tiene el medio ambiente en nuestra complejidad fisiológica, hasta el poder que tiene la raza y la patria en nuestra complejidad moral; desde la física hasta la metafísica; desde la estética hasta la historia; desde la química orgánica hasta la geología; desde la clasificación de los seres hasta la clasificación de los sistemas; toda esta serie maravillosa de conocimientos ha esclarecido los abismos encerrados en el alma y en el Universo, iluminando al hombre que ve la idea de las cosas y que las eleva á lo infinito y las enlaza con lo absoluto y con lo eterno. Jamás tuvieron, pues, tantos materiales ni la poesía lírica y dramática ni las artes plásticas. La misma metafísica, ¡qué crecimiento ha obtenido! Ni Aristóteles supo señalar las diferencias que hay entre la sensibilidad y la inteligencia, entre la inteligencia y la razón, entre la razón y el juicio, como la escuela crítica; ni Platon alcanzó la virtud creadora de las ideas y la realidad objetiva de la lógica, como la ha alcanzado la escuela hegeliana. Es verdad que las ciencias experimentales han pretendido invadir los dominios de las ciencias especulativas; pero también es verdad que nunca adelantó de la suerte que hoy ha adelantado el problema de los problemas, explicado antes por sistemas tan fantásticos como la armonía preestablecida ó el mediador práctico, el problema de las relaciones entre el alma y el cuerpo, entre el agente que conoce y el objeto conocido.

Nunca se vió tan clara la compenetración estrecha entre la idea y el ser. Nunca se comprendió tan verdaderamente que los hechos no caminan al acaso sino dirigidos por el pensamiento. La historia de la filosofía ha resultado, como anunciaba el mas grande pensador moderno, la historia Universal. La lógica creció al par que la mecánica; la metafísica al par que la física, el conocimiento de la naturaleza orgánica al par que el conocimiento de las facultades del alma; la geología, al par que la historia; la fisiología de las plantas, de

los animales y de los hombres, al par de la fisiología de las instituciones de las leyes y de los códigos; la vida entera, y bajo todos sus aspectos el inmenso y divino Universo. El árbol de la ciencia sube más allá de las constelaciones del cielo, y ahonda en las profundidades del espíritu; que si el Universo material es como una condensación del éter, el Universo científico es como una condensación del pensamiento. Pero no olvidemos, señores, no lo olvidemos, como suele suceder con frecuencia, que así como no hay combustión posible sin oxígeno, tampoco hay ciencia posible sin libertad. O la ciencia no es nada, ó la ciencia es la verdad alcanzada por las fuerzas de la razón. Si blasfema quien arranca del sentimiento la fé, blasfema quien arranca de la ciencia la soberanía de la razón. No hay acción moral sin libre albedrío; no hay idea científica sin libre investigación. Ninguna autoridad coercitiva puede, aunque funda el cetro de todos los reyes y la espada de todos los conquistadores, cosa alguna, ni contra la razón, ni sobre la razón.

Nuestro siglo es el siglo de la defusión de la ciencia, porque nuestro siglo es el siglo de la libertad del pensamiento. Oigo murmurar en mi oído estas palabras: por lo mismo que es el siglo de la ciencia no puede ser el siglo de la poesía. ¿Cómo? En todo tiempo han caminado juntas por la tierra estas dos hijas del cielo. En el mismo siglo nacieron Sófocles y Sócrates; Cicerón y Virgilio; Santo Tomás y el Dante; Garcilaso y Arias Montano; Pereira y Cervantes; Pascal y Racine; Shakespeare y Bacon; Kant y Goethe; Hegel y Victor Hugo. Por lo menos, dirán otros, la ciencia moderna destruye la idea de Dios, y destruyendo la idea de Dios, ciega la fuente de toda poesía. No lo creáis, señores, no lo creáis. Cada grande sentimiento, que mueve el corazón, lo impulsa al amor divino; cada idea que ilumina la inteligencia, la acerca á lo absoluto; cada estrella que columbramos en lo infinito, añade como una nueva letra al nombre inenunciable del Creador. En la aurora y en el ocaso, en el estruendo de las tempestades y en la música de las brisas, en el mar surcado por estelas fosforescentes y en el cielo lleno de astros, Dios mío, la sensibilidad te adivina como creador; en el inmenso río de los hechos, en la escena cambiante de la historia, en esas tragedias que todos los siglos repiten y en ese combate perdurable entre el bien y el mal, la intuición te presiente como providencia; en la ley moral, en la virtud, en la caridad, en el amor, en el misionero que desafía los elementos por llevar almas á la luz, en la hermana de la caridad que aparece sobre los campos de batalla, el corazón te ama como bondad suprema; en el arte, en los acordes de la lira; en las líneas de los monumentos, en las reverberaciones de la inspiración, la fantasía te contempla como la eterna belleza; en los altares, bajo la bóveda de los templos á través de las plegarias y las nubes de incienso, la fé te adora; y en la ciencia la razón te conoce; y el alma entera desea vivir y morir en tus inmensos senos.

Nuestro siglo tiene su ideal. Y como tiene su ideal, tiene también su altísima poesía. Cada género poético nace en la edad que verdaderamente le cuadra y conviene. La poesía épica es la poesía de la fé. Por tal razón, no reaparece en el mundo antiguo, después del siglo quinto anterior á Cristo; ni en el mundo moderno, después del siglo décimotercero posterior á Cristo. La poesía dramática es la poesía de la acción. Por tal motivo, florece en Grecia tras las primeras guerras médicas; en España, tras las primeras conquistas americanas; en Inglaterra, tras las primeras competencias religiosas; en Francia desde las revoluciones de la Fronde hasta los últimos días del reinado de Luis XIV. Y la poesía lírica, personalísima por excelencia, es la poesía de la libertad, la poesía de nuestro siglo, el cual en este género puede competir con todas las edades y aun superarlas y vencerlas. ¡Poco poético el siglo décimo-nono! Sólo subiendo á los tiempos medios, á las luchas que se empeñaban allá en aquellas Universidades, llamadas por antonomasia escolásticas, entre nominalistas y realistas, hallaránse sentimientos tan fervorosos como los que despertaban aquellos combates entre clásicos y románticos. En Francia, los clásicos sustentaban las antiguas tradiciones y los románticos la innovación revolucionaria; en Alemania, al revés, los románticos pugnaban por la reacción y los clásicos por la libertad; pero en uno y otro pueblo, el empeño mútuo y el mútuo contraste crecían hasta tomar las peripecias de una guerra épica, en que las ideas pugnaban unas con otras, como las legiones invisibles de génius y de ángeles en las antiguas teogonías. Nuestro siglo ha merecido llamarse el siglo de oro en la poesía germánica.

(Continuará.)

DOLORES.

(Conclusion.)

—¡Ah! ¡No es la locura!—exclamó de una manera imperceptible el médico.

—¡Ah, eres tú, Carlos!—añadió Matilde con una gran dulzura y una gran fatiga.—¡Y tú también, hija mía! ¡Y tú también, Pedro!

Luego, como por resultado de una reacción poderosa, añadió más alto y haciendo un esfuerzo para incorporarse:

—Que salgan todos, todos; que no queden aquí más que mi hijo, ese hombre que le acompaña y estos dos jóvenes.

CCCXXVI

Todos salieron en silencio. La pequeña Carmen estaba junto al lecho asida de una mano de Dolores, y lo observaba todo con una grande insistencia.

—¿Cómo estás tú aquí al lado de ésta, Carlos?—dijo Matilde al conde, señalando á Dolores.

—Es mi hija, madre mía,—dijo el conde,—la he reconocido y he hecho testamento á su favor.

—¡Testamento!—exclamó Dolores,—¿y para qué? ¿Por qué? Yo no quiero ese testamento.

Y miró con ánsia al conde. A pesar de todo le amaba.

—Sí,—dijo Matilde con acento que tenía algo de sobrenatural,—los que van á morir y tienen necesidad, para que Dios tenga misericordia de ellos, de reparar en cuanto les sea posible el mal que han hecho, deben prepararlo todo para hacer su última jornada.

—¡Morir!—exclamó con un acento indefinible Dolores.—¿Y quién va á morir aquí?

—Yo siento la muerte!—exclamó Matilde con un pavoroso acento de seguridad;—necesito aprovechar mi tiempo; es necesario que concluyamos pronto.

—¡Ah, no, madre mía!—exclamó Dolores;—tú no morirás, porque yo viviré para tí, me consagraré á tí...!

—¡Ah! gracias,—exclamó Matilde sonriendo de una manera celestial;—esto es más que el perdón que yo iba á pedirte: esto es el amor, bendita seas.

Y asiendo una mano á Dolores la atrajo á sí; levantó haciendo un esfuerzo su cabeza de sobre la almohada y besó á Dolores con ánsia.

Luego, volviendo á dejarse caer sobre la almohada se quedó mirando con una avidez infinita á Casquillo, que como atraído por aquella mirada suprema fijó en ella otra mirada espantada.

Los lábios de Matilde se agitaron un momento como si hubieran querido pronunciar algunas palabras y volvieron á quedar inmóviles, como si la hubiera sido imposible hablar.

—Sí, sí, madre mía,—dijo Dolores, que comprendió á Matilde;—él te perdona, porque ve lo que sufres.

—Que lo diga, que lo diga él,—exclamó Matilde con la voz apagada y bajo la cual se sentía el llanto.

—Sí, sí, con toda mi alma,—exclamó Casquillo.

—¡Gracias, gracias!—exclamó Matilde con un acento en que parecía exhalar toda su alma dolorida y espantada.

Y después de un momento de silencio, añadió:

—Sé que os amais y deseo que seáis felices, tanto como deseo que Dios me mire con misericordia; no tomo vuestras manos para unir las, porque temo que si yo hiciera vuestra unión cayese sobre vosotros la desventura. Yo no os bendigo por que no tengo bendición que daros, porque estoy maldita.

CCCXXVII

Nadie se atrevió á decir una sola palabra para contestar á las que acababa de decir Matilde de una manera jadeante.

Hubo algunos momentos de silencio solemne.

Hubiera podido decirse que entre aquel silencio solemne y pavoroso se oían las palpaciones de los corazones de todos.

—¡Dejadme, dejadme sola con mi hijo!—dijo al fin Matilde.

Todos salieron al otro gabinete que antecedia al dormitorio. Allí esperaron en silencio.

CCCXXVIII

Al cabo de algun tiempo salió el conde. En su semblante descompuesto había algo que no podía inspirar más sentimiento que el de la compasión.

El conde llamó al médico y se lo llevó consigo; sobrevinieron algunos minutos de ansiedad. Al fin el médico volvió. Dolores lo llamó con ansia.

—Es extraño, muy extraño,—dijo;—yo no comprendo esto: á una gravedad suma ha seguido un estado de tal manera satisfactorio, que se puede asegurar que no hay el más leve peligro.

—¡Ah!—exclamó el señor Blas.—Esto es indudable: la influencia del espíritu sobre la materia.

—No estoy conforme,—dijo el médico;—lo que se llama espíritu no es otra cosa que el resultado de la actividad de la materia.

—Si pudiéramos probar eso, si lo encontráramos demostrado, si pudiéramos hacer sobre ello y sobre seguro trabajos de investigación, se resolverían todas las dudas, se fijarían todas las vaguedades, se aclararían todos los misterios que nos hacen desconocidos para nosotros mismos. Pero esta no es la mejor ocasión para entretenernos en estas discusiones, ¿con que es decir que la enferma está fuera de peligro?

—De todo punto,—respondió el médico,—ó yo no sé nada.

—¡Oh! ¡gracias á Dios!—exclamó Dolores.

—Sin embargo,—dijo el médico,—está poseída por la aprensión, se cree próxima á morir y pide con insistencia los auxilios espirituales.

—Eso nunca está demás,—dijo Dolores.

—Todo se está preparando ya,—dijo el médico;—pero no se impresionen ustedes: repito que no hay ni una sombra de gravedad.

—¿Y esta otra enferma?—dijo el señor Blas refiriéndose á Dolores.

El médico la examinó y la pulsó.

—Una gran debilidad—dijo;—una gran excitación nerviosa, pero tampoco hay en manera alguna peligro. Sin embargo, yo soy de opinión que esta señorita se meta en cama, y tome la pocion que voy á recetarla.

CCCXXIX

Inútil es que nos ocupemos de los detalles de lo que sucedió aquella noche. Matilde recibió el Viático. Después la madre y el hijo hicieron testamento. Al amanecer pudo decirse que nuestra historia había terminado.

La suerte de Dolores se había fijado. Se había confirmado por su padre y por su abuela su reconocimiento, y ambos la habían instituido su heredera universal.

EPÍLOGO.

I

Pasaron algunos días. No habían vuelto á ver ni á Matilde ni al conde de X. Dolores se había repuesto y se sentía mejor que nunca. Parecía que un rayo de luz, de vida, de esperanza había penetrado en la bohordilla, la había iluminado, la había embellecido. El señor Blas había comprado un violín de gran precio, y contribuía en gran manera á hacer más dulce la situación. Casquillo estaba alegre y locamente enamorado. El señor Blas se relamía y se sentía bien. Carmen acrecía de día en día en lucidez. Se comía abundantemente y á gusto. Se veía la vida á través de un prisma completamente distinto. Sin embargo, una hechicera melancolía, que acrecía en belleza, se había apoderado de Dolores: pero aquella melancolía, en vez de ser una enfermedad peligrosa, era un elemento poderoso de vida. Y aquella vida, una vida inmensa, apareció en su mirada y en su sonrisa de una manera refulgente. Sufria, estaba ansiosa; pero su su-

frimiento, su ansiedad, eran un placer. Amaba á Matilde y á Carlos, á aquellos dos terribles seres que de tal manera la habían tenido tantos años en una agonía horrible, y esperaba que todo viniese á una situación normal, que se olvidase todo, que empezase una vida tranquila, una vida de amor y de sentimiento dulce y consolador.

II

Quince días después de los últimos meses se hizo saber legalmente á Dolores:

Primero: Que había sido reconocida y legitimada, que por consecuencia tenía todos los derechos de una hija legítima, respecto al conde de X.

Segundo: Que entraba inmediatamente en la posesión de los títulos y de los bienes de su padre, por sucesión de este: que los derechos de sucesión en los títulos habían sido pagados; que era, pues, ya de hecho y de derecho la excelentísima señora condesa de X., con los demás títulos de la casa, dos veces grande de España, con dos millones de renta.

Tercero: Que su abuela y su padre habían muerto completamente para el mundo, y se habían retirado, ella á un convento del Cister, él á un convento de la Trapa. Que se ignoraba en qué lugar, en qué país estuviesen aquellos conventos. Que los dos, en fin, habían desaparecido, sin que se supiese nada de ellos, como si se los hubiera tragado la mar.

III

Esto amargó extraordinariamente á Dolores.

—Descuida, hija mía, descuida,—la dijo el señor Blas;—yo sabré donde están.

IV

Dolores se casó con Casquillo, que como había dicho muy bien el señor Blas, se sorprendió. El no había podido ni aun adivinar tanta hermosura salva la joroba, que con el desarrollo que la felicidad y la esperanza habían dado á la jóven se había modificado en gran manera. De tal manera transfiguraba á Dolores su amor, que la espantaba á ella misma.

—Pero Dios mío, Dios mío,—pensaba;—este amor mío es mi condenación: mi alma y mi cuerpo se abrasan en él: esto es una idolatría: esto es una felicidad insostenible para los dos, porque él me adora.

Y para que Dios le diera fuerzas para soportar tanto amor, Dolores partía su tiempo entre los seres que la llenaban el corazón y su amor á la humanidad.

V

No había dejado su boardilla: no había cambiado de costumbres; su trage era el mismo de siempre.

Peró había comprado aquella casa; había reformado el piso tercero, que era muy grande, y le había hecho cómodo y elegante: en él vivían el señor Blas y Carmen con un ama de gobierno y una reducida pero buena servidumbre: el piso bajo se había reservado para dos carruajes y tres troncos, á que se habían reducido los magníficos trenes de Matilde y de Carlos. Podía decirse propiamente que el domicilio conyugal era aquella guardilla, en que los dos pobres niños que habían desposado sus almas, habían adoptado á una infeliz criatura huérfana é idiota.

Allí habían sufrido juntos; allí habían esperado y desesperado juntos; allí se habían deslizado por su vida cuatro años supremos. La más leve alteración en aquel pobre nido hubiera causado un dolor á Dolores.

VI

Desde el momento ella hizo la siguiente distribución de su fortuna. Todos los años debía poner un millon en renta, con destino por igual, á Carmen y á los hijos que viniesen. El otro millon se emplearía después en cubrir unos modestos gastos, en obras de beneficencia.

VII

El señor Blas anduvo corriendo seis meses por España y Europa, informándose en todas partes, hasta que, por fin, encontró en Roma los dos conventos á que se habían retirado Matilde y su hijo, y tuvo medio, á pesar de lo rigoroso de las reglas, de hacer llegar á ellos por medio de dos billetes estas noticias:

«Dolores es feliz, y no tiene otro dolor que vosotros; yo la llevaré un consuelo: en cuanto á vosotros, mientras yo viva, vendré todas las primaveras á enviaros por medio de mi violín el amor de Dolores: si yo repito un trozo, será que Dolores tiene un hijo; si le tocare tres, dos, y así sucesivamente; no puedo usar de otros medios, porque milagrosamente, y por una sola vez, he conseguido que ese papel mío llegue á vuestras manos. Dolores os ama, Casquillo os perdona, yo os estimo. Adios. Yo volveré á hacerme sentir de vosotros en vuestra tumba de vivos.»

Y el señor Blas no se retiró sino después de haber ejecutado en dos distintas formas al pie de los muros de uno y otro convento un concierto delicioso.

Cuatro primaveras durante algunas horas de sus noches, las portentosas armonías del violín del presidiario penetraron en los dos conventos, y fueron á decir á los reclusos: Dolores os ama; Dolores tiene un hijo; Dolores os envía su alma.

Peró á la quinta primavera, cuando el señor Blas llevaba la noticia á los reclusos de un quinto descendiente, un servidor exterior de cada uno de los conventos salió en cuanto oyó su violín, y dijo:

—Seguid tocando, señor, si lo queréis, por el placer de los vecinos; pero la madre Arrepentimiento no existe: en el otro convento le dijeron:

—El hermano Esperanza en Dios, ha pasado á mejor vida.

El señor Blas tocó un magnífico *requiem* junto á cada uno de los dos conventos, y cuando concluyó dijo para sí:

—Me alegro: yo lo hacia por ella; pero ya me iba cansando con esta imposición de caridad. Ellos han ganado y yo también.

VIII

Nuestros personajes viven todavía: y Carmen, que acaba de cumplir diez y ocho años, que es una señorita admirable y que tiene un gran dote, va á casarse enamorada.

Los esposos no han perdido ningún hijo: tienen seis. To-

do les sonrie. Sin embargo, continúan viviendo en su boardilla. El señor Blas come, bebe, se achispa y toca el violín. Los vecinos están muy contentos con él.

FIN.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ,

CRÓNICA.

Difícil es soportar con paciencia la conversación de un nécio, la prosperidad de un enemigo, ó la guerra de un envidioso; pero más, mucho más difícil todavía es resistir la subida del termómetro. En cuanto á este caballero se le antoja pasar de los treinta y cinco, Madrid deja de ser una ciudad animada y bulliciosa, para convertirse en un desierto; se hace un consumo extraordinario de abanicos y sombrillas; se sofoca la gente aunque no riña, y emigra á todo correr, temiendo ser víctima de un martirio semejante al de la virgen de la Lorena.

Los ricos van á refugiarse en los grandes establecimientos balnearios, ó á la Suiza, á los Alpes, á cualquier parte donde una mediana geografía indique que hace frío. Las familias de la clase media, cuyas pretensiones pasan con mucho del nivel de su fortuna, pasan el verano en los pueblecitos próximos, leyendo Guías de viaje para decir luego que estuvieron en la Siberia. En cambio los pobres méustranse agradecidos á la naturaleza, que al fin los redime del horrible frío contra el que no tienen ninguna barrera que oponer. La tierra produce frutas en abundancia, y el calor les permite ir en un traje cortado por los patrones del que usó nuestro padre comun el poco tiempo que fué inquilino del Paraíso. ¡Pan y un modesto traje! ¡Cuán modesta es la dicha del pobre y cuántos afanes cuesta, sin embargo, al pobre adquirirla!

El tema de todas las conversaciones y el asunto de todos los ensueños es el calor. No se sueña ni con el porvenir, ni con el amor, ni con la lotería, ni siquiera con ser ministro. En sueños se vé un termómetro... un termómetro que señala cuarenta grados.

Después del entierro del Sr. D. Angel Fernandez de los Rios, grande, concurridísimo, solemne, verdadera manifestación de respeto y cariño al escritor ilustre de actividad extraordinaria y voluntad inquebrantable, que tanto trabajó por el desarrollo y la propaganda de la cultura de nuestro país, no hay más páginas de luto para esta crónica que la que recuerda aquella lucha terrible del 7 de Julio de 1821. Una epopeya grande en una calle enana.

Las conferencias diplomáticas han concluido. El convenio firmado por los representantes de los distintos países que han intervenido en la cuestión de Marruecos se llama modestamente *Convención Europea*. El texto auténtico aun no se conoce. Se sabe, sin embargo, que por el tratado de 1861 los súbditos españoles estaban exentos de toda clase de contribuciones, y que ahora quedan sujetos al pago de la contribución agrícola y del impuesto de transporte.

España ha perdido en Marruecos un valioso derecho; pero en cambio el Sr. Cánovas ha podido parodiarse á Bismarck.

Hemos sido injustos, y aunque no mudamos de opinión para que no se crea que tenemos pretensiones de sábios, reconocemos y confesamos nuestra injusticia. Creíamos que el partido fusionista no tenía un programa político, preciso, concreto, distinto del conservador-liberal, y ya le tiene. Al oír en el Parlamento tantas veces repetida aquella declaración de que interpretarían la Constitución de 1876 en el sentido más liberal posible, temíamos que los fusionistas iban á ser más ó menos liberales, conforme faese más ó menos conservador el señor Cánovas. No es así, y lo reconocemos. Los fusionistas quieren que se diga de ellos que viven á prueba de desdenes y de constancia y lo han logrado. Esta postdata que pone un periódico de la comunión á las declaraciones del Sr. Sagasta bien claro lo demuestra.

«A veces las revoluciones ofrecen libertad y sólo aciertan á dar licencia ó anarquía. Y esto sin contar con la riqueza destruida, con las violencias y con las proscripciones, con las venganzas, y con la relajación de costumbres públicas y privadas que son el triste cortejo de todas las perturbaciones sociales.»

Esto, aun no siendo injusto, sería ingrato. Donde el ejercicio del régimen representativo está garantizado, las revoluciones no serán el impulso violento, pero justificado algunas veces, de un pueblo que quiere romper sus cadenas para ser libre, sino el torrente de las muchedumbres que se desborda produciendo criminales contiendas, para asentar sobre ruinas el imperio de su despotismo; no oírán dentro de sí esa voz de irresistible seducción que lleva á los individuos y á los pueblos á acometer las más grandes empresas; no aceptarán el empleo de las unas como un medio insustituible de llegar al fin que se habían propuesto, sino que gozosas verán en las persecuciones un programa de vida; sobre la fría losa que cubre esas revoluciones, no escribirán los pueblos una frase de amor sino más bien una maldición ó una protesta, y ante el juicio de la posteridad no se presentarán con la tranquilidad y la confianza del justo, sino temerosas y heridas por el remordimiento, seguros de su condenación.

Maldigamos esos atentados contra el reposo

público, obra de algunas inteligencias enfermas, sólo consagradas á perseguir las más irrealizables utopías, que miran el derecho como una esclavitud y creen propósito divino fundir el mundo en el molde de sus fanáticos y sombríos delirios; maldigamos esos estériles derramamientos de sangre con los que se quiere usurpar, valiéndose del terror y del odio la dirección de las sociedades; maldigamos esas locuras que quieren removerlo todo y sólo aspiran á conseguir el desorden social; pero no maldigamos á las revoluciones que han significado una necesidad, una redención y un adelanto; no olvidemos que en estas como un espíritu impalpable que lo llena todo con su grandeza, hay una idea generosa, la de libertad, que lleva á las sociedades por el camino del progreso; mientras que en el estado de esclavitud los pueblos no tienen nada más que luto y vergüenza.

Al hablar de ellas, aun sin deberla: nada, no hemos de mirar cómo nacieron, sino para qué han nacido; no nos fijemos en lo que son en sí, sino en los resultados que producen; olvidemos el pecado original de su nacimiento de que la grandeza del propósito pudo redimirlos; y si dejaron por herencia la consagración de los derechos y de las libertades y nos parece mucho santificarlas, bendigamos con reconocimiento su memoria.

Se promulgó en 14 de Febrero último la ley de abolición de la esclavitud, y al mismo tiempo que las enérgicas protestas de la democracia contra aquel simulacro hecho en nombre de la humanidad se oyeron las manifestaciones de entusiasmo de los conservadores, regocijados por haber contribuido á realizar una obra tan admirable y justa. ¿Era que no se habían fijado bastante en las omisiones y en los defectos de la ley ó que aparentaban no haberlos visto? No queremos averiguarlo. Es más, si ellos hubieran acertado, al confesar humildemente nuestro error, tendríamos extraordinaria complacencia. ¡Qué vale el amor propio satisfecho ante los deberes de la humanidad cumplidos! Pero ni nos hemos equivocado ni nos es lícito tal consuelo. Al pasarla por la piedra de toque de las prácticas de Gobierno que los conservadores tienen establecidas, se ha visto que la abolición era falsa. No nos extraña. Con un sistema de leyes y de reservas mentales que permiten adorar la Constitución de 1876 á los que tienen un pié fuera de la legalidad, y á los que aman la reacción con verdadero fanatismo, no hay precepto que deba ser cumplido, ni libertad que algo signifique. Las leyes son servidoras sumisas de los reglamentos, y el reglamento de 9 de Mayo es árbitro de la ley de abolición de la esclavitud.

¿Qué hacía esta ley? Derogaba los castigos corporales de un modo directo; sancionaba con todos los derechos hasta entonces adquiridos por los esclavos, el que la práctica de los tribunales no interrumpida desde 1876, le reconocía de mudar de dueño; establecía diez horas de trabajo ordinario, y un máximo de diez y seis horas para la zafra, y señalaba los deberes del patrono la enseñanza y educación del patrocinado. Esto, con ser muy poco, era algún paso dado en el camino de la abolición. Pero el reglamento le ha hecho inútil. Ha sido la mano que quitándole la careta y los prestados trajes con que se cubría, nos deja ver á la esclavitud con su rostro de tigre y sus horribles desnudeces.

Las penas de cepo y de grillete para el liberto que resista pasivamente el trabajo, la prohibición de cambiar de dueño, las once horas de trabajo que podrán ser veinticuatro cuando el amo quiera, la omisión completa de cuanto á la educación de los libertos mayores de edad se refiere, anulan la ley y pregonan descaradamente el triunfo de los esclavistas.

¡Desdichado triunfo!

El Ateneo de Madrid ha tenido envidia del Congreso y ha suspendido también sus trabajos. Dejaron de oírse los conciertos que todos los sábados nos daban los poetas con solos de lira y acompañamiento de consonantes; verificáronse las elecciones, que son allí parodia acabadísima de las que el Sr. Romero Robledo dirige desde el ministerio de la Gobernación; cerró con llave de oro el Sr. Echeagaray el debate acerca del *origen del lenguaje*; y en álas de su admirable elocuencia recorrió el señor Carvajal, cargado de preciosas imágenes y de pensamientos atrevidísimos, todos los pasajes más sublimes de la historia y todos los descubrimientos milagrosos de la adivinación buscando el ideal político de la raza latina.

Mientras caminó sin salirse de los límites de lo pasado, pudo acompañar á la raza latina en su fecunda peregrinación por la tierra; al llegar á los tiempos presentes la perdió de vista y en vano intentó volverla á encontrar. Ha desaparecido. Mezclándose y entrelazándose con otras razas ha perdido aquellos caracteres propios, independientes, geniales, por decirlo así, que la diferenciaban un tiempo de las demás, y hoy no podría decir sin pecar de injusta, que el ideal democrático es solo de ella.

Si el organismo de la democracia es de los pueblos latinos, la esencia de ella es de los pueblos germánicos; si nosotros damos la forma, ellos dan la idea. No hay, pues, preferencias, no hay prioridades, y si las hubiese, el ideal de conciliación aconsejaría destruirlas. Los pueblos latinos y los pueblos germanos ven en la democracia algo que es suyo; pero la aman con entusiasmo toda entera. No creemos que la política de raza haya sido

en absoluto una política sentimental y falsa, pero si que hoy procurando el aislamiento de algunos grupos de naciones impediría los resultados de ese enérgico, poderoso influjo hácia la unidad que así en la ciencia como en la política se impone de un modo inevitable. Todo nos habla de ese influjo.

El libre-cambio que aspira á borrar las aduanas; los milagrosos descubrimientos modernos que hacen para el efecto de sus relaciones casi vecinos, pueblos un día separados por el abismo de la distancia; el derecho internacional próximo á su triunfo perdurable. La unidad superior que oponemos al ideal de raza, no causa la destrucción de la variedad, es la unidad, es la variedad que descubrimos en la naturaleza y sirve de pedestal á lo bello. Se necesitan naciones independientes, pues si no, no hay sujetos capaces de derecho; se necesita un vínculo entre las naciones, pues si no, no hay relaciones que puedan ser objeto de derecho. La sanción del derecho impone que las resistencias individuales desaparezcan ante la voluntad general.

Para llegar á este resultado hace falta saber que los pueblos, lo mismo que los individuos, tienen responsabilidad; que existe una ley del deber á la cual están obligados á prestar acatamiento. Cuando este convencimiento, dice Laurent, haya penetrado en la conciencia humana, se habrá realizado un gran progreso en el desarrollo del derecho internacional.

Haciendo que se borren las diferencias que el espíritu de raza, las religiones, las costumbres y el idioma abrieron un día entre los pueblos, condenándolos á perpétua agitación y á vida sin ventura; admitiendo, como ideal inmediato, la conciliación de los dos principios de unidad y diversidad, lo cual se consigue con favorecer la independencia de las naciones y multiplicar los vínculos que las unen; no mostrándonos sordos á la voz del sentimiento de solidaridad que tan poderoso influjo ejerce, así en los hombres como en los pueblos; no permaneciendo indiferentes ante el impulso hácia la unidad que se manifiesta en todas las relaciones de vida, y aceptando como fundamento de esa unión entre los pueblos el derecho internacional, facilísimo de cumplir, porque su fuerza no está en las bayonetas, sino en la conciencia humana, habremos arrojado á la guerra del pedestal en que hoy se muestra orgullosa, ó no serán, por lo menos, tan frecuentes los conflictos entre las naciones.

Más tarde la hora de realizar la idea de Sully habrá llegado, y como la utopía concebida por un espíritu elevado es el ideal á distancia, según la feliz expresión de un poeta famoso, esta profecía de Victor-Hugo se habrá cumplido.

«La guerra habrá muerto; los odios habrán muerto; las fronteras habrán muerto, el hombre vivirá, y por encima de todo, habrá una gran patria, que será toda la tierra, y una gran esperanza, que será todo el cielo.»

Los conservadores se hacen esperar, pero cumplen bien lo que prometen. De largo tiempo nos tienen ofrecido que reformarían la administración, y ahora lo cumplen; ahora, que el calor viene poseído de tal fervor religioso, que no parece sino que quiere hacer de cada uno de nosotros un San Lorenzo. La reforma ha empezado por poco, pero ya irá á más, si los conservadores no van á menos. El señor ministro de Hacienda ha prohibido que los empleados tomen café en la oficina.

Un empleado, al saberlo, dijo: «Lo siento mucho, muchísimo. Hasta ahora, para mí el café tomado en la oficina, me ha servido de calendario. Nunca he sabido á qué día estaba de cada mes sin contar antes las medias tostadas que debo.»

Otro emoleado más contentadizo, exclamó: — ¡Me alegro que no me dejen tomar café!

— ¡Por qué? — le replicó un compañero, — ¿por ahorrar?

— No. Porque tomaré horchata.

Pocos días hace estuve en casa de un amigo mio para despedirle. Los bauls abiertos en medio de la sala; los muebles fuera de su sitio; las ropas por el suelo, más hacían pensar en un robo reciente que en un viaje próximo. Presenció breve rato aquel trabajo de arreglar los trajes en los cofres como las sardinas en las banastas; saludé á la familia de mi amigo, y al despedirme de éste, que me acompañó hasta el descansillo de la escalera, le pregunté:

— ¿Llevas á tu suegra contigo?

— Sí, chico. Hubiera querido llevarla *facturada*, pero no me ha sido posible.

— ¿Te convences de que hay en la antigüedad muchas famas usurpadas? Hércules pasa por un hombre capaz de mover una montaña con la misma facilidad que nosotros movemos un bastón; nos le pintan como un enemigo de los imposibles, que siempre triunfa de ellos; nos hacen soñar con sus hazañas, y ahora resulta que esas hazañas valen menos que las de Rovira.

— ¿Qué motivos tienes para decirlo?

— Que al empresario del Príncipe Alfonso no le van á hacer rico *Las hazañas de Hércules*.

En un wagon de primera clase, camino de uno de los puntos del Cantábrico:

— ¿Usted conoce Santander?

— Sí, señor. De vista.

MIGUEL MOYA.

LAS PIRÁMIDES DE EGIPTO.

Testis temporum.
CICERO.

Ya estoy sobre tu cima,
Pedestal de los siglos: ya mi planta
Huella tu faz, que al cielo se levanta:
Crece el abismo al pié, la esfera encima,
Y en derredor el mundo se agiganta.

Mónstruo de piedra, bajo mí te sienta
Y tu grandeza colosal me aterra,
Cual si fueren tus bases el cimienta,
Y tu cúspide el eje de la tierra.

Monarca de las ruinas, levantada
En medio de estos vastos arenales,
Eres la eternidad petrificada,
Luchando con el tiempo y con la nada
Que devoran las cosas terrenales.

Desde el vértice altivo de tu cumbre,
Pirámide inmortal, abarco el suelo,
Mido tu fortaleza y pesadumbre
Y á través de tu edad alzo mi vuelo.

Con rudo esfuerzo, con audacia loca,
Llegué hasta aquí; mis músculos estallan,
Aliento falta á la sedienta boca
Y al reposar en tu eterna roca,
Habla tu voz y mis recuerdos callan.

Tus guardias, los fuertes beduinos,
Hasta aquí me arrastraron, vigorosos,
Buscándome fantásticos caminos,
Sobre tus escalones diamantinos
Hechos para las plantas de colosos.

Y mientras me arrastraban
Con sus brazos atléticos, nervudos,
Y á cada empuje al aire me elevaban
Fijando en el sillar sus piés desnudos,
Los génius del pasado parecían,
Surgiendo de tu entraña de granito,
Que al través de los siglos me subían
Para leer su enigma en piedra escrito.

Y al hollar tus gastados escalones
Como gradas del templo de la historia,
Mi espíritu ascendía á las regiones
Donde viven eternas las visiones
De las tragedias de la humana gloria.
Y soñaba mi mente
Que del corpóreo lazo desprendida,
Rompiendo la cadena del presente
Remontaba con ala prepotente
La misteriosa escala de la vida.

Para llamar á las cerradas puertas
Del pasado sin límite y profundo,
Do las generaciones viven muertas
Y surge la visión del viejo mundo;

Donde de los imperios más famosos
Perpétuos guarda el eco los rumores,
Y se ven los espectros pavorosos;
De los dioses y reyes y colosos
Que de la antigüedad fueron señores.

Y al pasado llegué, que esta montaña
Es el trono del tiempo, de ese atleta
A cuyo pié los años caen rendidos,
Y aquí inmóvil depones su guadaña,
Pliega sus alas, y con voz secreta,
La destrucción y el porvenir decreta
Sobre el polvo de imperios demolidos.

Por esos cruzan como soplos leves
Sobre tí de la edad los vendabales,
Y ni te precipitas ni conmueves
En tus hijos cimientos eternos;
Y eres la sola ruina
Que vive en pié mientras el mundo cruje,
Y ni implacable la vejez te mina
Ni temes de los rayos el empuje.

Ni el mismo terremoto
Removiera tus moles de su quicio,
Ni el terrible Simun tu frente ha roto
Ni tu cumbre ha rodado al precipicio.

Faro del mar del tiempo que aún destellas
La luz de las edades primitivas:
Déjame un punto, meditar en ellas,
Pues sobre tu escabel aún están vivas.

¡Qué silencio sublime! ¡qué escenario!
El Egipto é mi pié, mudo, tranquilo:
El inmenso arenal como un sudario;
El Cáiro allí, surgiendo solitario,
Y allá la cinta del Sagrado Nilo!

Allí abajo, sarcófagos abiertos
Que las dormidas mómias destapan
Cuando, en polvo, al espacio se lanzaran
Para poblar de sombras el desierto.

¡Mómias, venid! subid hasta mi altura.
Recobrad las esencias de la vida,
Decidme los arcanos

Que guarda esta gigante sepultura;
Que en la edad, con vosotras ya dormida,
Fabricásteis aquí con vuestras manos.

En misterioso espejo
Dadme la imagen de la edad pasada,
Y haced que, con fantástico reflejo,
De aquel Egipto funerario y viejo,
Resurja la visión á mi mirada.

Quiero ver los titanes
Que esta tumba de dioses levantaron
Y ver con qué sudores y qué afanes,
Estas rocas tallaron,
Y á fuerza de vigor las arrastraron.

Quiero ver animados los recintos
De Ménfis y Karnac, medir sus templos,

Repoblar sus marmóreos laberintos
Y ver de sus grandezas los ejemplos;
Y mirar qué martillos y cinceles
Modelaron aquellos capiteles;
Qué infatigables hombros
Levantaron murallas tan robustas,
Que hoy rotas, derribadas y vetustas
Parecen de un Olimpo los escombros.

Quiero ver los esclavos oprimidos,
Bajo el enorme peso
Doblar sus doloridos espinazos,
Morir de las fatigas al exceso,
O su fuerza agotar á los chasquidos
De acerbos y afrentosos latigazos.

Y tú, dormido espectro del infame
Cuyo poder amontonó esta piedra:
Deja que te interrogue y que te llame,
Aunque mi propia evocación me arredra.
Surge del polvo, déspota sombrío,
Viejo Cheops, responde;
Brota de tu sarcófago vacío
Donde quizás tu espíritu se esconde.

Tú, que para dormir un breve sueño
Y para eternizar tus vanidades,
Robaste de tus pueblos el tesoro,
Te hiciste sólo dueño
De sus fértiles campos y ciudades,
Bañadas en sudor y sangre y lloro.
Ve desde aquí la vengadora nada
Que redujo tus miembros á ceniza,
Dejando en pié tu tumba levantada
Que sólo tus oprobios eterniza.

Oprimir, castigar, poner el yugo;
Hacer que un pueblo su sudor agote;
Ser ladrón y verdugo,
Y el cetro deshonrar con el azote.
¿Y todo para qué? para una tumba
Donde guardar un cráneo miserable:
¡Cómo si hubiese ser que no sucumba
Ni polvo que no fuere deleznable!

¡Inútil vanidad! Pobre monarca:
Llega de tu sepulcro hasta la cumbre,
Con la pupila y con la mente abarca
Del Nuevo Mundo la divina lumbre
Mira cómo trabajan; ¿por qué sudan
Los libres hijos de la Edad presente?
Mira cómo se enlazan y se ayudan
Sin que envilezca el látigo su frente;
Mira cómo debiste
Gastar de un pueblo el poderoso nervio,
En vez de alzar el monumento triste
Y acusador de tu poder soberbio.

Mira el mundo allá abajo,
Las magnas obras de la Edad moderna,
Los triunfos y epopeyas del trabajo,
La sacra ciencia que la luz nos trajo,
Mayor que este granito y más eterna.

¿Ves esas cintas de fundido hierro,
Y esos puentes colgados en la nube,
Y esa caverna que perfora el cerro
Y ese penacho que á los aires sube;
Y ese mónstruo que vuela,
Y se mete en la entraña de los montes,
Corcel que lleva el fuego por espuela,
Aguila que cruzó los horizontes?
Esos son los caminos,
El grifo que incansable nos trasporta,
Une de los mortales el destino,
Suprime el tiempo y la distancia acorta.

¿Ves esos hilos? La palabra escrita
Por ellos va, logrando que se vea
La luz que en el relámpago palpita,
Transformada en el verbo de la idea.

¿Ves las columnas mil que á los espacios
Lanzan olas de nubes voladoras?
Son del géneo del mundo los palacios,
Los templos de las fuerzas bienhechoras.

¿Ves esos leviatanes,
Con lores de la mar? su férrea quilla,
Venecé á los huracanes
Y á la implacable tempestad humilla.

Mira sobre aquel istmo, sus corrientes
Fundidos oceanos:
Le rompieron allí los descendientes
De tus pobres esclavos que, obedientes,
Un sepulcro te hicieron con sus manos.

Vé cómo suda y triunfa el hombre libre,
Sin que el yugo le oprima y envilezca,
Sin que el déspota vil su rayo vibre
Ni la régia codicia le empobrezca.
No son esclavos hoy, por eso, reyes
Son de la fuerza y la materia bruta,
Y al planeta vencido dictan leyes
Y el orbe vasallaje les tributa.

Hoy el hombre trabaja para el hombre,
Y abre del porvenir los derroteros;
Toda la humanidad graba su nombre
En cada empresa, y deja su renombre
Cada siglo á los siglos venideros.

¡Cuánta fuera tu fama y tu victoria
Si los brazos robustos
Que aquí petrificaron tu memoria
Hubieran fabricado los augustos
Monumentos que hablasen de tu gloria!

Que sólo es bendecida
La fama del que, dueño de la suerte,
Alza los capitolios de la vida
En vez de los altares de la muerte.

¡La muerte!... Aquí la miro
En su inmovilidad, aquí la toco,

Y su aliento glacial aquí respiro
Y responde su voz cuando te evoco.

¡Evocarte! ¿Y á qué? Tu pobre arcilla
Ya tu mismo sepulcro ha devorado,
Y en su lugar aquí vive sentado
Como estatua que duerme en esta silla,
El espectro gigante del pasado.

¡Oh, pirámide altiva, que me asombras:
Deja que te maldiga y que te admire;
Monumento de piedras y de sombras
En pié estarás mientras el mundo gire!

Sigue aquí, siempre muerto y siempre vivo
De la historia llamado testimonio,
De las edades funerario archivo;
Fuerte cual la prisión de un dios cautivo,
Oscuro como el antro de un demonio.

Reloj de piedra, medirás las horas
Con tu vértice eterno por aguja:
Que en vez del tiempo á tí, tú le devoras,
Y el peso de tus moles vencedoras
Al peso de los siglos sobrepuja.

Voy á bajar de tu elevada cumbre
En aprendiendo esta lección amarga:
Odiar aquella infuca servidumbre
De la que fuiste abrumadora carga;
Pues tus sillares, que á la tierra oprimen,
Sobre espaldas vivientes gravitaron,
Y hoy el estigma vengador imprimen
Sobre el recuerdo del antiguo crimen
Que ni los siglos de tu faz borraron.

En tí aprendí mirando los vestigios
De tu inútil y bárbara belleza,
A admirar de mi siglo los prodigios
Y á bendecir su géneo y su grandeza.

Adios, atleta fuerte:
Clava tu pié sobre estos arenales;
Resiste á los decretos de la suerte,
Y rechaza el asalto de la muerte
Con tu escudo de piedras eternas.

Al bajar de tu cima, aunque me asombre
Tu inmensidad, más alto yo me siento:
Tú guardas un sarcófago y un nombre;
Yo la divina luz del pensamiento;
Yo soy mayor que tú: ¡yo soy el hombre!

JOSÉ ALCALÁ GALIANO.

Pirámide de Cheops, Enero, 1878.

LA JÓVEN DE LOS OJOS NEGROS

A doña Fuensanta Crespo, esposa
del poeta Grilo.

I

En la ardiente orgía
cantando y riendo,
la copa en la mano,
conmovido el seno,
vestida de blondas,
raso y terciopelo,
se encuentra la jóven
de los ojos negros.

En su tersa frente
los rubios cabellos
pálidos flamean
con fulgor intenso,
y suave murmullo
de encendidos besos
palpita en sus lábios
de grana y de fuego.

La noche es oscura;
el helado cierzo,
fatídico silba
y retumba el trueno.

Vestida de harapos,
muerta de hambre y miedo,
una mujer entra
en el aposento
donde lugar tiene
el festín espléndido,
y á la hermosa jóven
de los ojos negros
pide una limosna
con lúgubre acento.

La jóven la mira
con adusto ceño,
y sin socorrerla
la despide luego;
y la melancólica
guitarra tañendo,
con voz argentina
da esta copla al viento:
«¡Qué triste está el mundo!
¡Qué triste está el cielo!

¡Qué triste se encuentran mi madre! y en cambio
¡qué alegre mi pecho!»

II

Con lluvias y frios
pasó el crudo invierno,
y el mes de las flores
de delicias lleno,
con su sol radiante
y amores risueños,
tiende por el mundo
su rosado velo.

Levántase el día
teñido de fuego,
y en olas de oro
se bañan los cielos;
entonan las aves
sus dulces gorjeos,
y en el lago límpido
agitase el céfiro.

Por aquella senda
que va al cementerio
llevan unos hombres
un humilde féretro,
en el cual descansan
los ya frios restos
de la hermosa jóven
de los ojos negros.

La única persona
que va en el entierro,
es aquella pobre
que con hambre y miedo,
entróse en la orgía
la noche de invierno.

Mil ayes despide
su angustiado pecho,
y vierten sus ojos
lágrimas sin cuento.

Madre es de la jóven
de los ojos negros,
y por eso exclama
con grandes lamentos:

«¡Qué alegre está el mundo!
¡Qué alegre está el cielo!
¡Qué alegres las aves canoras! y en cambio,
¡qué triste mi pecho!»

MANUEL REINA.

SONETOS.

LA ÚLTIMA MIRADA.

Verme quiso al morir, y junto al lecho
llegué para velarla en su agonía;
sólo en la estancia á intervalos se oía
débil y ronco el estertor del pecho.

En llanto amargo el corazón deshecho
notó al morir que por mí faz corría;
y en la postrer congoja sonreía,
cual si hallára su anhelo satisfecho.

¡Cuánto su suerte lamenté envidioso,
al verla tan dormida y sosegada,
yo, que jamás encontraré reposo!
¡Que llevará su postrimer mirada,
como flecha de acero ponzoñoso,
dentro del corazón siempre clavada!..

MI SOL.

Tú eres mi sol: cual vemos de alegría
los campos sonreír cuando amanece,
tal de tus ojos á la luz parece
que se ilumina la existencia mía.

Y como al triste declinar del día
naturaleza entera languidece,
así cuando te ausentas, desfallece
sumida el alma en soledad sombría.

Pero en las horas sin tu luz pasadas
guarda anhelante el pecho que te adora
la amorosa impresión de tus miradas.
Cual de la luz del sol fecundadora
la tierra en sus entrañas dilatadas,
guarda el calor hasta la nueva aurora.

EL TRIUNFO DEL AMOR.

Yo me alejé de tí, porque creía
con la ausencia vencer esta ternura,
y ciego persiguiendo mi locura,
no ví que un imposible pretendía.

Que va tu imagen en el alma mía,
como en el sol la luz con que fulgura;
donde quiera contemplo tu hermosura,
de tu acento percibo la armonía.

Y exacerbado mi amoroso anhelo,
cual tórtola que escucha su reclamo,
y al bosque tiende enamorada el vuelo,
En alas de la fé con que te amo,
torno vencido á mi adorado cielo,
y mi perenne esclavitud proclamo.

EL CANTO DEL CANARIO.

Si escuchais el arpegio sonoro
del canario cautivo en la alambra,
cual si feliz entre sus redes fuera,
recorriéndola á saltos afanosos:

No penseis que blasona de dichoso,
que sí puede vivir de esa manera
sin el amor de tierna compañera,
sin aire libre en que volar gozoso:

Es que el afán de libertad le escita,
y parece que canta cuando llora,
midiendo el breve espacio en que se agita.

O acaso canta como canto ahora,
queriendo en vano divertir la cuita,
que mi llagado corazón devora.

FÉLIX MARÍA HIDALGO.

LA VEJEZ.

SONETO.

¡Sombra feliz de los redondos pinos
donde al plácido son del aura leda
siesta feliz me brinda la arboleda
tras largo andar por ásperos caminos!

Aquí cual errabundos peregrinos
hallen mis piés descanso con que pueda
volver el paso á la final vereda
que me señala el fin de mis destinos.

¡Oh, con qué afán el alma fatigada
busca reposo en la floresta humbrosa
tras larga y ruda y pertinaz jornada!

Tal de la vida en la corriente ansiosa
el alma triste de luchar cansada,
busca la sombra en la vejez dichosa.

EUSEBIO BLASCO.

ANUNCIOS.

Les annonces étrangères sont reçues à Paris, Agence Havas, 8 Place de la Bourse et à Madrid Agence Havas-Fabra, calle de la Bolsa.—Ces agences ont la regie exclusive des dites annonces.

GUERLAIN DE PARIS

15, Rue de la Paix—ARTÍCULOS RECOMENDADOS

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA

Paris, 10, Rue St. Georges
Cerca de la nueva ópera y de los Boulevares.
BERNARDO FERRAS.
Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.
Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

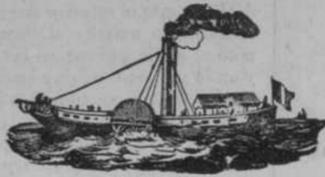
CASA GENERAL DE TRASPORTES

JULIAN MORENO

CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.
MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL. 3.



VAPORES-CORREOS TRASATLÁNTICOS DE A. LOPEZ Y COMPAÑÍA.

NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1880.
PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los días 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los días 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.
Se expenden tambien billetes directos vía de Cádiz, para

SANTIAGO DE CUBA, GIBARA Y NUEVITAS,

con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.

Rebajas á las familias, y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros, para su mayor comodidad, además de las que ocupen.

Más informes en Cádiz, A. Lopez y compañía.—Barcelona, D. Ripoll y compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.

LA REFORMA ARANCELARIA DE 1869,

POR DON LAUREANO FIGUEROLA,

ministro que fué de Hacienda.

Precedida de una reseña histórica de los aranceles de aduanas que han regido en España durante este siglo, y que señalan la marcha progresiva de las reformas, demuéstrase la de 1869 por las ventajas que el Tesoro público ha obtenido, así como los productores y los consumidores, con la abolición de todas las prohibiciones y rebaja de derechos arancelarios. Contiene cuadros estadísticos de los principales artículos importados y exportados, según los datos oficiales publicados hasta el día, que deben ser conocidos y estudiados para razonar con acierto en las discusiones de los grandes problemas de la producción y el consumo.

Véndese al precio de cuatro pesetas el ejemplar en la librería de San Martín, Puerta del Sol, número 6, y en las principales librerías del reino.

Los pedidos se dirigirán á casa del autor, calle de Alcalá, número 72, duplicado.

RAFAEL M. DE LABRA

OBRAS RECIENTES.

Los contemporáneos: *El Negro Santos* de Santo Domingo.—1 foll. 4 reales.
Portugal y sus Códigos. (Legislación comparada).—1 t. 12 rs.
Las Armas en Madrid.—1 t. 12 rs.
El Ateneo de Madrid.—1 t. 12 rs.
El Derecho internacional y los Estados-Unidos de América.—1 foll. 4 rs.
Introducción á la historia Política contemporánea.—1 t. 6 rs.
La abolición de la esclavitud en Inglaterra.—Una Villa del Cantábrico: Gijón.—vol. 6 rs.
Pedidos; imprenta de Alaria, Cueva, 12. Madrid.

HISTORIA DEL RENACIMIENTO LITERARIO CONTEMPORÁNEO EN CATALUÑA, BALEARES Y VALENCIA,

FRANCISCO M. TUBINO,
ACADEMICO.

Se suscribe en Madrid, Ferraz, 12, entresuelo. Van publicados 10 cuadernos.

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream) para la barba.—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cyprus para blanquear el cutis.—Stiboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Ateniense y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet María Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposicion de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Bouquet Imperial del Brasil.—Agua de S. M. el rey Don Fernando.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria, para la boca.

COLEGIO DE SAN ISIDRO

SITUADO EN LA CALLE DE LAS MALDONADAS, NÚM. 11, PISO 2.º, MADRID.

Y DIRIGIDO POR DON PEDRO ARNÓ

Director y catedrático que ha sido de varios institutos y escuelas especiales en América, y miembro de diversas sociedades científicas del extranjero.

Este establecimiento de enseñanza posee un local espacioso y ventilado. Admite pupilos, medio-pupilos y externos.

Comprende las secciones de párvulos, enseñanza elemental y superior, segunda enseñanza, cursos nocturnos, academia preparatoria para carreras especiales, lenguas y clases de adorno.

Un digno é ilustrado sacerdote tiene á su cargo la enseñanza moral y religiosa.

Se remiten gratis reglamentos á toda persona que los solicite.

BANCO DE ESPAÑA.

El Consejo de gobierno, con presencia del balance de Junio último, ha acordado un dividendo líquido, deducida ya la contribucion correspondiente, de cincuenta pesetas por accion, á cuenta de los beneficios del año actual.

En su consecuencia, desde el jueves 15 del corriente, de once de la mañana á tres de la tarde, y por el órden que se expresa á continuacion, pueden presentarse los señores accionistas en el Negociado de Acciones de la Secretaría, con los respectivos extractos de inscripcion, á fin de percibir en el acto el expresado dividendo.

Jueves 15.—Letras del registro del extracto B y M.

Viernes 16.—Idem, id., id. C, N, y O.

Sábado 17.—Idem, id., id. D, E, F, P, Q y K.

Lunes 19.—Idem, id., id. G y R.

Martes 20.—Idem, id., id. H, I, J y S.

Miércoles 21.—Idem, id., id. T, U, V y Z y los inalienables.

Jueves 22.—Idem, id., id. A, L y LL.

Se advierte que los pagos se verificarán en los días que quedan señalados, y que desde el viernes 23 en adelante se harán indistintamente.

Madrid 3 de Julio de 1880.—El secretario, Manuel Ciudad.

Habiéndose realizado de las oficinas de la direccion de la Deuda los intereses del semestre vencido en 1.º del actual correspondientes á los valores que se detallarán, depositados en este establecimiento, se avisa á los interesados que pueden presentarse á percibirlos por el órden que se determina á continuacion, y previa exhibicion de los resguardos respectivos:

Día 8 de Julio.—Acciones de Obras públicas.

Idem de carreteras de Julio.

Deuda del material del Tesoro.

Obligaciones del Estado por subvencion al ferro-carril de Alar á Santander.

Inscripciones de renta perpétua al 3 por 100 interior.

Deuda amortizable al 2 por 100 interior, resguardos de depósitos números 1 á 121.000.

Día 9.—Idem id. id. de id., números 121.001 á 134.200.

Día 10.—Idem id. id. de id., números 134.201 á 140.620.

Día 12.—Obligaciones del Estado por subvenciones de ferro-carriles, resguardos números 1 á 76.000.

Día 13.—Idem idem id. id., números 76.001 al 99.900.

Día 14.—Idem id. id., números 99.901 á 118.000.

Día 15.—Idem id. id., números 118.001 á 132.400.

Día 16.—Idem id. id., números 132.401 á 141.161.

Día 17.—Renta perpétua al 3 por 100 interior, resguardos números 1 á 71.800.

Día 19.—Idem id. id., números 71.801 á 96.400.

Día 20.—Idem id. id., números 96.401 á 113.400.

Día 21.—Idem id. id., números 113.401 á 128.500.

Día 22.—Idem id. id., números 128.501 á 136.400.

Día 23.—Idem id. id., números 136.401 á 141.052.

Madrid 6 de Julio de 1880.—El secretario, Manuel Ciudad.

Desde mañana 7 del actual, y previa exhibicion del resguardo de depósito, se satisfarán por este establecimiento los intereses correspondientes al primer semestre de este año de las obligaciones hipotecarias del Excmo. señor duque de Osuna.

Madrid 6 de Julio de 1880.—El secretario, Manuel Ciudad.

EL LIBRO DEL CIUDADANO ESPAÑOL.

CONTIENE.—1.º Advertencia.

2.º Decretos y bandos sobre la paz y reconstrucción de Cuba, publicados en la *Gaceta de la Habana*.

3.º Constitución de la Monarquía española, promulgada en 30 de Junio de 1876.—4.º Ley Municipal, con las reformas en su texto comprendidas en la de 16 de Diciembre de 1876, publicada en 2 de Octubre de 1877.—5.º Ley Provincial, con las reformas en su texto comprendidas en la de 16 de Diciembre de 1876, publicada en 2 de Octubre de 1877.—6.º Ley Electoral para Municipios y Diputaciones provinciales, de 23 de Junio de 1870, con las reformas de la de 16 de Diciembre de 1876.—7.º Ley Electoral para diputados á Cortes, de 18 de Junio de 1865, mandada cumplir por decreto de las Cortes.

8.º Ley Penal para los delitos electorales.—9.º Circular de 5 de Agosto de 1877, dictando reglas para la ejecucion de la Ley Electoral.—10. Ley Electoral del Senado, de 8 de Febrero de 1875.—11. Ley de Extranjería, de 4 de Julio de 1870, fijando la condicion civil de los extranjeros domiciliados y transeuntes, sus derechos y obligaciones, matrículas, pasaportes, emigrados, etc., etc.—12. Ley Moret, de 4 de Julio de 1870, para la abolición gradual de la esclavitud.

Obra de actualidad, de unas 200 páginas, encuadernada á la rústica, en PESOS FUERTES 2-50 billetes, franco de porte al Interior.

Gran rebaja en los pedidos mayores, que se dirigirán á *La Propaganda Literaria, O'Reilly, 54.—Habana.*

MANUAL

DEL SECRETARIO

O PRÁCTICA DE OFICINAS

Obra útil á todos los que desempeñan aquel cargo y á cuantos deseen instruirse en lo concerniente al despacho de Secretarios, por ILDEFONSO ESTRADA Y ZENEA.

UN TOMO EN 4.º DE BILLETES 3 PESOS fuertes ejemplar, franco de porte.

Índice de las materias que contiene: Invitación á los Secretarios.—Certificación.—Introducción.—Primera parte.—PERSONAL.—Porte.—Aseo.—Maneras.—Carácter.—Urbanidad.—Sociabilidad.—Educación.—Moralidad.—Dignidad.—Instrucción.—Actividad.—Segunda parte.—MATERIAL.—Oficinas.—Libros.—Documentos.—Oficios.—Cartas.—Informes.—Ordenes.—Decretos.—Consultas.—Propuestas.—Certificaciones.—Estados.—Reglamentos.—Juntas.—Actas.—Actas municipales.—Memorias.—Relaciones, Indices y Registros.—Memoriales.—Copias.—Formularios.—Citación á junta.—Memorial.—Informe.—Oficio.—Certificación.—Acta de Ayuntamiento.—Otra certificación.—Otro memorial.—Exposicion al Rey.—Expediente para la construccion de obra nueva.—Solicitud para ser inscripto en la matrícula de comerciante.—Invitación.—Oficio para remitir un título.—De los Secretarios de los juzgados de Paz.—De los Secretarios de los Institutos.—De los Secretarios de la Real Sociedad económica de la Habana.—Extracto de las leyes provincial, electoral y municipal.—Usos del papel sellado.—Tratamientos y títulos, etc., etc.

UNICO PUNTO DE VENTA

«LA PROPAGANDA LITERARIA»
O'REILLY, 54,

PIANOS BLONDEL

Paris, r. de l'Échiquier, 53
Y en las principales Casas DE ESPAÑA Y AMÉRICA
9 Medallas de Oro y Plata
FABRICACION ESPECIAL
Pianos de Estudio y de Lujo

LA AMÉRICA

Año XXI

LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas.

Otra que vá directamente desde Cádiz á Canarias, Puerto-Rico, Cuba, Santo Domingo, Haití, Jamáica y demás posesiones extranjeras en Ultramar.

Agente general en la Isla de Cuba el Sr. D. Alejandro Chao, director del acreditado establecimiento LA PROPAGANDA LITERARIA.

Precio de suscripcion en España, 24 rs. trimestre.

En el Extranjero 40 francos.

En Ultramar, 12 pesos fuertes.

Precio de los anuncios, 4 reales línea.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE LOS SEÑORES M. P. MONTOYA Y C.ª
Casos, 1.